

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES Y COMUNICACIÓN**

CONVOCATORIA 2012-2014

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN RELACIONES
INTERNACIONALES CON MENCIÓN EN SEGURIDAD Y DERECHOS
HUMANOS**

**PETRÓLEO, PODER Y CONFLICTO: EL ASCENSO DE CHINA Y LAS
DINÁMICAS DE LA SEGURIDAD EN ASIA A PARTIR DE LA PRIMERA
DÉCADA DEL SIGLO XXI.**

MILTON DANIEL GARCÍA SANZ

ENERO 2015

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES Y COMUNICACIÓN**

CONVOCATORIA 2012-2014

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAestrÍA EN RELACIONES
INTERNACIONALES CON MENCIÓN EN SEGURIDAD Y DERECHOS
HUMANOS**

**PETRÓLEO, PODER Y CONFLICTO: EL ASCENSO DE CHINA Y LAS
DINÁMICAS DE LA SEGURIDAD EN ASIA A PARTIR DE LA PRIMERA
DÉCADA DEL SIGLO XXI.**

MILTON DANIEL GARCÍA SANZ

**ASESOR DE TESIS: ERNESTO VIVARES
LECTORES/AS: KATALINA BARREIRO Y DANIEL PONTÓN**

ENERO 2015

DEDICATORIA

A la memoria de mi mamá, Matilde Sanz, quien siempre fue y siempre será luz en mi vida. Con amor y gratitud eternos.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mis padres y a mis hermanos, Milton y Matilde, Vinicio y Berenice, por su amor e inquebrantable apoyo material y espiritual y su ejemplo de vida imperecedero.

También quiero agradecer a mis queridos amigos: los del colegio, la universidad y, ahora, de FLACSO, quienes son mis compañeros de camino.

Quiero agradecer además a todo el personal docente y administrativo del programa de Relaciones Internacionales de FLACSO Ecuador.

Un agradecimiento especial a Ernesto Vivares, por los conocimientos impartidos, la paciencia tenida y la amistad obsequiada.

Finalmente quisiera agradecer a Katalina Barreiro y Daniel Pontón, por la atenta lectura de este trabajo y sus pertinentes observaciones.

Un fuerte abrazo a todos.

ÍNDICE

Contenido	Páginas
RESUMEN.....	7
INTRODUCCIÓN.....	8
CAPÍTULO I.....	21
LA BÚSQUEDA DE SEGURIDAD ENERGÉTICA EN LA POLÍTICA MUNDIAL: APORTES DESDE EL REALISMO, LIBERALISMO Y CONSTRUCTIVISMO.....	21
Conceptualizando la seguridad energética en el siglo XXI.....	21
La seguridad energética a luz de la teoría de las Relaciones Internacionales.....	26
Realismo.....	27
Liberalismo.....	31
Constructivismo.....	36
Securitización de la energía y rivalidades interestatales en Asia: un marco analítico.....	39
Conclusiones.....	42
CAPÍTULO II.....	45
EL ASCENSO DE CHINA: ENERGÍA Y SEGURIDAD.....	45
Las reformas de Deng Xiaoping y el vertiginoso crecimiento económico chino.....	45
Explosión del consumo de energía y seguridad energética en China.....	47
La nueva asertividad de China y su proceso de modernización militar.....	56
Las disputas marítimas territoriales y la deriva competitiva de las dinámicas regionales de la seguridad en Asia.....	64
Conclusiones.....	72
CAPÍTULO III.....	74
LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE EN LAS PERCPCIONES DE (IN)SEGURIDAD ENERGÉTICA DE BEIJING.....	74

Los Estados Unidos en la intersección entre la inseguridad petrolera y la modernización militar de China.....	74
El peso de la historia: el «Siglo de Humillación» en la conformación de la identidad e intereses nacionales chinos.....	79
Las percepciones chinas sobre la hegemonía estadounidense.....	82
Los «libros blancos» de China sobre la energía y la defensa nacional.....	86
Conclusiones.....	90
CONCLUSIONES.....	91
BIBLIOGRAFÍA.....	93

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar el rol que tiene la búsqueda de seguridad energética por parte de China en las actuales dinámicas regionales de la seguridad en Asia. Consta de tres capítulos. En el primero se analiza la renovación del interés por la seguridad energética a partir de la primera década del siglo XXI y se especifica que en este trabajo el término hace referencia a la seguridad de la oferta de petróleo. También se revisan los principales abordajes sobre rol de la búsqueda de seguridad energética en las relaciones internacionales, lo que incluye la perspectiva realista, liberal y constructivista. Se define como marco analítico para esta tesis el provisto por Andrew Phillips, el mismo que enfatiza el rol de las percepciones de las élites estatales sobre la benignidad del ambiente estratégico en el cual operan los mercados internacionales de energía. En el segundo capítulo se proveen antecedentes empíricos referentes al ascenso económico de China, a la explosión del consumo energético en ese país y su estrategia petrolera internacional. También se aporta datos sobre las dinámicas regionales de la seguridad en Asia, especialmente sobre el proceso chino de modernización militar, los patrones competitivos que están adoptando las dinámicas de seguridad asiáticas y el rebalanceo de las prioridades estratégicas de los Estados Unidos a esa región. En el tercer capítulo se analiza el papel de las percepciones de Beijing sobre la hegemonía estadounidense en sus aprehensiones alrededor de su seguridad energética, específicamente, sobre su abastecimiento de petróleo por vía marítima. La hipótesis de trabajo es que el sentimiento de inseguridad de Beijing sobre su abastecimiento de petróleo, el mismo que provee la racionalidad detrás de su proceso de modernización naval en curso, tiene como origen su desconfianza frente a las intenciones de los Estados Unidos, los mismos que buscarían utilizar esta vulnerabilidad estratégica para prevenir el ascenso de China como competidor estratégico. Esta percepción tiene como fuente la experiencia histórica china del «Siglo de Humillación».

INTRODUCCIÓN.

Una de las grandes tendencias históricas que estaría marcando los inicios de este siglo es la que Kishore Mahbubani ha llamado «la irresistible transferencia del poder global hacia el Oriente». El ex-diplomático singapurense, basado en el trabajo de Angus Madison, recuerda que en el periodo entre los años 1 y 1820, las dos mayores economías del mundo fueron China e India. Desde esa perspectiva, “los pasados dos siglos de dominio occidental sobre la historia mundial son la excepción, no la regla, en dos mil años de historia global” (Mahbubani, 2008: 49). A partir del último tercio del siglo XX, la creciente interdependencia económica y la relativa estabilidad estratégica en Asia contribuyeron al rápido crecimiento de buena parte de los países de la región (Drysdale, 2012). Ya en 2005, tres de las diez mayores economías del mundo eran asiáticas -Japón, China e India- y la región era responsable del 35% del PIB mundial medido por paridad del poder adquisitivo, superando al aproximadamente 20% respectivo de los Estados Unidos y la Unión Europea (International Monetary Fund, 2006). La tendencia a futuro es que tal peso económico se incremente y, con ello, el poder militar y la influencia política de varias potencias de la región.

El informe prospectivo más reciente sobre las tendencias mundiales del Consejo Nacional de Inteligencia de los Estados Unidos, *Global Trends 2030*, menciona que en cerca de quince años Asia habrá sobrepasado a América del Norte y Europa combinadas en términos de «poder global», medido por indicadores como producto interno bruto, tamaño de la población, gasto militar e inversión tecnológica. “La difusión de poder entre países [...] tendrá un impacto dramático para 2030, revirtiendo en gran medida el ascenso histórico de Occidente a partir de 1750 y restaurando el peso de Asia en la economía global y la política mundial” (National Intelligence Council, 2012: 15). No obstante, el mismo informe advierte que el Este de Asia podría convertirse en uno de los focos de conflicto en un mundo en el cual las tensiones interestatales aumentarán con respecto a los niveles pos-Guerra Fría; tensiones motivadas por las cambiantes expectativas sobre la distribución global de poder, disputas por recursos naturales y el acceso más amplio a tecnologías militares avanzadas (National Intelligence Council, 2012: 61, 76-78).

Este tipo de desarrollos está lejos de ser inédito en la era moderna. En 2014 se cumplieron cien años del estallido de la Primera Guerra Mundial, una conflagración que, además de las veinte millones de muertes que causó, puso en movimiento a las fuerzas políticas, económicas y sociales que harían del siglo XX el más violento de la historia. El aniversario vino acompañado de recordatorios de los eventos, personajes y cifras mortales de aquella catástrofe, pero especialmente de advertencias sobre los paralelismos entre la situación global durante los años que precedieron a la guerra y nuestra época un siglo después. La historiadora Margaret MacMillan relata que las décadas previas a 1914 fueron testigos de grandes cambios en todos los ámbitos de la actividad humana, en su mayoría vistos contemporáneamente como signos del progreso de la civilización. A medida que el poder europeo consolidaba su control sobre el resto del mundo, se suscitó una genuina interconexión económica y política entre todos los rincones del planeta, fenómeno comparable a la globalización hoy en curso. En ese marco se creía ampliamente que la profunda interdependencia entre las grandes potencias de la época hacía imposible una guerra general (MacMillan, 2013). La historiadora canadiense y otros, aunque admiten importantes diferencias con el mundo de hoy, apuntan explícitamente a la preocupante similitud entre la situación europea de hace un siglo y la actual en el Este de Asia: en el área económicamente más importante del mundo conviven varias potencias con intereses contrapuestos, disputas territoriales y resentimientos históricos mutuos, al tiempo que se percibe que el equilibrio de poder subsistente, tanto a nivel regional como global, se transforma a paso acelerado (Brzezinski, 2012: 21; Everard, 2014; Fischer, 2014; Kiyoshi, 2014).

A partir del último lustro, China ha reclamado con un vigor notablemente mayor lo que considera como sus derechos sobre diversas áreas geográficas disputadas desde hace décadas con varios de sus vecinos. Este hecho, junto con el actual proceso de modernización de sus fuerzas armadas, ha impulsado la adquisición de capacidades militares ampliadas a escala regional (Le Mière, 2012). Es en este contexto que múltiples incidentes entre Estados asiáticos concitaron la atención del mundo a lo largo de 2013. La declaración en noviembre de una zona de identificación aérea sobre el Mar de China Oriental por parte de Beijing es tan sólo el episodio más reciente de su disputa con Tokyo alrededor de las islas Diaoyu/Senkaku, la misma que en repetidas ocasiones ha rebasado el campo diplomático y ha involucrado el despliegue de efectivos militares

y paramilitares, además de protestas in situ de elementos nacionalistas de ambos países (BBC News, 2013b). Por otro lado, China siguió reclamando su soberanía sobre gran parte de la extensión del Mar de China Meridional, lo que incluye a los archipiélagos Paracelso y Spratly, chocando con las reclamaciones simultáneas de Taiwán, Vietnam, las Filipinas, Brunei y Malasia sobre porciones de la misma área (BBC News, 2013a). Las disputas no se limitan a zonas marítimas. Entre abril y mayo, un pelotón del ejército chino se asentó 10 km adentro de lo que India considera como su territorio en la zona de Ladakh en Cachemira. Aunque en octubre se dieron acercamientos diplomáticos para evitar potenciales escaladas militares, subsisten reclamaciones indias por 38,000 km² de la zona administrados por Beijing, mientras China sostiene que Nueva Delhi ocupa 90,000 km² correspondientes al estado indio de Arunachal Pradesh en el Himalaya oriental (Reuters, 2013). Los Estados Unidos, considerados el sostén del equilibrio estratégico en el Este de Asia y la principal potencia militar en la región, también se vieron implicados en un incidente con China en 2013. El crucero de misiles norteamericano USS *Cowpens* y una embarcación de la Armada del Ejército Popular de Liberación (AEPL) estuvieron cerca de colisionar el 5 de diciembre. Al parecer, la nave estadounidense se encontraba monitoreando el despliegue inaugural en el Mar de China Meridional del primer portaviones de la AEPL, el CNS *Liaoning*, cuando una de las escoltas de éste último se interpuso en su camino. El experto naval australiano, Carl Thayer, considera que este incidente demuestra que las consultas militares y los diálogos de alto nivel llevados adelante por los Estados Unidos y China en los últimos años, han hecho poco por mitigar la «desconfianza estratégica» entre ambos países (Thayer, 2013).

Como señalan Kenneth Lieberthal y Wang Jisi, las sospechas sino-estadounidenses sobre sus respectivas intenciones en el largo plazo son, de hecho, cada vez más profundas. Por un lado, el liderazgo chino cree que la prioridad máxima de los Estados Unidos es mantener su hegemonía en la política mundial y que Washington buscará por todos los medios impedir que potencias emergentes como China alcancen sus objetivos y consoliden su estatus. Algunos signos de estas intenciones norteamericanas en el campo de la seguridad serían: la provisión de armamento avanzado a Taiwán, las actividades de reconocimiento en alarmante proximidad al territorio chino y el reforzamiento de los vínculos militares con países que mantienen

diferendos territoriales con Beijing, en especial sobre el Mar de China Meridional (Lieberthal y Wang, 2012: 11, 13-14). Entre los tomadores de decisiones estadounidenses, por otro lado, tiene prevalencia la idea de que es posible y deseable desarrollar una relación constructiva con China, de tal manera que ese país se convierta eventualmente en un «copartícipe responsable» del orden internacional vigente. Admiten, sin embargo, que hay motivos de peso para creer que los presupuestos optimistas sobre los que se basa tal expectativa pudieran ser infundados: una política exterior y de seguridad china guiada por consideraciones de suma cero, las fuertes inversiones de Beijing dirigidas a aumentar su capacidad de proyectar poder militar y constreñir la libertad de acción estadounidense en el Pacífico y el reciente comportamiento «asertivo» de China con sus vecinos, lo que ha obligado a los Estados Unidos a reafirmar su compromiso con la seguridad de sus aliados en la región (Lieberthal y Wang, 2012: 20-23).

Es en este contexto en el que se sitúa el anuncio en 2011 por parte de la administración Obama, de un «re-balanceo» de las prioridades estratégicas de los Estados Unidos desde el Medio Oriente al Asia Pacífico. Tom Donilon, quien hasta junio de 2013 fue asesor de seguridad nacional de la Casa Blanca, aseveraba a finales de 2012 que la racionalidad detrás de la nueva estrategia es simple: “los Estados Unidos son una potencia del Pacífico cuyos intereses están inextricablemente vinculados al orden económico, securitario y político en Asia”. Aunque enfatizó que el re-balanceo no está apuntado a “contener a ninguna nación”, sí anunció que “para 2020, posicionaremos el 60% de nuestra flota naval en el Pacífico [...] y continuaremos desarrollando [...] una presencia que sustente un comercio y una libertad de navegación sin obstáculos” (Donilon, 2012).

En suma: el ascenso de China constituye el principal catalizador de unas dinámicas regionales en las que coexisten la interdependencia económica y la desconfianza estratégica. Los arreglos que hace poco aparecían como sólidos se encuentran ahora en flujo, obligando a los demás Estados asiáticos a reajustar sus políticas exteriores y de seguridad a la nueva realidad emergente, al tiempo que la superpotencia global busca reconfortar a sus socios y aliados con el anuncio del fortalecimiento de su presencia diplomática y militar en la región. Las disputas territoriales a las que se ha hecho alusión reflejan, precisamente, estas dinámicas

cambiantes, en las que juegan un rol importante consideraciones de soberanía, estrategia y, de manera clave, seguridad energética.

Como apuntan los expertos en temas energéticos, Amy Myers Jaffe y Kenneth Medlock, a partir de los años noventa el llamado «milagro económico» de Asia ha sido una de las principales fuerzas que han impulsado el aumento del consumo global y del incremento de los precios de la energía. En la primera década del nuevo siglo, la región del Asia Pacífico fue responsable por el 56% del incremento en la demanda primaria global de petróleo y se proyecta que entre 2010 y 2020 esa cifra se ubicará en el 70%. En 2020, China e India tendrán, respectivamente, 1,400 millones y 1,300 millones de habitantes y, a medida que mejoren los estándares de vida de estas poblaciones, la demanda de recursos energéticos no hará sino aumentar. De esa manera, tanto la expansión demográfica así como las altas tasas de crecimiento económico harán que el comercio de energía se desplace de manera cada vez más pronunciada desde Occidente hacia el Asia Pacífico (Myers Jaffe y Medlock, 2013: 284-286).

Desde ya, estas proyecciones se han traducido en preocupaciones estratégicas para las principales potencias regionales. “La incrementada necesidad de energía ha llevado a los potencias asiáticas a enfocarse cada vez más en la construcción de armadas de aguas azules y, de esa manera, a incrementar el nivel de la competencia militar en la región” (Myers Jaffe y Medlock, 2013: 286). Estos expertos pronostican que los mares de China Oriental y Meridional, los mismos que cuentan con grandes dotaciones potenciales de recursos energéticos, con toda probabilidad serán objeto del aumento de tensiones entre China y otros Estados asiáticos que reclaman su soberanía sobre porciones de estas áreas. Por otro lado, resulta plausible prever que se darán fricciones entre China e India por las rutas marítimas del Océano Índico, a medida que estos países busquen asegurar sus respectivos abastecimientos de petróleo provenientes de áreas productoras clave en el Medio Oriente y África. El involucramiento diplomático y militar más o menos directo de los Estados Unidos en ambas situaciones puede darse por descontado dadas sus previsibles consecuencias negativas sobre la estabilidad económica y estratégica global (Myers Jaffe y Medlock, 2013: 286-287).

Es en base a todas las consideraciones previas que el principal objetivo de este trabajo es analizar el vínculo existente entre el aumento del consumo energético en Asia y la deriva competitiva que están adquiriendo las dinámicas regionales de la seguridad

en esa área clave del mundo. Más específicamente, esta tesis busca a responder a la pregunta: ¿cómo ha influido la búsqueda de seguridad del abastecimiento petrolero por parte de China en las dinámicas regionales de la seguridad en Asia a partir de la primera década del siglo XXI? La hipótesis de trabajo es que las crecientes aprehensiones de Beijing sobre la seguridad de su abastecimiento petróleo importado por vía marítima constituyen la principal razón por la cual el gigante asiático ha emprendido un proceso importante de modernización de sus fuerzas navales apuntado a convertirlas en una armada de aguas azules. En el contexto de los cambios en curso en el equilibrio de poder regional, los mismos que están marcados, precisamente, por el ascenso económico, político y militar de China, tal proceso no ha hecho sino alarmar a sus vecinos con los que mantiene disputas territoriales marítimas. La mayoría de estos vecinos mantienen estrechos vínculos de seguridad con la superpotencia global, los Estados Unidos, los mismos que también se muestran recelosos de que la expansión de las capacidades navales chinas esté apuntada a subvertir el orden de seguridad regional y global del cual se consideran garantes. De esta manera, la búsqueda china de seguridad energética contribuye a profundizar la desconfianza subsistente por parte de los Estados asiáticos y de los Estados Unidos frente al ascenso de China, constituyendo un factor adicional que fomenta la deriva competitiva que están adquiriendo las dinámicas regionales de la seguridad interestatal en Asia. Este trabajo consiste, precisamente, en un análisis pormenorizado de la validez de esta hipótesis.

La principal motivación para el planteamiento de esta pregunta de investigación es explorar la afirmación de que el sistema internacional está presenciado el retorno de las rivalidades entre las grandes potencias como el elemento definitorio de la política mundial contemporánea, con el peligro implícito de que estas rivalidades pudiesen degenerar en un conflicto bélico. Esta aseveración es objeto de intensa controversia en los Estudios de la Seguridad, tanto a nivel teórico como empírico. Por un lado, el consenso general entre los expertos es que la probabilidad de una contienda general entre las grandes potencias, comparable a las guerras mundiales del siglo XX, es mínima sino nula. La conspicua ausencia desde 1945 de una guerra entre los Estados que pueden reconocerse como grandes potencias dadas sus capacidades económicas y militares, no deja lugar a dudas de que vivimos una «larga paz» sin precedentes en la era moderna. Como muestra Steven Pinker, a partir de 1945 no se han utilizado armas

nucleares en ningún conflicto, las dos superpotencias enfrentadas en la Guerra Fría nunca llegaron chocar militarmente de forma directa y ninguna gran potencia se ha enfrentado militarmente a otra desde 1953 -en el caso de considerar plausible calificar a la China de hace sesenta años como una gran potencia- (Pinker, 2012: 338-341). Roland Dannreuther enumera algunas de las razones que se han esgrimido para explicar este fenómeno: la conciencia de la reducida utilidad política de la guerra para gestionar las relaciones entre las grandes potencias, el desarrollo de las armas nucleares, la creciente interdependencia económica entre las potencias líderes del sistema internacional y el advenimiento de la llamada «paz democrática» (Dannreuther, 2013: 16-22).

No obstante, como ha aseverado recientemente Walter Russell Mead, el resultado básico del fin de la Guerra Fría -el triunfo irreversible de la democracia liberal y el libre mercado- no ha sido aceptado por Estados como Rusia y China, los mismos que pueden ser considerados grandes potencias. Tal renuencia a aceptar plenamente el orden mundial vigente sustentado en última instancia por el poder hegemónico de los Estados Unidos se demostraría en el estallido o agravamiento de conflictos y tensiones de carácter eminentemente geopolítico como el que enfrenta a Rusia con Ucrania y la OTAN o la agudización de las disputas marítimas territoriales subsistentes entre China y sus vecinos en el Mar de China Oriental y en el Mar de China Meridional con el involucramiento más o menos directo de los Estados Unidos. Adicionalmente, Daniel Moran y James Russell -aunque aceptan el consenso dominante de que un conflicto a gran escala entre países desarrollados resulta hoy altamente improbable- apuntan a que es en el sector de la energía en donde los planificadores estratégicos hallan que es más fácil imaginar a las grandes potencias abandonando su renuencia a la utilización de la fuerza militar la una contra la otra. “En un mundo en el que las disputas territoriales, la competencia ideológica, el irredentismo étnico e incluso la proliferación nuclear parecen capaces de ser normalizadas en formas que restringen el uso real de la fuerza militar, una crisis en el abastecimiento global de energía se destaca como el último *casus belli* plausible al momento de visualizar escenarios pesimistas” (Moran y Russell, 2009: 2). Es justamente la aparente prevalencia de las aprehensiones sobre la seguridad energética por parte de China en la agudización de los patrones competitivos que han venido adquiriendo las dinámicas de la seguridad en Asia en los últimos años la que constituye la principal preocupación que ha animado la realización de esta tesis.

De manera interrelacionada, al nivel del debate teórico en los Estudios de la Seguridad, el fin de la Guerra Fría parece haber traído consigo el desplazamiento del realismo -que se enfoca principalmente en el aspecto militar de la competencia interestatal, particularmente entre las grandes potencias- de su sitio de privilegio. El liberalismo -concentrado en la interdependencia- ganó sin duda importancia, de la misma manera en que lo hizo el constructivismo -que enfatiza los elementos ideales de la política internacional. El resultado concreto de estos cambios en el estatus de los paradigmas teóricos al interior de la sub-disciplina parece ser una mayor permisividad frente al eclecticismo. Resulta claro que cualquier análisis serio de la nueva conflictividad interestatal tiene que tomar en cuenta factores tanto a nivel material como factores al nivel de las ideas. Es por eso que esta tesis, a pesar de enfocarse en la energía -considerado como un elemento material por antonomasia en las relaciones internacionales- asume que su impacto en la política internacional depende fundamentalmente de las ideas que los actores se hagan de ello. Por tanto, desde el punto de vista teórico y metodológico esta tesis pone el acento en las percepciones de los actores. Como escribe Denny Roy, las ideas desempeñan un rol central en la política internacional primariamente debido al hecho de que los hacedores de políticas de un Estado, consciente o inconscientemente, basan sus decisiones y estrategias en percepciones sobre el sistema internacional, sobre el lugar ideal y real de su país en éste y sobre las intenciones y capacidades de los demás países (Roy, 2013: 7). En el caso de China, estas percepciones están moldeadas por la experiencia histórica del país, particularmente el llamado «Siglo de Humillación» (1839-1949) a manos de las potencias occidentales y Japón.

Específicamente, el marco teórico de esta tesis se centra en el concepto de seguridad energética, cuya búsqueda por parte de los Estados no está necesaria o inherentemente militarizada ni tampoco dejada al funcionamiento eficiente del mercado global. Una u otra opción depende de las percepciones de las élites estatales, en última instancia, sobre la benignidad del ambiente estratégico en el cual operan los mercados internacionales de energía. La creciente dependencia china de petróleo importado y el hecho de que el acceso a éste dependa finalmente de las garantías de seguridad que los Estados Unidos puedan proveerle a China, hacen del caso de estudio escogido uno particularmente pertinente. Que la búsqueda de seguridad energética por parte de China

constituya un elemento de mayor conflictividad en el contexto del Asia Pacífico, depende de las percepciones de este país sobre el cambiante orden mundial de seguridad sustentado por el poder de los Estados Unidos; orden en el cual están incrustados los mercados internacionales de energía. De esta manera, esta tesis busca analizar la fuente de las percepciones chinas de que su abastecimiento de petróleo -y de la continuidad de su proceso de desarrollo económico- están en riesgo al depender de la buena voluntad de una potencia hegemónica global que Beijing cree tiene como objetivo impedir el surgimiento de un competidor estratégico que pueda poner en entredicho sus estatus como el Estado preeminente en los asuntos mundiales.

Mapa 1. Mapa político de Asia.



Fuente: http://www.lib.utexas.edu/maps/middle_east_and_asia/asia.gif

Previo a entrar en materia, resulta imprescindible hacer ciertas precisiones sobre la unidad de análisis geográfica que sirve de marco para esta tesis. A lo largo del trabajo se hace mención indistinta de términos geográficos como «Asia», «Asia Pacífico» o «Este de Asia». Como menciona Derek McDougall todas las regiones son constructos que son impulsados en función de los propósitos políticos de uno u otro Estado. Por ejemplo, el término «Asia Pacífico» data de los años sesenta y fue promovido por los Estados Unidos, Japón y Australia como una manera de vincular el «Este de Asia» con los países ribereños del Océano Pacífico así estos se encuentren al extremo opuesto del mismo, obviamente buscando legitimar el involucramiento norteamericano en los asuntos de la región. El término «Este de Asia» es geográficamente más limitado y excluye a potencias como Estados Unidos o Australia. El mismo uso del término «Este de Asia» o «Asia Oriental» tiene un claro matiz euro-céntrico (McDougall, 2007: 6-7). Dicho de otra manera, los conceptos geográficos surgen y tienen sentido en un contexto histórico y geopolítico específico, como el auge del imperialismo colonial europeo en el siglo XIX o la Guerra Fría en la segunda mitad del siglo XX.

Ahora bien, la importancia cada vez mayor que se otorga a esta zona del mundo en la política internacional desde comienzos del presente siglo ha tenido también efectos en el contenido de los términos geográficos utilizados. Como menciona un estudio del Congreso norteamericano sobre la política de re-balanceo de las prioridades estratégicas de los Estados Unidos al «Asia Pacífico».

Otro elemento nuevo de la política de la administración Obama es la inclusión de las áreas costeras del Sur de Asia en el área geográfica abarcada por el “giro al Pacífico”, debido a la importancia estratégica de los recursos energéticos y el comercio que transita a través del Océano Índico y el Estrecho de Malaca antes de llegar a los centros manufactureros del Este de Asia (Manyin, 2012: 5).

En el mismo sentido, en los últimos años ha venido ganando prominencia la noción geográfica de «Indo-Pacífico», término utilizado recientemente por los primeros ministros de India, Japón y Australia, reconociendo que la intensidad adquirida por la interconexiones económicas y seguridad entre la ribera asiática del Pacífico y el Océano Índico, creando un único sistema estratégico. Como explica el experto australiano en temas de seguridad, Rory Medcalf: “como tal, la idea del Indo-Pacífico no sólo quiebra con la idea de finales del siglo XX del Este de Asia y el Sur de Asia como escenarios estratégicos separados, sino que enfatiza la idea del mar como el principal conducto del

comercio y la competencia” (Medcalf, 2013). En este aspecto fundamental coincide el eminente académico británico Barry Buzan, quien argumenta que es observable el surgimiento del que denomina un «súper-complejo regional de seguridad asiático», producto de la función de los preexistentes complejos regionales del Este de Asia y del Sur de Asia.

El Este y el Sur de Asia están cada vez más vinculados en términos políticos y de seguridad e India y China claramente mantienen una sostenida y creciente interacción estratégica [...] Casi todos los Estados en el Sur y el Este de Asia están contrarrestando el ascenso de China y la sombra de una coalición respaldada por los Estados Unidos abarcando desde Japón hasta India por vía de Vietnam y Australia es ya visible” (Buzan, 2012: 10).

Es de esta manera que a lo largo de este trabajo el uso del término «Asia» o «Asia Pacífico» lleva implícito la emergente realidad de que esa zona del mundo está experimentando un proceso de integración en términos de las preocupaciones estratégicas de los principales Estados que se sitúan en ella. Precisamente, son el comercio y la energía que transitan por el Océano Índico y el Pacífico Occidental los que, como se verá en esta tesis, juegan un rol central como vectores de cambio en las dinámicas regionales de la seguridad en Asia, además por supuesto, del ascenso de China como la principal potencia regional y rival estratégico de los Estados Unidos.

La tesis procede de la siguiente manera. El primer capítulo constituye el marco teórico de este trabajo, centrándose en el concepto de seguridad energética y sus distintos abordajes desde la teoría de las Relaciones Internacionales. Consta de tres secciones. La primera analiza el término «seguridad energética», precisando que en este trabajo alude a la seguridad de la oferta petrolera y explicando el contexto en el cual tiene lugar la actual renovación del interés por el rol de la seguridad energética en la política mundial: la escalada de los precios registrada a partir de 2004 y la transformación en curso de la geografía del comercio petrolero internacional. La segunda provee una panorámica de los aportes de la teoría realista, liberal y constructivista sobre el rol de la búsqueda de seguridad energética por parte de los Estados en las relaciones internacionales. La tercera sección presenta los elementos básicos del marco analítico propuesto por Andrew Phillips para el estudio de la securitización de la energía y la emergencia de rivalidades interestatales en Asia, sobre el que se fundamenta este trabajo.

El segundo capítulo expone brevemente los desarrollos más importantes a partir de la década pasada en cuanto a la explosión del consumo energético y el fortalecimiento militar de China. Se aportan datos sobre el espectacular crecimiento económico chino y el concurrente aumento en su consumo de energía, el incremento de la dependencia china de importaciones petroleras, los elementos centrales de la política energética internacional de Beijing y la exacerbación de sus aprehensiones sobre su seguridad energética en medio de acontecimientos como la agudización de las disputas marítimas territoriales subsistentes con varios de sus vecinos. También se describe la emergencia de patrones competitivos en las dinámicas de seguridad en Asia, impulsada en gran medida por el ascenso económico y militar chino y la consiguiente respuesta estadounidense. En ese contexto se expone sucintamente el proceso chino de modernización militar, los elementos básicos de las disputas en el Mar de China Oriental y Mar de China Meridional, el re-balanceo estratégico de los Estados Unidos al Asia Pacífico, la reacción de los vecinos de China y las nuevas dinámicas de contrabalanceo y gasto militar en Asia.

El tercer y último capítulo tiene por objetivo de definir el rol de las percepciones chinas sobre sus relaciones estratégicas con los Estados Unidos en sus aprehensiones sobre su seguridad energética, en concreto, sobre su abastecimiento marítimo de petróleo. Consta de cuatro secciones. La primera analiza el rol estadounidense en los dilemas que China debe enfrentar en cuanto a la seguridad de su abastecimiento petrolero marítimo -la mayoría proveniente de Medio Oriente- y las disputas marítimas territoriales en sus aguas adyacentes y cómo las aprehensiones que esto causa en Beijing ha impulsado su proceso de modernización naval. La segunda se enfoca en el rol que tiene la experiencia histórica del «Siglo de Humillación» en moldear las percepciones del sistema internacional, identidades e intereses de China. La tercera da un vistazo general de las percepciones chinas sobre la hegemonía estadounidense, remarcando que las mismas siempre han ocupado en lugar central en el pensamiento de Beijing, pero que a lo largo de la primera década del siglo XXI, éstas fluctuaron desde una aceptación de una era unipolar estadounidense a un optimismo sobre los prospectos chinos en medio de un percibido declive hegemónico norteamericano. La cuarta revisa brevemente los dos documentos oficiales de Beijing sobre su política energética y su

política de defensa, reflejando como elementos analizados en las secciones previas aparecen en los mismos.

CAPÍTULO I

LA BÚSQUEDA DE SEGURIDAD ENERGÉTICA EN LA POLÍTICA MUNDIAL: APORTES DESDE EL REALISMO, LIBERALISMO Y CONSTRUCTIVISMO.

Conceptualizando la seguridad energética en el siglo XXI.

Lynne Chester apunta a la naturaleza polisémica del término «seguridad energética»: capaz de contener múltiples dimensiones y adoptar distintas especificidades dependiendo de la fuente, país o región y período de tiempo al que se aplique (Chester, 2009: 887). Un vistazo a la literatura académica e institucional confirma esta observación y deja en claro la necesidad de hacer ciertas precisiones cuando se pretende llevar a cabo una discusión sobre el tema, en este caso desde la teoría de las Relaciones Internacionales. Resulta evidente que el uso tradicional del término «seguridad energética» para referirse a “la oferta suficiente y a precios razonables de recursos energéticos para satisfacer las necesidades socioeconómicas de la sociedad” (Dannreuther, 2010a: 152), encierra en su aparente simplicidad múltiples dificultades que exigen ser explicitadas.

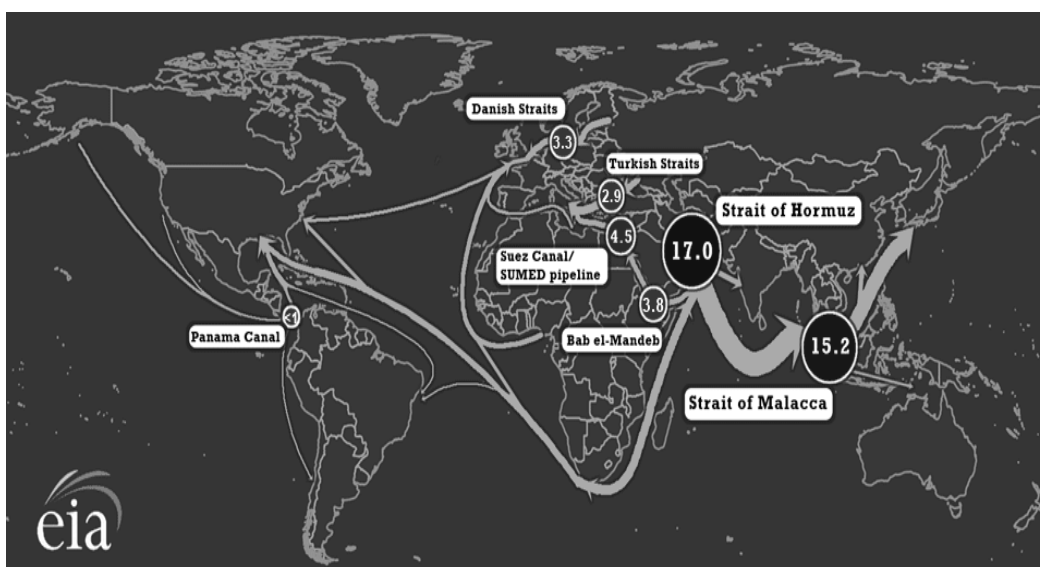
En esta línea, Gavin Bridge y Philippe Le Billon señalan que la conceptualización tradicional de la seguridad energética asume de partida los intereses de los países consumidores ricos y tiende a adoptar un carácter esencialmente geopolítico y estado-céntrico. Los autores argumentan de manera convincente a favor de una agenda ampliada para la seguridad energética, esto es, una que vincule las tradicionales preocupaciones con respecto a la volatilidad e incertidumbre en los mercados internacionales de energía con los problemas del desarrollo en los países productores -en particular los costos sociales y ambientales de la explotación de recursos energéticos- y que además subraye la urgencia de la búsqueda de fuentes alternativas de energía (Bridge y Le Billon, 2013: 94). No obstante la clara validez de este llamado, este trabajo toma como punto de partida el concepto tradicional de la seguridad energética. Nuestro interés se centra, precisamente, en el rol que tiene la búsqueda de seguridad de la oferta de energía por parte de los Estados en las dinámicas de conflicto y cooperación en los niveles regional y global.

Lo señalado no exime de realizar las precisiones a las que se ha aludido. La primera concierne al recurso energético en el que deseamos concentrarnos, en este caso el petróleo. Las propiedades físicas del petróleo lo hacen un combustible líquido con una alta cantidad de energía por unidad de volumen y peso, haciéndolo ideal para el transporte, con pocas opciones para su sustitución. Todas las economías modernas requieren productos petroleros no sólo como combustibles sino como diversos petroquímicos vitales. Por otro lado, las fuentes convencionales de petróleo fácilmente accesibles se concentran en una cantidad cada vez menor de países, especialmente del Medio Oriente, el norte de África y el espacio de la antigua Unión Soviética. Finalmente, la naturaleza -hasta cierto punto- fungible del petróleo y la relativa facilidad de su transporte alrededor del mundo resulta en un mercado petrolero global único. Estos elementos hacen del petróleo la fuente de energía que despierta las mayores aprehensiones geopolíticas y económicas, tanto en actores estatales como privados (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 61).

La segunda precisión involucra la perspectiva que se adopta, sea la de un país importador o uno exportador, sea uno rico o uno pobre (Dannreuther, 2010a: 152). Dejando asentado que estas distinciones pueden también resultar simplistas, este trabajo se enfoca en la seguridad energética de los países importadores ricos. Para éstos, la seguridad energética consiste en reducir la volatilidad e incertidumbre en la oferta de recursos energéticos (Bridge y Le Billon, 2013: 94). Más específicamente, la seguridad de la oferta petrolera consiste en minimizar los riesgos asociados a la interrupción del flujo físico del petróleo -debido a falta de inversión en infraestructuras de producción y transporte del recurso, un embargo a un país exportador, un embargo apuntado a países importadores por parte de países exportadores, conflictos armados o inestabilidad política en los países exportadores, interrupción deliberada o accidental de líneas de abastecimiento- y a aumentos súbitos o desproporcionados de los precios -exigiendo a los gobiernos implementar medidas que protejan a sus empresas y ciudadanos de las fluctuaciones- (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 65-67). Estos riesgos pueden verse exacerbados debido a una alta dependencia de las importaciones, una limitada diversificación geográfica del origen de estas importaciones y en los casos en los que las rutas de transporte de los recursos energéticos son pocas y vulnerables. En el caso del comercio petrolero internacional esto aplica predominantemente a las vías marítimas,

algunas de las cuales atraviesan de manera inevitable «puntos de estrangulamiento», siendo los más significativos en cuanto a volumen de petróleo transportado los estrechos de Ormuz, Malaca, Dinamarca, Bab el-Mandeb, el Bósforo y los canales de Suez y Panamá (Bridge y Le Billon, 2013: 104-107).

Mapa 2. Puntos de estrangulamiento marítimo relevantes al comercio petrolero internacional.



All estimates in million barrels per day. Includes crude oil and petroleum products. Based on 2013 data.

Fuente: www.eia.gov/countries/analysisbriefs/World_Oil_Transit_Chokepoints/

Finalmente, la discusión sobre la seguridad energética exige precisar también el periodo de tiempo al que se aplica: el término adquiere distintas dimensiones y matices dependiendo del momento político-económico en la que se lo sitúe. Es necesario, por tanto, contextualizar el renovado interés que a partir de la década pasada ha venido suscitando la seguridad energética. Como explica Roland Dannreuther:

Con el paso al nuevo milenio, la seguridad energética ha ascendido inexorablemente en la agenda de la seguridad. A finales de la década de los noventa, dos décadas de precios del petróleo bajos y una abundante oferta borraron los recuerdos de las crisis petroleras de los setenta y fomentaron la creencia de que la era del petróleo barato se extendería indefinidamente [...] Pero en lugar de los cinco dólares por barril que algunos predijeron, los precios del petróleo crudo aumentaron cinco veces entre 2000 y 2008, llegando a superar ampliamente los cien dólares por barril. El petróleo era ahora más caro de lo que nunca había sido [...] (Dannreuther, 2010a: 144).

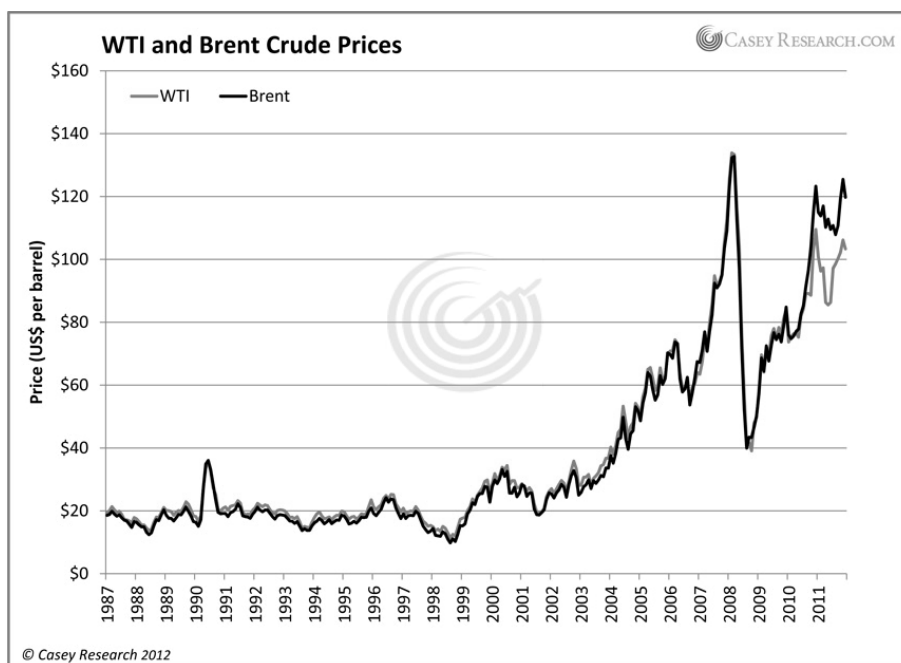
A partir de la década pasada, el comercio petrolero internacional ha venido sufriendo algunos cambios fundamentales estrechamente interrelacionados: una importante escalada de los precios y la estabilización de los mismos a niveles inéditamente altos, la relocalización de los mayores centros de consumo, la «financiarización» del petróleo y la prominencia adquirida por las fuentes no-convencionales.

Como explica Daniel Yergin, la escalada de los precios del petróleo durante la primera década del siglo XXI es atribuible a un «shock de la demanda» causado por una explosión del consumo por parte de los llamados «países emergentes», en particular China (Yergin, 2011: 159-188). Entre 1980 y 2000, el consumo mundial de petróleo creció aproximadamente un 25%, con dos tercios de ese consumo aún atribuible al mundo industrializado. Pero el crecimiento de un 12% en el consumo mundial registrado entre 2000 y 2010 se repartió en igual medida entre el mundo industrializado y los países emergentes (Yergin, 2011: 161).

Durante décadas, el consumo mundial había estado concentrado en los países industriales de lo que entonces se llamaba el mundo desarrollado -primariamente América del Norte, Europa Occidental y Japón. Aquellos eran los países con la mayoría de los automóviles, carreteras pavimentadas y proporción del PIB mundial. Pero, inexorablemente, ese predominio estaba dando paso al ascenso de las economías emergentes del mundo en desarrollo y al creciente impacto de la globalización (Yergin, 2011: 160-161).

Este shock de la demanda debido a la relocalización de los principales centros consumidores tiene como único precedente al rápido incremento del consumo por parte de Europa Occidental y Japón durante la década de los sesenta y principios de los setenta. Las otras tres instancias de escalada de los precios en la era pos-Segunda Guerra Mundial son las de 1973 -embargo petrolero de la OPEP-, 1978-1979 -Revolución Islámica en Irán- y 1990-1991 -Guerra del Golfo Pérsico-; casos en los que se habla más bien de «shocks de la oferta» (Yergin, 2011: 161). Complementariamente, el aumento de los precios a partir de 2004 es imputable a la creciente financiarización del mercado petrolero internacional, tanto por la especulación con «futuros» de producción petrolera en los mercados bursátiles así como por el uso del petróleo como activo financiero frente a episodios de volatilidad en el precio del dólar (Yergin, 2011: 165).

Gráfico 1. Precios del petróleo crudo (1987-2011).



Fuente: http://blogs-images.forbes.com/energysource/files/2012/06/WTIandBrentCrudePrices_01.jpg

Bridge y Le Billon mencionan como otro cambio fundamental en el mercado petrolero internacional al advenimiento, igualmente a partir de la década pasada, del final definitivo de la era del «petróleo fácil» o «petróleo barato», es decir, de aquel proveniente de fuentes convencionales cuya explotación y refinación resultan relativamente menos costosas por sus particulares propiedades físico-químicas y su mayor accesibilidad geológica (Bridge y Le Billon, 2013: 82). “El crudo convencional impulsó la notable expansión de la producción y el consumo durante el siglo XX, pero su crecimiento durante la última década se ha estancado, dando paso cada vez más a fuentes no-convencionales” (Bridge y Le Billon, 2013: 5). Este fenómeno habría suscitado una perdurable disparidad entre la oferta y la demanda de petróleo cuya causa fundamental es debatida: el arribo al «pico» de la producción convencional o las insuficientes inversiones por parte de las compañías petroleras. En todo caso, la brecha mencionada está siendo crecientemente cubierta por petróleo proveniente de fuentes no-convencionales -crudos extra-pesados, arenas bituminosas, petróleo de esquisto- cuya producción es más riesgosa, más contaminante y entre tres o cuatro veces más costosa con respecto a las fuentes convencionales (Bridge y Le Billon, 2013: 82).

De manera importante, la producción de petróleo no-convencional se está concentrando en América del Norte –especialmente la de petróleo de esquisto– cuya extracción requiere técnicas como la perforación horizontal y la fracturación hidráulica (*fracking*). Los altos precios del petróleo han hecho económicamente viables a estas fuentes, al punto que se habla hoy de una «revolución del esquisto» que podría convertir a los Estados Unidos en el mayor productor de petróleo del mundo antes del 2020, según proyecciones de la Agencia Internacional de Energía. Con una América del Norte tornándose en exportadora neta de petróleo hacia 2030, se aceleraría el re-direccionamiento del comercio petrolero a Asia, incrementando concurrentemente la importancia estratégica de las rutas que transportan el petróleo del Medio Oriente a los mercados asiáticos (Yergin, 2014; International Energy Agency, 2012).

La seguridad energética a luz de la teoría de las Relaciones Internacionales.

En los análisis sobre la seguridad energética predominan dos posiciones asociables a las dos principales corrientes en la teoría de las Relaciones Internacionales: el realismo y el liberalismo. Por un lado, la posición realista “ve a la lucha internacional por la seguridad energética como un juego de suma cero” (Dannreuther, 2010a: 145). Por el otro, la posición liberal “promueve la interdependencia, los mercados y la integración” (Dannreuther, 2010a: 145). Hay una relación estrecha entre ambas posturas y la posición asumida frente al controversial tema de la disponibilidad total restante de petróleo a escala planetaria o, en otros términos, sobre si ya se ha alcanzado o no el «pico petrolero». Los realistas tienden a asumir una posición pesimista, que resalta el “carácter finito del petróleo como recurso, una caída significativa en la tasa en la que los campos petrolíferos gigantes son descubiertos, los límites técnicos y los impactos ambientales de las fuentes no-convencionales y el aumento de la demanda proveniente de Asia” (Bridge y Le Billon, 2013: 102).

En contraste, los liberales se acercan a una posición optimista sobre el tema, que señala que “las reservas convencionales de petróleo se encuentran en su máximo histórico, el número de países productores de petróleo está aumentando, vastas reservas no-convencionales están disponibles y el gas natural, hasta cierto punto, podría reemplazar al petróleo como combustible para el transporte” (Bridge y Le Billon, 2013: 101-102). A continuación se presentan y comparan sintéticamente las posturas realistas

y liberales y se toman en cuenta los aportes de una tercera -el constructivismo- con el fin de contar un marco analítico apropiado para estudiar el rol de la búsqueda de seguridad energética en las dinámicas de conflicto y cooperación interestatal.

Realismo.

Uno de los teóricos realistas contemporáneos más prominentes es John J. Mearsheimer. En *The Tragedy of Great Power Politics* (2001), el académico norteamericano se muestra escéptico de que tras el fin de la Guerra Fría las rivalidades interestatales, particularmente entre las grandes potencias, hayan cesado:

El siglo XX fue un periodo de gran violencia internacional [...] Este ciclo de violencia continuará hasta bien entrado el nuevo milenio. Las esperanzas de paz probablemente no se realizarán porque las grandes potencias que moldean el sistema internacional se temen mutuamente y compiten por el poder como resultado [...] Esta es una situación trágica, pero no hay forma de escapar de ella hasta que los Estados que componen el sistema acuerden la conformación un gobierno mundial. Pero una transformación tan vasta constituye difícilmente un prospecto realista y así el conflicto y la guerra están destinados a continuar como grandes y perdurables características de la política mundial (Mearsheimer, 2001: x-xii).

Esta imagen es prototípica de la tradición realista en las Relaciones Internacionales, la misma que durante gran parte del siglo XX ocupó una posición hegemónica en la comprensión de la política mundial, con exclusión de otras perspectivas (Sheehan, 2005: 5). La centralidad del realismo se mantiene, pero aparece menos visible entre la variedad enfoques teóricos que están hoy a disposición del especialista. Como menciona William Wohlforth: “es sólo una leve exageración decir que el estudio académico de las relaciones internacionales es un debate sobre el realismo. El realismo provee el objeto frente al cual muchas otras escuelas de pensamiento y sus contribuciones se definen a sí mismas” (Wohlforth, 2008: 131).

El realismo, más allá de la diversidad de posturas en su interior, se basa, según Paul Viotti y Mark Kauppi, en cuatro presupuestos comunes. Primero, en el contexto de un mundo anárquico -simplemente uno en el que no existe una autoridad central- los Estados son los principales actores de las relaciones internacionales. Segundo, los Estados son considerados como actores unitarios, con una política única en cada asunto, en un momento dado. Tercero, los Estados son vistos como actores racionales que actúan en base a un cálculo costo-beneficio en función de alcanzar sus intereses. Cuarto,

en la jerarquía de asuntos que el Estado debe tratar, la «seguridad nacional» -la seguridad frente amenazas externas de carácter militar provenientes de otros Estados- ocupa la cima. Dada esta prioridad, los Estados buscan ante todo el poder entendido como la posesión de capacidades materiales, primariamente militares (Viotti y Kauppi, 2012: 39-40). Es a partir de estos presupuestos que adquiere sentido el que Wohlforth señala como el argumento insignia del realismo: la ausencia de una autoridad central sobre el sistema de Estados torna problemática -potencialmente conflictiva- a la búsqueda de seguridad por parte de los mismos (Wohlforth, 2008: 135).

Esta situación es captada por el concepto de «dilema de la seguridad». En un contexto anárquico, los Estados no tienen otra alternativa sino mantener capacidades militares para preservar su seguridad, capacidades que tienden a ser vistas por otros Estados como amenazas, ya que los unos no pueden conocer a ciencia cierta las intenciones de los otros. Se genera así una inescapable dinámica competitiva entre los Estados, con la siempre presente posibilidad de un conflicto armado (Sheehan, 2005: 8-9). Como se puede apreciar, para el realismo el comportamiento de los Estados está determinado principalmente por el ambiente externo en el que operan -el sistema internacional anárquico- no por sus características internas. Todos los Estados se comportan de la misma manera, más allá de su cultura, régimen político o gobernante de turno: lo único que varía es cuánto poder poseen (Mearsheimer, 2001: 17-18).

Existen múltiples variantes del realismo y, como explica Mearsheimer, las mismas son diferenciables esencialmente por las distintas respuestas que ofrecen a la pregunta «¿por qué los Estados compiten por el poder?». El «realismo clásico», a partir de argumentos filosófico-políticos, considera que la naturaleza humana y, por extensión, la de los Estados se caracteriza por un *animus dominandi*, una voluntad de poder, la misma que los empuja a buscar la supremacía. La anarquía en el sistema internacional constituye en este caso una explicación de segundo orden (ver Morgenthau, 1986). Para el «neorrealismo», que adapta los postulados realistas básicos a un marco deductivo parsimonioso (Wohlforth, 2008: 137), los Estados están animados principalmente por la búsqueda de seguridad entendida como supervivencia. En el contexto de un sistema internacional anárquico, los Estados compiten por poder porque éste es la mejor garantía de seguridad (ver Waltz, 1988). Hay dos posiciones neorrealistas. El llamado «neorrealismo defensivo» sostiene que los Estados buscan mantener el statu quo, esto

es, el equilibrio de poder vigente: un intento agresivo por modificarlo puede generar un contrabalanceo por parte de los demás Estados que se han sentido amenazados. El «neorrealismo ofensivo» postula, al contrario, que los Estados buscan invariablemente maximizar su poder ya que éste ofrece las mayores garantías de supervivencia. No existen, por tanto, Estados que busquen mantener el statu quo (Mearsheimer, 2001: 18-21).

Una de las corrientes intelectuales en las Relaciones Internacionales informada por el realismo y una con especial relevancia para el tema que nos ocupa es la «geopolítica»:

Un método de análisis de la política exterior que busca entender, explicar y predecir el comportamiento político internacional en términos de variables geográficas, tales como localización, tamaño, clima, topografía, demografía, recursos naturales y potencial y desarrollo tecnológicos. La identidad y acción política es, por tanto, vista como determinada (más o menos) por la geografía (Evans y Newnham, 1998: 197).

La geopolítica “privilegia las dimensiones espaciales del poder estatal e identifica una continua lucha internacional por influencia y control sobre espacios geográficos y geopolíticos críticos” (Dannreuther, 2010b: 2). Uno de sus proponentes contemporáneos más destacados, Robert D. Kaplan, escribe: “[la geografía] puede revelar tanto las intenciones a largo plazo de un gobierno como sus consejos secretos. La situación de un Estado en el mapa es lo primero que lo define, incluso más que la filosofía de gobierno” (Kaplan, 2013: 59). Como apunta Dannreuther, “gran parte de la literatura sobre la política internacional de la energía adopta implícitamente una aproximación teórica realista y geopolítica, aunque esto es raramente desarrollado de manera explícita” (2010b: 2-3). Este autor identifica los supuestos subyacentes y los argumentos clave de esta aproximación a la seguridad energética: 1) el acceso y el control sobre la energía es un elemento clave del poder y de los intereses nacionales; 2) los recursos energéticos se están volviendo más escasos e inseguros; 3) los Estados competirán cada vez más por el acceso y control sobre los recursos energéticos y; 4) la probabilidad de conflictos y guerras por los recursos energéticos se hace cada vez mayor (Dannreuther, 2010b: 3).

Neil Melvin y Martin de Koning, investigadores del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), contextualizan la actual vigencia de la aproximación realista y geopolítica a la seguridad energética:

El ascenso de nuevos países consumidores y manufactureros ha ahondado las preocupaciones alrededor de cómo la competencia por el acceso a unos recursos naturales limitados afectará a las relaciones internacionales [...] Aquellos que sostienen que existe una nueva geopolítica de los recursos prevén un mundo en el cual asegurar el acceso a recursos esenciales se convierte en un objetivo primario de las fuerzas militares nacionales y la intensificada competencia por el acceso lleva a una inestabilidad generalizada, especialmente en áreas en donde ésta coincide con disputas territoriales y religiosas de larga data (Melvin y de Koning, 2011: 54).

Proveniente de los estudios sobre la resolución de conflictos y agudo crítico de la política exterior estadounidense, Michael T. Klare es frecuentemente citado como uno de los principales exponentes contemporáneos de esta aproximación a la seguridad energética (Dannreuther, 2010b: 3; Harris, 2003: 157). En su célebre *Resource Wars* (2001), Klare argumenta que tras la caída de la Unión Soviética y el aparente fin de las disputas basadas en la ideología, la competencia por recursos, especialmente energéticos, ha ido tomando un lugar central en las relaciones internacionales. La creciente importancia otorgada al vigor económico en la política de seguridad de los Estados, el aumento de la demanda mundial de recursos, la probabilidad de una escasez significativa de algunos de éstos y la persistencia de disputas territoriales por la posesión o acceso a sus fuentes, no hará sino aumentar la probabilidad de que estallen «guerras por los recursos» en el siglo XXI (Klare, 2001: 25).

Para Klare, estos desarrollos son hoy en día evidentes en Asia y determinan fuertemente las dinámicas de la seguridad en la región. El rebalanceo estratégico de los Estados Unidos anunciado por la administración Obama en 2011, con el propósito no declarado de contener el ascenso del poder chino, habría sido dictado por el análisis de la cambiante geografía energética mundial, la misma que proveería nuevas ventajas para Washington y aumentaría las vulnerabilidades de Beijing. La producción de fuentes no convencionales situadas en América del Norte y la disponibilidad de nuevas fuentes en otros rincones del Hemisferio Occidental, permitirían reducir -si no eliminar- la dependencia de los Estados Unidos de importaciones provenientes de África y Medio Oriente, las que, en este último caso, exigieron a lo largo de las últimas décadas la intensificación del involucramiento militar norteamericano en la región y el frecuente recurso a la fuerza, con onerosas consecuencias políticas y económicas. En cambio, para China, las importaciones de petróleo crecerán a un ritmo cada vez mayor, exponiendo a ese país a convulsiones políticas en las regiones productoras nombradas y a una posible

disrupción, principalmente a manos de los Estados Unidos y sus aliados regionales, de las rutas marítimas por las cuales estas importaciones deben transitar, centrándose las mayores preocupaciones en este último aspecto, en el Mar de China Meridional (Klare, 2011). Adicionalmente, a partir de la década pasada, con el desarrollo de tecnologías más efectivas para la explotación de fuentes submarinas de hidrocarburos y la explosión de la demanda asiática de energía, las islas localizadas en el Mar de Japón, el Mar de China Oriental y el Mar de China Meridional han venido siendo objeto de intensificadas disputas entre múltiples Estados de la región, alentados por las ventajas económicas y estratégicas que su control acarrearía en términos de menores costos y mayor cercanía; otro ejemplo de la competencia cada vez más intensa y de la incrementada probabilidad de conflictos interestatales alrededor del acceso y control sobre los recursos energéticos en el nuevo siglo (Klare, 2012).

Liberalismo.

La tradición liberal en las Relaciones Internacionales se presenta como el opuesto a la visión trágica de la política mundial encarnada por el realismo: el conflicto no es inevitable, la cooperación en múltiples campos es la norma más que la excepción y el progreso hacia un mundo pacífico es posible. Margaret Karns y Karen Mingst explican:

La injusticia, la agresión y la guerra son, de acuerdo a los liberales, el producto de instituciones sociales corruptas o inadecuadas y de la falta de entendimiento entre líderes. No son inevitables y, más bien, pueden ser eliminadas a través de la acción colectiva o multilateral y la reforma institucional. La expansión de la libertad humana es una creencia liberal central que puede ser alcanzada a través de la democracia y el capitalismo de mercado (Karns y Mingst, 2010: 36).

El liberalismo sostiene que la cooperación no sólo es posible, sino que se va expandiendo con el tiempo, debido a su concepción del sistema internacional como una arena en la cual los Estados y otros actores interactúan reiterativamente en múltiples ámbitos, aprendiendo acumulativamente de tales interacciones. La creciente interdependencia resultante promueve la aparición de intereses comunes y una incrementada posibilidad de cooperación (Karns y Mingst, 2010: 37).

Tras la Segunda Guerra Mundial, durante las primeras décadas de la subsecuente Guerra Fría, la primacía teórica en la disciplina de las Relaciones Internacionales fue detentada por el realismo, con su ya referido estado-centrismo y su énfasis en el poder militar y la seguridad nacional. Pero como explican Robert Keohane y Joseph Nye en

Poder e interdependencia (1977), en el transcurso de pocas décadas los postulados realistas fueron sometidos a poderosos cuestionamientos debido a las profundas transformaciones que sufría la propia realidad que estos pretendían fielmente reflejar. La aparición en los años setenta de nuevos actores en el plano internacional, la intensificación de los vínculos transnacionales sin mediación del Estado y la creciente conciencia de un conjunto de problemáticas globales como las crisis económica, energética y ambiental, pusieron bajo una sombra de duda al estatus de la seguridad nacional como la preocupación central de los Estados y al poder explicativo del realismo para comprender la política mundial (Keohane y Nye, 1986: 19-22).

Es en tal contexto que hace aparición una variante del liberalismo, el «neoliberalismo institucional» o simplemente «neoliberalismo». Éste hereda del realismo -particularmente del neorrealismo- su estado-centrismo, la asunción el carácter racional de los Estados y la concepción del sistema internacional como anárquico, pero en contraposición reconoce que los Estados tienen con frecuencia incentivos para cooperar, esto es, cuando desde un punto de vista utilitario la acción colectiva resulta imprescindible para alcanzar sus intereses respectivos (Karns y Mingst, 2010: 38). Como apuntan Robert Keohane y Lisa Martin, las instituciones internacionales tienen un rol clave en facilitar la cooperación entre los Estados: “las instituciones pueden proveer información, reducir costos de transacción, hacer más creíbles a los compromisos, establecer puntos focales para la coordinación y, en general, facilitar la operación de la reciprocidad” (Keohane y Martin, 1995: 42).

En esa línea de pensamiento se fue desarrollando en los años ochenta la teoría de los regímenes internacionales, los mismos que, según la clásica formulación de Stephen Krasner (1982) consisten en: “conjuntos implícitos o explícitos de principios, normas, reglas y procedimientos de toma de decisiones alrededor de los cuales convergen las expectativas de los actores en un área dada de las relaciones internacionales” (Krasner, 2006: 3). Es decir: Estados, organismos internacionales, organizaciones no gubernamentales, empresas transnacionales y demás actores relevantes con respecto a un tema particular participan de un régimen internacional cuando, en función de alcanzar sus intereses, optan por aceptar la legitimidad de las reglas, normas subyacentes y procedimientos de toma de decisiones constitutivos de ese régimen. Los Estados tienen la expectativa de que sus pares y otros actores cumplirán y utilizarán

procedimientos de resolución de disputas para resolver conflictos (Karns y Mingst, 2010: 11).

Teniendo en cuenta estos elementos teóricos cabe la pregunta: ¿existe un régimen internacional del petróleo? Para diversos autores la respuesta es que tal régimen no existe o, a lo sumo, que su alcance es parcial:

Al momento, la gobernanza del petróleo -con lo que queremos decir el conjunto de reglas y organizaciones que guían cómo se toman las decisiones sobre el petróleo y qué actores se incluyen (o excluyen) en esos procesos- es fragmentaria e incoherente, consistiendo en un mosaico de organizaciones con mandatos enfocados en los intereses exclusivos de sus miembros (Bridge y Le Billon, 2013: 155).

Como apunta William Ramsay, “las actuales instituciones de la gobernanza internacional en el sector de la energía son más una consecuencia de eventos políticos que de cualquier aproximación sistemática a construir la infraestructura de un diálogo internacional enfocado a encarar desafíos energéticos comunes” (Ramsay, 2013: 140). Tres son las principales organizaciones internacionales enfocadas en la gobernanza del sector petrolero: la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), la Agencia Internacional de Energía (AIE) y el Foro Internacional de Energía (FIE). La OPEP surgió en 1960 como resultado del creciente «nacionalismo de los recursos» en el Tercer Mundo y de la lucha de los países productores por administrar su propio patrimonio petrolero. La organización alcanzó un lugar protagónico en las relaciones internacionales en 1973, cuando introdujo la llamada «arma del petróleo»: la imposición de un embargo petrolero a varios países occidentales en retaliación al apoyo estadounidense a Israel en la Guerra del Yom Kippur de ese mismo año. Precisamente, la AIE fue establecida en 1974 por los países industrializados miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) como respuesta a las acciones de la OPEP. Por medio de la AIE se buscaba institucionalizar los intereses compartidos de los países consumidores ricos y proveer un mecanismo de defensa que neutralice una nueva utilización del petróleo como arma política; mecanismo cuya pieza central fue la conformación y coordinación de reservas estratégicas de petróleo entre sus miembros, además de la generación y diseminación de información sobre las tendencias del mercado petrolero internacional. Tras años de acercamientos infructuosos entre los países representados por ambas organizaciones, aparece el FIE en 1991 -a pocos meses de haber finalizado la Guerra del Golfo Pérsico-

como un mecanismo de diálogo entre los países de la OPEP y la AIE, que veían a la continua estabilidad del mercado petrolero internacional como un interés común (Ramsay, 2013: 141; Yergin, 2011: 269-275). Ramsay considera que estas instituciones son hoy reliquias de las luchas del siglo XX, poco aptas para encarar los nuevos desafíos planteados al sector energético, es decir, la sostenibilidad ambiental, la adaptación de los sistemas energéticos a las consecuencias del cambio climático y la subsistente pobreza energética de un considerable porcentaje de la población mundial; todo esto en el contexto del ascenso de cientos de millones de personas a la clase media consumidora en algunas regiones del planeta, especialmente Asia (Ramsay, 2013: 143-144).

Como señala Dannreuther, la aproximación liberal a la seguridad energética apunta a las actuales deficiencias de la «gobernanza petrolera internacional» y adquiere un carácter más bien normativo. El autor refiere a la obra de Andreas Goldthau y Jan Martin Witte como una reciente articulación explícita de este enfoque (Dannreuther, 2010b: 7-9). Estos expertos europeos buscan proveer una alternativa a la predominante visión estado-céntrica, geopolítica y de suma cero sobre la seguridad energética; una alternativa, sostienen, más próxima a la realidad del comercio petrolero internacional. El que llaman «enfoque desde la gobernanza» considera, en primer lugar, que el petróleo -a pesar de la exagerada politización de la que ha sido objeto- es finalmente como cualquier otra mercancía. La exploración, explotación, comercio y consumo de petróleo son actividades llevadas a cabo predominantemente por actores privados cuyas interacciones, incluso en el caso de actores de propiedad estatal mayoritaria, se dan a través de transacciones que tienen lugar en un mercado global. En segundo lugar, este enfoque otorga un rol clave a las instituciones, ya que las mismas estructuran y complementan -como es el caso de cualquier mercado- las interacciones de los actores, ejerciendo incentivos o constricciones sobre éstos. Las actuales organizaciones internacionales dirigidas a la gobernanza del sector petrolero, más allá de sus múltiples falencias, cumplen funciones clave como la corrección de fallas del mercado, la provisión de información a los actores, la disminución de costos de transacción y el establecimiento de reglas y estándares para los intercambios en el mercado global del petróleo. Finalmente, el enfoque desde la gobernanza tiene implicaciones analíticas de gran alcance: los cambios recientes en el panorama energético internacional, tales como

el ascenso de China como un consumidor de primer orden, lejos de ser abordados como desafíos de corte geopolítico a la seguridad de los consumidores establecidos, son vistos como problemas de gobernanza que exigen adaptaciones normativas e institucionales; la seguridad energética no consiste siempre en un juego de suma cero, frecuentemente se pueden encontrar soluciones de suma positiva y; los Estados no son los únicos ni los principales actores en la gobernanza de la energía, participan también en ésta compañías públicas y privadas, actores financieros y organizaciones internacionales, entre otros, con intereses y estrategias propias a cada uno. En suma: esta aproximación rechaza la que considera como una visión determinista-reduccionista de Estados compitiendo por recursos escasos y se enfoca en cómo los mercados energéticos y las instituciones internacionales pueden acomodar los intereses de diversos actores y fomentar la cooperación entre los mismos (Goldthau y Witte, 2010).

Según Jochen Prantl, los esfuerzos por generar instituciones que permitan una mejor cooperación en el ámbito energético en Asia han encontrado los mismos obstáculos que en el nivel global: los Estados de la región han sido tradicionalmente renuentes a ceder soberanía a reglas y principios multilaterales vinculantes. En cuanto a la fijación de reglas y estándares, la Cumbre de Asia Oriental (EAS) adoptó en 2007 la Declaración de Cebú, generando planes de acción voluntarios apuntados a mejorar la eficiencia energética. Para la corrección de fallas de mercado -en concreto la preparación frente a disrupciones en la oferta de petróleo y sus impactos en la economía- se han establecido en la región diversas instituciones y adoptado múltiples iniciativas a lo largo de las últimas décadas: el Consejo Petrolero de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) en 1975, el Acuerdo sobre Seguridad Petrolera de ASEAN en 2009 y la Iniciativa para la Seguridad Energética del Foro de Cooperación Económica del Asia Pacífico (APEC) en 2001. En función de reducir costos de transacción, en particular a través de la generación y diseminación de información, se han establecido el Centro para la Energía de ASEAN en 1999 y la Red del Asia Pacífico para la Tecnología Energética en 2007. A pesar de esta profusión de instituciones e iniciativas a nivel regional en el ámbito de la energía, el resultado es, al igual que en el nivel global, un mosaico de normas y reglas débilmente integradas y muchas veces redundantes y contradictorias: un *regime complex* (ver Keohane y Victor, 2013). En suma, de acuerdo a Prantl, a pesar de que el actual *regime complex* alrededor

de la energía a nivel asiático constituye una opción sub-óptima, resulta claramente preferible a políticas que enmarcan a la seguridad energética como un juego de suma cero, con el consecuente prospecto de competencia y conflictos geopolíticos en la región (Prantl, 2011).

Constructivismo.

A partir de los años noventa, el constructivismo ha ido ganándose un espacio junto al realismo y al liberalismo como una de las perspectivas dominantes en el estudio de la política mundial. La percibida incapacidad del neorrealismo y del neoliberalismo de contemplar la posibilidad de un acontecimiento transformativo de tan profundas consecuencias como el fin de la Guerra Fría, puso en evidencia las limitaciones de los mismos y los abrió a cuestionamientos inclusive al nivel de sus fundamentos ontológicos y epistemológicos (Viotti y Kauppi, 2012: 277-278). Como explica Peter Katzenstein, las perspectivas neorrealista y neoliberal comparten el mismo enfoque en cómo las estructuras materiales del sistema internacional determinan y condicionan el comportamiento de los Estados en tanto actores racionales (Katzenstein, 1996: 11-17). Frente a ello, el constructivismo mantiene, en palabras de Alexander Wendt, que “las estructuras de la política internacional son sociales más que estrictamente materiales (postura opuesta al materialismo) y que estas estructuras moldean las identidades e intereses de los actores, no sólo su comportamiento (postura opuesta al racionalismo)” (Wendt, 1995: 71-72). Como resumen Viotti y Kauppi, el constructivismo apunta a “la dimensión irreductiblemente intersubjetiva de la acción humana, incluyendo el conocimiento y la realidad, con el supuesto de que los objetos de nuestro conocimiento no son independientes de nuestras interpretaciones” (Viotti y Kauppi, 2012: 278).

Según Ian Hurd, los siguientes son los cuatro argumentos principales del constructivismo, los mismos que no sólo lo distinguen de otros enfoques y sino que también demuestran cómo éste asume problemas empíricos y filosóficos simplemente inaccesibles desde otras perspectivas (Hurd, 2008: 299-305). Primero, las relaciones internacionales son socialmente construidas. “En un mundo socialmente construido, la existencia de patrones, relaciones causa-efecto e inclusive la de los Estados depende de redes de significado y prácticas que los constituyen” (Hurd, 2008: 300). Objetos materiales como bombas, dinero o petróleo no tienen efectos directos sobre la política

internacional sino a través de las ideas que las personas se hacen de ellos. Estas ideas son necesariamente intersubjetivas -compartidas por un colectivo- e institucionalizadas -expresadas en prácticas e identidades- (Hurd, 2008: 300-301). Segundo, “las identidades son la base de los intereses” (Wendt, 1992: 398). Como explica Ted Hopf, en un contexto social las identidades cumplen la función básica de decirles a los propios actores y a sus pares quiénes son. La identidad de un Estado, producida por las interacciones con otros, implica ciertas preferencias y un particular repertorio de acción, esto es, intereses (Hopf, 1998: 175). Mientras el neorrealismo y el neoliberalismo asumen a priori que todos los Estados tienen una sola identidad básica -actores racionales egoístas- y que sus intereses están predeterminados por sus recursos materiales o su situación (Hurd, 2008: 302), el constructivismo considera que las identidades y los intereses de los Estados son variables y que dependen, en última instancia, de un particular contexto histórico, cultural, político y social (Hopf, 1998: 176). Tercero, “los actores y las estructuras están mutuamente constituidos” (Hopf, 1998: 172). Las acciones de los Estados contribuyen a la creación de instituciones y normas sociales en el ámbito internacional y estas instituciones y normas contribuyen, a su vez, a definir, socializar e influenciar a los Estados (Hurd, 2008: 304). Cuarto, “la anarquía es la idea que los Estados se hacen de ella” (Wendt, 1992: 395). Frente al argumento neorrealista central de que la anarquía en el sistema internacional suscita necesariamente un comportamiento competitivo entre los Estados, el constructivismo sostiene que éste no proviene ni causal ni lógicamente de la anarquía, sino de significados y prácticas constituidos intersubjetivamente (Hurd, 2008: 304-305). “[Este] movimiento abre la posibilidad de pensar a la anarquía como teniendo múltiples contenidos para distintos actores basados en sus propias comunidades de significados y prácticas intersubjetivas” (Hopf, 1998: 174).

Estos argumentos permiten una comprensión alternativa del rol de la búsqueda de seguridad energética en la política mundial. Desde esta perspectiva, Jonna Nyman afirma que “la seguridad energética es construida y contingente, más que una meta identificable objetivamente” (Nyman, 2014: 5). John Ravenhill, en referencia a los crecientes vínculos entre seguridad y economía en Asia, concuerda en términos amplios: “la seguridad [...] no está dada: está determinada por las percepciones de los actores estatales” (Ravenhill, 2013: 2). Un ejemplo de esto sería “la ampliación por parte de las

élites del Estado de lo que se define como seguridad para incluir el acceso a importaciones percibidas como vitales para el bienestar nacional” (Ravenhill, 2013: 3). El peligro que aquello involucraría es que la competencia por recursos “se derrame al ámbito de la seguridad tradicional, esto es, a las rivalidades militares entre Estados” (Ravenhill, 2013: 4). Estas observaciones están influenciadas por aportes esencialmente constructivistas a los Estudios de la Seguridad (ver Balzacq, 2010). Los mismos coinciden en que «seguridad» es un concepto socialmente construido: “tiene un significado específico solamente dentro de un contexto social particular. Por tanto, su significado admitido es susceptible de ser modificado como resultado de cambios en el ambiente externo y cambios en las maneras en las que pensamos sobre los asuntos” (Sheehan, 2005: 43).

La «Escuela de Copenhague», a través de su obra referencial *Security. A New Framework for Analysis* (1998), tiene hoy un lugar prominente en el debate teórico alrededor de la seguridad, especialmente gracias a dos aportes: la ampliación del concepto para abarcar sectores adicionales al militar -sectores político, económico, societal y ambiental- y un marco analítico para comprender los procesos de «securitización» (Emmers, 2007: 110). En cuanto al primero, como escriben Barry Buzan, Ole Waever y Jaap de Wilde, “[nuestra] preocupación se basa en el trabajo de aquellos quienes por más de una década buscaron cuestionar la primacía del elemento militar y del Estado en la conceptualización de la seguridad” (Buzan, Waever y de Wilde, 1998: 1). En el debate entre la visión tradicional de la seguridad -centrada exclusivamente en la aplicación de la fuerza militar por parte del Estado- y la visión ampliada -estimulada por las nuevas agendas internacionales alrededor de la globalización, el medio ambiente, las identidades étnico-religiosas y el crimen transnacional-, los autores de la Escuela de Copenhague aceptan las preocupaciones de los tradicionalistas acerca de la incoherencia intelectual que la ampliación conceptual podría acarrear para los Estudios de la Seguridad (Buzan, Waever y de Wilde, 1998: 1-5). Frente a ello, proponen como vía media que la seguridad siga siendo entendida como «supervivencia» -tal como lo hacen los tradicionalistas- pero que el significado concreto de este concepto -cuál es el objeto referente y de qué tipo de amenazas se trata- dependa del sector del que se está hablando (Buzan, Waever y de Wilde, 1998: 21-23).

En cuanto a la securitización, este concepto hace referencia al proceso por el cual un asunto público es presentado por un actor securitizante -por ejemplo autoridades de gobierno- como una amenaza existencial a un objeto referente -tradicional pero no exclusivamente el Estado-, posibilitando así la toma de medidas extraordinarias -poderes especiales, uso de la fuerza- (Buzan, Waever y de Wilde, 1998: 5). Los autores remarcan que “la definición y criterios exactos de la securitización están constituidos por el establecimiento intersubjetivo de una amenaza existencial con la importancia suficiente para tener efectos políticos sustanciales” (Buzan, Waever y de Wilde, 1998: 25). En definitiva: la ampliación del concepto de seguridad a sectores distintos del militar y la provisión de un marco analítico para comprender los procesos de securitización, hacen de la Escuela de Copenhague un referente imprescindible en el estudio contemporáneo de la seguridad internacional. Como apunta Dannreuther, en referencia específica al análisis del rol de la seguridad energética en las relaciones internacionales, estos aportes proveen una luz adicional “sobre los mecanismos de transmisión a través de los cuales la energía puede migrar desde el campo económico-comercial al político-geoestratégico” (Dannreuther, 2010b: 17).

Securitización de la energía y rivalidades interestatales en Asia: un marco analítico.

En su artículo “A dangerous synergy: energy securitization, great power rivalry and strategic stability in the Asian century” (2013), el académico australiano Andrew Phillips busca analizar “las maneras en las que la revolución del consumo energético en Asia ha interactuado con los cambiantes patrones de alineamiento diplomático y un equilibrio militar regional más fluido para incrementar el riesgo de competencia estratégica entre las grandes potencias establecidas y emergentes de la región” (Phillips, 2013:17). En función de este objetivo de investigación, Phillips delinea un marco analítico centrado en el concepto de seguridad energética. Basándose en la temprana conceptualización de David Deese (1979: 140), Phillips define a la seguridad energética como “la condición que se obtiene cuando los gobiernos nacionales perciben que tendrán un acceso confiable, asequible e ininterrumpido a los servicios energéticos necesarios para mantener una actividad económica normal” (Phillips, 2013: 18). La seguridad energética es, desde esta perspectiva, cuestión de las percepciones de las

élites estatales. Las mismas están condicionadas, según Phillips, principalmente por tres consideraciones interrelacionadas.

La primera es la percepción sobre la suficiencia de la oferta de servicios energéticos en relación con la demanda actual y la proyectada. Los Estados evalúan, en primer lugar, si pueden satisfacer el consumo actual y proyectado de manera exclusiva con fuentes domésticas, para luego determinar la disponibilidad internacional de recursos energéticos para satisfacer el total de sus necesidades. La segunda consideración es la percepción sobre la eficiencia, resistencia y flexibilidad de las instituciones responsables de la asignación de recursos asociados con la provisión de servicios energéticos. En concreto, esta consideración hace referencia al grado en el que las élites estatales confían en la capacidad de los mercados internacionales de energía para satisfacer sus necesidades. Esto involucra la percibida eficiencia en la provisión de una oferta ininterrumpida de recursos energéticos a precios asequibles, la percibida resistencia frente a interrupciones en la oferta en el corto plazo y la percibida flexibilidad para realizar las suficientes inversiones para mantener una oferta adecuada de recursos energéticos en el largo plazo. La tercera consideración es la percepción sobre la estabilidad y benignidad del ambiente estratégico en el que se comercian los servicios energéticos. El mercado petrolero internacional, por ejemplo, está incrustado en un contexto geopolítico global más amplio, siendo un orden estratégico estable y benigno un requisito fundamental para proveer a los países consumidores de un acceso confiable a los servicios energéticos (Phillips, 2013: 18-20).

Phillips justifica esta elección analítica –claramente influida por los aportes constructivistas a los Estudios de la Seguridad– destacando que la misma arroja luz sobre “la facilidad con la que los gobiernos pueden llegar a considerar a la energía como un desafío a la seguridad nacional, más que un asunto exclusiva o primariamente económico” (Phillips, 2013: 20). El propio término «seguridad energética» puede llevar a pensar en una inherente o necesaria relación entre la política energética y la seguridad nacional, pero “es crítico anotar que la decisión de securitizar la política energética es una elección política y que los Estados, en circunstancias limitadas, pueden concebir a la política energética como puramente económica” (Phillips, 2013: 20). Para Phillips, por tanto, las tres consideraciones señaladas determinan no sólo la percepción de las élites estatales sobre si su país ve satisfechos sus requerimientos de recursos energéticos

sino cómo estas élites optan por perseguir el objetivo de una provisión fiable de los mismos, es decir, considerando alternativamente a la seguridad energética como un elemento de la seguridad nacional o como un asunto primariamente comercial, lo que involucra para ambas opciones distintos repertorios de acción y, eventualmente, distintos patrones de relacionamiento: conflicto o cooperación. Las tres consideraciones señaladas por Phillips operan como un juego de muñecas rusas. Que la dependencia de las importaciones sea asumida como una amenaza a la seguridad nacional está en función del grado en el que las élites estatales confían en la capacidad de los mercados internacionales de energía para satisfacer los requerimientos energéticos nacionales, lo que a su vez depende de cuán benigno y estable estas élites perciben que es el orden geopolítico en el cual está incrustado el comercio energético internacional.

Este trabajo se concentra en la tercera de las consideraciones señaladas por Phillips como constitutivas de las percepciones de las élites estatales en torno a la seguridad energética, esto es, la percibida benignidad del ambiente estratégico en el que operan los mercados internacionales de energía. Para el caso de Beijing y sus percepciones sobre la fiabilidad de su abastecimiento de petróleo, esta consideración tiene en su núcleo a sus percepciones sobre sus relaciones estratégicas con Washington. Según Phillips, Beijing es particularmente consciente de que los mercados globales de energía están incrustados en un orden de seguridad dominado por los Estados Unidos y, por tanto, se muestra al menos reticente a integrarse de manera plena a este orden, so pena de convertirse perdurablemente en un protectorado energético norteamericano (Phillips, 2013: 26). Las relaciones estratégicas sino-estadounidenses están empezando a estar caracterizadas por la asunción por parte de China y los Estados Unidos, respectivamente, de la identidad de una potencia en ascenso y de la identidad de una potencia hegemónica establecida. En las Relaciones Internacionales -combinando los aportes de diversos cuerpos teóricos- la designación «potencia hegemónica» hace referencia a un Estado que, poseyendo una amplia preponderancia de capacidades materiales e institucionales, ejerce una influencia internacional decisiva en múltiples ámbitos y despliega una ideología legitimadora para suscitar la cooperación de los demás. La potencia hegemónica provee bienes públicos que -por lo menos durante un tiempo- son percibidos por los demás Estados como conducentes a la seguridad y prosperidad generales (Hunt, 2007: 312-314). Desde esta perspectiva, Gran Bretaña y

luego los Estados Unidos habrían actuado durante buena parte de los últimos doscientos años como potencias hegemónicas liberales, contribuyendo a crear y mantener una economía internacional abierta, actuando como prestamistas de última instancia, proveyendo la moneda de reserva internacional, invirtiendo en el exterior, manteniendo abiertos sus mercados domésticos y, de manera clave, protegiendo militarmente las rutas comerciales y las vías marítimas (Zakaria, 2008: 45).

Como explica Michael Wesley, “los Estados Unidos, como Gran Bretaña antes de éstos, consideran a su rol en la provisión de seguridad para las rutas marítimas globales, en particular el Golfo Pérsico, como una parte intrínseca de su custodia de la economía global” (Wesley, 2007: 5). Existirían, no obstante, motivaciones menos altruistas por parte de Washington: “esta política también tiene el beneficio de jugar un rol crítico en la capacidad de los Estados Unidos de mantener esa hegemonía, en la medida en que el control estadounidense sobre las rutas de abastecimiento de energía limita las posibilidades de ascenso de un competidor estratégico” (Wesley, 2007: 6). Es así que la hegemonía de los Estados Unidos sobre la principal región productora de petróleo del mundo y el control de éstos sobre las vías marítimas claves en las que este petróleo debe transitar, constituyen inescapablemente un elemento clave de las percepciones de seguridad energética de una China que aumenta vertiginosamente su consumo de energía y, concurrentemente, depende cada vez más del mercado petrolero internacional para satisfacer sus requerimientos energéticos. De ahí que, recalcando, las percepciones de Beijing sobre sus relaciones estratégicas con Washington estén en el centro de sus aprehensiones sobre su seguridad energética.

Conclusiones.

La renovación del interés por la seguridad energética y sus impactos en la política mundial durante la última década, tiene lugar en el contexto de un reordenamiento sustancial de la geografía del comercio internacional de petróleo. La producción en base a las fuentes convencionales, situadas principalmente en el Medio Oriente, enfrenta un estancamiento, mientras la preponderancia energética regresa tras varias décadas a América del Norte, ahora sobre la base de fuentes no-convencionales. Esto ha sido posible gracias al vertiginoso ascenso económico de Asia y al consecuente aumento de sus importaciones de petróleo, lo que ha estimulado una escalada de los precios a lo

largo de la última década. Estos desarrollos forman parte fundamental de las más amplias transformaciones económicas y políticas que caracterizan al sistema internacional de comienzos del siglo XXI, sobre el que se acumulan, de manera alarmante, cada vez más tensiones, poniendo de relieve tanto la incrementada probabilidad de conflicto así como la urgencia de una cooperación internacional más eficaz. Es de esta forma que la seguridad energética retoma un lugar central en las preocupaciones de los Estados, influenciando de manera determinante sus políticas exteriores y, más ampliamente, las dinámicas de la seguridad interestatal a nivel regional y global.

En las Relaciones Internacionales no existe, sin embargo, un consenso alrededor del carácter esta influencia: ¿es el petróleo un elemento inherente del poder e intereses nacionales de los Estados y, por tanto, invariablemente un objeto de disputa entre éstos? ¿Es el petróleo como cualquier otra mercancía y, en ese sentido, su exagerada politización una grave simplificación de la realidad que podría llevar a conflictos internacionales innecesarios? A pesar de que los argumentos liberales aparecen como contundentes en contra de la postura realista, usualmente reconocen que frente a la realidad actual la propia postura liberal acaba siendo normativa. Por ejemplo, Danielle Cohen y Jonathan Kirshner describen un irracional «culto a la seguridad energética» -predominante entre los hacedores de políticas en los Estados Unidos y China- que contrasta con la realidad objetiva e históricamente comprobable de un mercado petrolero global integrado, eficiente y flexible (ver Noël, 2014: 208-210) y en la cual la movilización de recursos militares y diplomáticos para la consecución de la seguridad energética no sólo es peligrosa sino irrelevante (Cohen y Kirshner, 2011: 38-41). Pero como escriben Blake Clayton y Michael Levi: “en muchos casos, el comercio de petróleo es significativo políticamente simplemente porque los hacedores de políticas creen que así lo es” (Clayton y Levi: 2012: 113). El marco analítico propuesto por Andrew Phillips -informado por los aportes constructivistas a los Estudios de la Seguridad- asume de partida este hecho, sosteniendo que la seguridad energética de un Estado es función de las percepciones de las élites estatales sobre el grado de dependencia de las importaciones de energía, sobre la confiabilidad de los mercados internacionales de energía para satisfacer los requerimientos energéticos nacionales y, en última instancia, sobre la benignidad del ambiente estratégico en el cual operan estos

mercados. Este trabajo se concentra en este último elemento aplicándolo al caso de China y sus percepciones sobre el rol hegemónico estadounidense en el comercio petrolero internacional.

CAPÍTULO II

EL ASCENSO DE CHINA: ENERGÍA Y SEGURIDAD.

Las reformas de Deng Xiaoping y el vertiginoso crecimiento económico chino.

La escala y velocidad de las transformaciones que han convertido a China en uno de los actores clave del mundo de comienzos del siglo XXI, quedan patentes al dar un vistazo a las impresionantes cifras y datos relativos a su desempeño económico. El promedio del crecimiento anual del PIB chino entre 1979 y 2013 ronda el 10%. China es hoy la mayor economía comercial del mundo, la principal productora de manufacturas, la más importante exportadora de mercancías y la primera tenedora de reservas internacionales de intercambio, además de ser el segundo destino mundial de inversión extranjera directa. En cuanto al tamaño del PIB -en términos nominales- China es la segunda economía del mundo detrás de los Estados Unidos, con USD 9.3 billones, esto es, el 55% del PIB norteamericano (Morrison, 2014).

Los pronósticos sobre si el ritmo de la expansión económica del gigante asiático se mantendrá hasta que éste alcance y, eventualmente, supere a los Estados Unidos como la principal economía del mundo son motivo de un amplio debate. Una buena muestra del mismo es el mantenido por Arvind Subramanian y Salvatore Babones en las páginas de la revista *Foreign Affairs* a finales de 2011. Asumiendo que la economía china crecerá a un promedio del 7% durante los próximos veinte años y basado en un índice que combina el PIB, la suma de las exportaciones e importaciones y el nivel de acreencia neta, Subramanian proyecta que en 2030 China superará ampliamente a los Estados Unidos en lo que llama «dominio económico». En ese año, China será responsable del 20% del PIB mundial -frente al 15% norteamericano-, superará significativamente al resto del mundo en términos de comercio y flujos de capital y posicionará al yuan como un rival creíble del dólar como moneda de reserva internacional (Subramanian, 2011: 67-70). Frente a proyecciones como la de Subramanian, que consideran a un predominio económico global de China como algo seguro, Babones apunta a los factores extraordinarios e irrepetibles que han impulsado el crecimiento chino hasta ahora pero que inevitablemente se agotarán -la declinación de la tasa de natalidad y el proceso de urbanización- y a barreras políticas, ambientales y económicas que seguramente ralentizarán de manera significativa al ritmo de expansión

de la economía china en las próximas décadas -capacidad limitada de innovación bajo un sistema político autoritario, costos ambientales insostenibles del «desarrollo sucio» y la «trampa de la renta media»- (Babones, 2011: 79-88). No obstante, este autor considera que “bajo cualquier medición el crecimiento económico de China es inédito, incluso milagroso” (Babones, 2011: 79).

El ascenso económico contemporáneo de China se inicia en 1978 con la adopción por parte del nuevo líder del país, Deng Xiaoping, de lo que se conoce como «Las Cuatro Modernizaciones», esto es, reformas en los campos de la agricultura, industria, ciencia y tecnología y defensa nacional. El objetivo era transformar la base industrial del país para convertirlo en una potencia económica de primer orden, introduciendo progresivamente técnicas capitalistas, adoptando reglas de mercado y separando las funciones políticas del Partido Comunista con la administración empresarial (Cesarin, 2006: 28). Adicionalmente, Deng impulsó una política de puertas abiertas para promover la expansión de las relaciones económicas de China con el resto del mundo (Larus, 2012: 249-250).

Conocido por su pragmatismo, Deng persiguió políticas a nivel doméstico e internacional apuntadas al desarrollo económico de China. Entendió que una economía fuerte potenciaría el poder de su país y creía que abrir China al mundo era esencial para alcanzar esa meta. La República Popular China necesitaba los capitales y la tecnología de Occidente y de Japón. Necesitaba acceso a los mercados externos. Y, efectivamente, necesitaba abandonar la economía planificada al estilo soviético, la cual Deng sustituyó por una vagamente definida ‘economía de mercado socialista’ (Cohen, 2007: 699).

Es preciso mencionar algunos antecedentes que permiten contextualizar la adopción de las reformas por parte de Deng en 1978. En primer lugar, la destrucción y las convulsiones causadas por la «Revolución Cultural» llevada adelante por Mao Zedong entre 1966 y 1976; según Sergio Cesarin, un intento de reingeniería social apuntado a romper con la tradición confuciana y un percibido aburguesamiento revolucionario sospechoso de simpatía con el capitalismo occidental (Cesarin, 2006: 13). Como explica Martin Jacques, “para el liderazgo chino, el objetivo de la reforma económica nunca fue la occidentalización, sino un deseo de restaurar la legitimidad del Partido después de Mao por medio del crecimiento económico y, de esa manera, construir una nación y un Estado fuertes. A la estabilidad política le fue asignada la más alta prioridad” (Jacques, 2009: 157). Un segundo antecedente fue la acelerada industrialización vía exportaciones y las altas tasas de crecimiento económico experimentadas desde los años sesenta

primero por Japón y luego por Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur -los «Cuatro Tigres Asiáticos»- (Cesarin, 2006: 34). “Desde el comienzo, Japón y los Tigres Asiáticos fueron una importante influencia en la reforma económica de China. Estos países compartían con Deng una perspectiva pragmática y no dogmática de cómo conducir la política económica” (Jacques, 2009: 155). Por último, hay que mencionar la normalización de las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos anunciada oficialmente a finales de 1978 durante la administración Carter y bajo el liderazgo de Deng; proceso que fue abierto por los acercamientos en 1972 entre la administración Nixon y Mao. Aquello permitió la progresiva integración de China al mercado mundial y su acceso a lo largo de las siguientes décadas a instituciones económicas internacionales clave como el FMI, el Banco Mundial y, finalmente, la OMC (Jacques, 2009: 156).

Explosión del consumo de energía y seguridad energética en China.

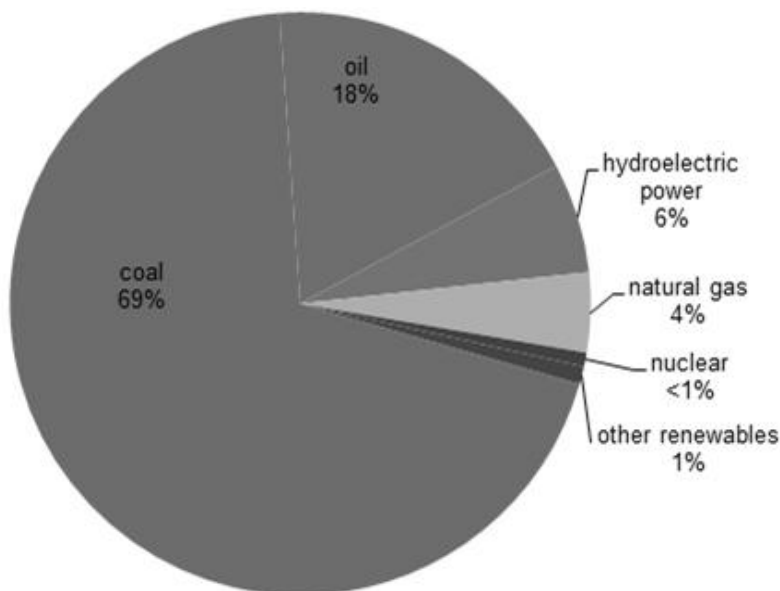
Las cifras del crecimiento económico chino tienen su expresión concreta en los vastos procesos de urbanización e industrialización que han transformado al país en las últimas décadas, con la concurrente explosión en el consumo de energía. Como describe Daniel Yergin:

Todo este crecimiento, todas estas nuevas construcciones, todas estas nuevas fábricas, todos estos nuevos departamentos y sus nuevos electrodomésticos y el transporte que esto involucra -todo depende de la energía. Esto además de los enormes requerimientos energéticos de todas las fábricas que hacen de China el principal país manufacturero del mundo y el mayor proveedor de bienes para la economía global. Lo mismo exige más -más carbón, más petróleo, más gas natural, más energía nuclear, más renovables. Hoy, el carbón sigue siendo la columna vertebral de la energía de China. Pero en términos de la relación con los mercados internacionales y la economía mundial, el factor dominante es el petróleo (Yergin, 2011: 193).

En efecto, entre 2002 y 2012, China fue responsable del 60% del crecimiento en el consumo global de energía -entre 1992 y 2002 esa cifra se ubicó en el 25%- (Nöel, 2014: 204). En 2010 el país se convirtió en el principal consumidor de energía del mundo. En 2011, el consumo energético por fuente se repartió de la siguiente manera: carbón (69%), petróleo (18%), hidroelectricidad (6%), gas natural (4%), energía nuclear (1%) y otros renovables (1%) aproximadamente (U.S. Energy Information Administration, 2014). Como el mayor productor mundial de carbón, China ha sido

tradicionalmente un exportador neto, pero en 2009 ya importó el 3.5% de su consumo anual (Tunsjø, 2013: 52).

Gráfico 2. Consumo total de energía de China por fuente, 2011.

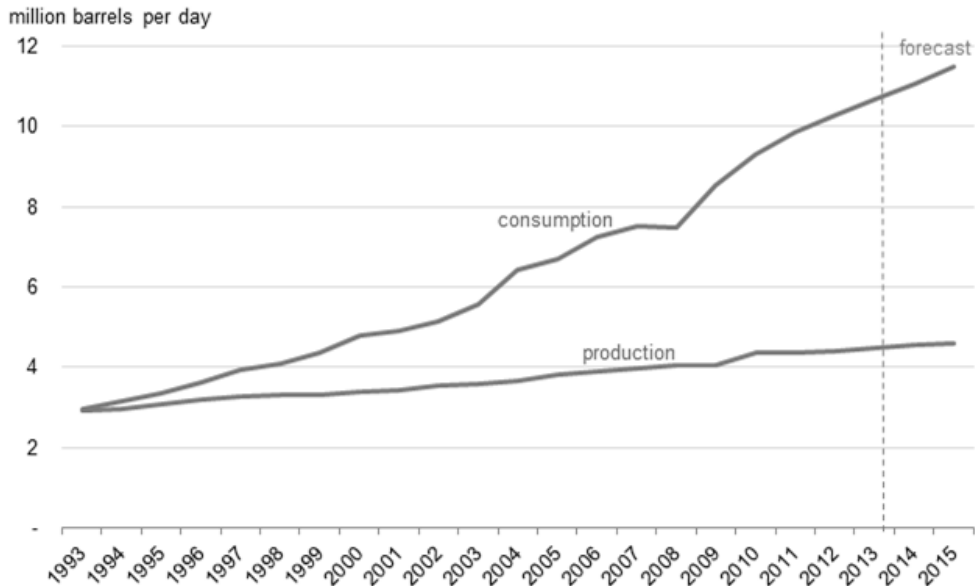


Fuente: http://www.eia.gov/countries/analysisbriefs/China/images/total_energy_consumption.png

En cuanto al petróleo, China es hoy el segundo consumidor e importador del mundo, detrás de los Estados Unidos. De hecho, China superó las importaciones estadounidenses en el último trimestre de 2013 y se proyecta que en 2014 el gigante asiático superará a los Estados Unidos en importaciones anuales (U.S. Energy Information Administration, 2014). Aunque China es hoy el principal productor del Asia Pacífico y el cuarto del mundo, en 1993 se convirtió en importador neto y entre 2007 y 2009 su dependencia de las importaciones superó ya el 50% (Tunsjø, 2013: 53). Se pronostica que en 2020 esta cifra superará el 66% y en 2040 el 72%, a medida que la demanda crezca más rápido que la oferta doméstica (U.S. Energy Information Administration, 2014). En 2013, el origen de las importaciones petroleras chinas fueron las siguientes en orden descendente de importancia: Medio Oriente (52%), África (23%), América (10%) y el Asia Pacífico (2%). Otras regiones exportaron a China acumuladamente el 13%. Arabia Saudita y Angola son los mayores exportadores a China, sumando el 33% de las importaciones petroleras del gigante asiático (U.S. Energy Information Administration, 2014). Es así que el petróleo se encuentra, con la

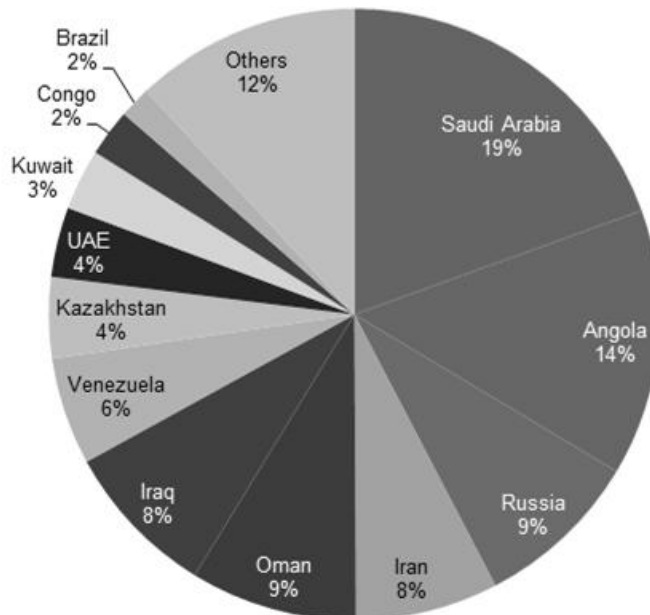
actual y proyectada dependencia de las importaciones, en el centro de la política de seguridad energética internacional de Beijing.

Gráfico 3. Producción y consumo de petróleo en China, 1993-2015.



Fuente: http://www.eia.gov/countries/analysisbriefs/China/images/oil_production_consumption.png

Gráfico 4. Importaciones de petróleo crudo por China, 2013.

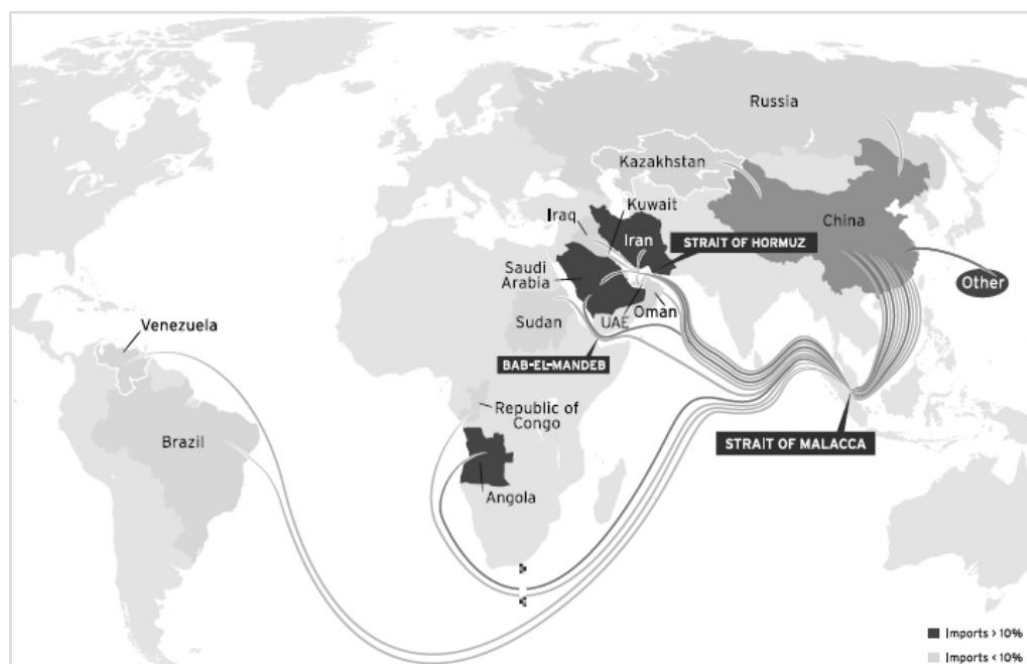


Fuente: http://www.eia.gov/countries/analysisbriefs/China/images/crude_oil_imports_source.png

Como se menciona en el capítulo precedente, los países que dependen del petróleo importado están expuestos a cambios en los flujos de petróleo provenientes de pocos

exportadores y a la volatilidad de los precios fijados en un único mercado global. En estos aspectos, China es como cualquier otro país importador. Lo que distingue al gigante asiático es la rapidez con la que está pasando de ser un exportador neto importante a ser el principal importador neto del mundo (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 61). En el ámbito de su política energética internacional, China ha buscado hasta ahora enfrentar estos desafíos predominantemente de tres maneras.

Mapa 3. Origen de las importaciones petroleras chinas por país.



Fuente:

http://www.brookings.edu/~media/research/files/papers/2014/04/14%20geopolitical%20security%20consequences%20energy%20jones/14%20geopolitical%20security%20energy%20jones%20steven_fixed.pdf

En primer lugar, diversificando el origen de sus importaciones petroleras, con éxito parcial (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 68). Como indica Øystein Tunsjø, aunque aproximadamente el 50% de las importaciones chinas de petróleo siguen proviniendo del Medio Oriente -el doble de la dependencia estadounidense de importaciones de esa región- dado el crecimiento récord de su demanda, China ha buscado nuevos proveedores en África, Rusia, Asia Central y América Latina. En 2010, Brunei, Nigeria, Irak, Chad, Kazajistán y Canadá fueron los países que más rápidamente aumentaron sus exportaciones a China (Tunsjø, 2013: 53). En segundo lugar, China se encuentra construyendo nuevas infraestructuras para hacer llegar sus importaciones

petroleras al país, lo que incluye capacidad ferroviaria para importar petróleo de Rusia, capacidad portuaria para recibir buques tanqueros y la construcción de su propia flota de buques tanqueros. Sin embargo, el elemento más costoso y significativo de la nueva infraestructura petrolera china es la construcción de una extensa red de oleoductos: desde Rusia en el norte, desde Asia Central en el oeste y desde Myanmar en el suroeste. Estos oleoductos tendrían como objetivos transportar el petróleo desde abastecedores vecinos de manera directa y reducir la dependencia de las importaciones por vía marítima (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 70). Por último, el que es probablemente el más debatido de los elementos de la política energética internacional de Beijing: las inversiones en activos petroleros de ultramar por parte de las corporaciones petroleras nacionales (CPN) chinas (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 70-71). Las tres CPN chinas más importantes son la Compañía Nacional de Petróleo de China (CNPC) -exploración y producción en tierra-, la Compañía Nacional de Petróleo Offshore de China (CNOOC) -exploración y producción marítimas- y Sinopec -refinación, venta y distribución- (Tunsjø, 2013: 39-40).

Como explica Shaun Breslin, el primer elemento de la controversia alrededor de las actividades globales de las CPN chinas tiene que ver con el supuesto carácter «mercantilista» de su compra de activos petroleros de ultramar: las CPN chinas serían parte de una estrategia orquestada por Beijing para adquirir petróleo de forma exclusiva y transportarlo directamente a China, acaparando la oferta mundial de petróleo en detrimento de otros actores y del correcto funcionamiento del mercado petrolero internacional. Frente a ello, Breslin sostiene que el objetivo primordial de las CPN chinas es la generación de ganancias, lo que involucra la mayoría de las veces la venta de petróleo en el mercado internacional, en lugar de transportarlo de vuelta a China (Breslin, 2012: 21-22). No obstante, como acota Tunsjø, las actividades de las CPN forman parte integral de la política de seguridad energética china al poder Beijing redireccionar de vuelta al país el petróleo obtenido por éstas en caso de interrupciones en la oferta que amenacen el desempeño de la economía nacional (Tunsjø, 2013: 75).

El segundo elemento controversial de las actividades de ultramar de las CPN es más bien político. Según Breslin, existe la percepción de que las CPN chinas han aprovechado el aislamiento de algunos «Estados paria» ricos en petróleo para hacer negocios en los mismos en perjuicio de firmas occidentales competidoras, debilitando,

además, los esfuerzos occidentales por presionarlos económica y diplomáticamente para que estos Estados se liberalicen y reformen (Breslin, 2012: 21). Como anotan Amy Myers Jaffe y Kenneth Medlock, la estrategia de expansión global de las actividades de las CPN chinas (*go-out strategy*) se enfocó inicialmente en adquirir activos petroleros en países con riesgos geopolíticos emergentes o problemas en el ámbito de los derechos humanos como Irán, Irak, Libia, Sudán, Myanmar y Venezuela no debido a motivos ideológicos, sino a la dificultad de competir en regiones donde las firmas estadounidenses y europeas estaban ya bien establecidas. Sin embargo, esta estrategia, celebrada inicialmente en China como pragmática y rentable, aparecería ahora cada vez más problemática (Myers Jaffe y Medlock, 2013: 289-290). “Los vastos activos chinos en petróleo, gas natural y minerales en zonas proclives a conflictos están enredando progresivamente a Beijing en conflictos localizados cada vez más lejos de sus fronteras y han introducido un elemento de tensión en sus relaciones con los Estados Unidos” (Myers Jaffe y Medlock, 2013: 290).

Como describe Yergin, las aprehensiones chinas sobre su seguridad energética se exacerbaban a partir de la década pasada, con el imparable aumento del consumo de petróleo, el concurrente aumento de la dependencia de las importaciones y la escalada en los precios experimentada desde 2004. Adicionalmente, desde la perspectiva de Beijing, la invasión estadounidense a Irak el año previo parecía confirmar la intuición de que un elemento central de la conflictividad internacional en el nuevo siglo iba a ser el control y acceso al petróleo. El contexto mencionado obligaba a evaluar los riesgos a los que el país se iba a ver cada vez más expuesto y las vulnerabilidades de las líneas marítimas de comunicación aparecieron como los más preocupantes. A finales de 2003, el entonces presidente Hu Jintao habría llamado a resolver el que denominó el «Dilema de Malaca»: la dependencia del estrecho que conecta el Océano Índico con el Mar de China Meridional, por el cual transita buena parte del comercio desde y hacia China -incluido más del 75% de sus importaciones petroleras- y el cual es patrullado por las fuerzas navales de los Estados Unidos. Otro elemento de las aprehensiones energéticas de Beijing a partir de la década pasada fue la prominencia adquirida -no sólo en China sino a nivel mundial- por las tesis sobre el pico del petróleo y la declinante disponibilidad global de recursos energéticos (Yergin, 2011: 209-210). “El velo de un temor de inminente y permanente escasez, tan común en ese periodo, se sumó a un

sentimiento generalizado de crisis sobre la suficiencia y disponibilidad de la oferta futura y sobre si emergería una nueva rivalidad” (Yergin, 2011: 210-211).

Yergin se refiere al debate alrededor la posibilidad de una rivalidad sino-estadounidense motivada -por lo menos en parte- por el control y acceso a recursos energéticos vitales, particularmente petróleo. “A algunos estrategas en Beijing les preocupa la dependencia china de un mercado petrolero mundial que afirman es poco fiable, amañado en su contra y sobre el cual los Estados Unidos tienen, desde su perspectiva, una influencia excesiva” (Yergin, 2011: 211). Como contrapartida, desde el punto de vista de algunos estrategas y comentaristas norteamericanos, China, “impulsada por un apetito voraz de recursos y control, tiene una gran estrategia para proyectar su dominio sobre Asia al tiempo que busca acaparar sustanciales suministros mundiales de petróleo. China estaría siguiendo esta estrategia con un decidido mercantilismo, apoyado por un creciente poderío militar” (Yergin, 2011: 211).

Es en este ambiente de desconfianza entre las dos principales potencias del Pacífico -las dos principales potencias económicas mundiales, con los dos mayores presupuestos militares del mundo- que se han agudizado en los últimos años las disputas marítimas territoriales subsistentes en el Mar de China Meridional y el Mar de China Oriental; disputas en las que el petróleo tiene un rol significativo. Se estima que en el Mar de China Meridional existen reservas probadas y probables de 11 mil millones de barriles de petróleo (U.S. Energy Information Administration, 2013). Como apunta *The Wall Street Journal*, “aunque se piensa que sus reservas son pequeñas en comparación de otras regiones productoras de energía, incluyendo América del Norte, éstas pueden ayudar a China a reducir su dependencia de la energía proveniente del Medio Oriente y África” (Spegele, 2014). El rol del Mar de China Meridional es mucho más importante como vía marítima: aproximadamente 14 millones de barriles de petróleo crudo lo transitan diariamente, casi un tercio del movimiento global de petróleo (U.S. Energy Information Administration, 2013). Más al norte, en el Mar de China Oriental, las disputas subsistentes entre China y Japón hacen difícil estimar las reservas de hidrocarburos y distintas fuentes ofrecen datos contrastantes: la Administración para la Información Energética de los Estados Unidos estima que existen allí 200 millones de barriles de reservas probadas y probables de petróleo, mientras China estima que hay

potencialmente entre 70 mil y 160 mil millones de barriles, si se toman en cuenta zonas inexploradas (U.S. Energy Information Administration, 2014b).

Mapa 4. Mar de China Meridional.



Fuente: http://www.eia.gov/countries/analysisbriefs/South_China_Sea/images/scs_map.png

Mapa 5. Mar de China Oriental.



Fuente: http://www.eia.gov/countries/analysisbriefs/east_china_sea/images/east_china_sea_map.png

Por otro lado, los cambios recientes en la geografía petrolera internacional podrían indicar el surgimiento de nuevos elementos en las tensiones sino-estadounidenses alrededor de la energía. Según *The Wall Street Journal*, cuando China se convirtió en el mayor importador de petróleo del Medio Oriente, la seguridad de su abastecimiento desde la región empezó a depender crucialmente de la presencia militar estadounidense en el Golfo Pérsico. Este hecho en sí no es nuevo, pero salió a la palestra precisamente cuando Beijing intentaba resistir presiones norteamericanas para que apoye la política exterior de los Estados Unidos en la zona, cuando la dependencia de este último país de importaciones provenientes del Medio Oriente había entrado ya en franco declive y cuando la administración Obama había anunciado el «re-balanceo» de sus prioridades estratégicas desde el Medio Oriente al Asia Pacífico. “Beijing ha pedido garantías de que Washington mantendrá la seguridad en la región del Golfo Pérsico [...] A cambio, funcionarios de los Estados Unidos han presionado a China por más apoyo en temas como su política exterior frente a Siria e Irán” (Spegele y Bradley, 2013). Esta actitud por parte de los Estados Unidos refleja una nueva postura en la que son conscientes de que su proyectado re-ascenso como el principal productor petrolero mundial les ofrece importantes ventajas estratégicas frente a adversarios potenciales. El entonces asesor de seguridad nacional de la Casa Blanca, Tom Donilon, afirmaba a mediados de 2013: “La nueva postura energética de los Estados Unidos permite a Washington involucrarse en los asuntos internacionales desde una posición de fuerza [...] Le provee a Washington una mano más fuerte al perseguir e implementar sus objetivos de seguridad internacional” (Donilon, 2013).

No obstante, Yergin menciona evidencias de que la búsqueda de seguridad energética por parte de China no ha adoptado necesariamente patrones de conflicto. Por ejemplo, a lo largo de la última década ha habido signos de que Beijing reconoce que para satisfacer sus requerimientos energéticos, China puede simplemente comprar en los mercados internacionales la energía adicional que necesita. “Aquello no era tan obvio pocos años antes, pero la experiencia desde entonces ha demostrado que aquello es eminentemente viable” (Yergin, 2011: 213). China ha tenido también una creciente participación en las instituciones de la gobernanza petrolera internacional. “La colaboración de China con la Agencia Internacional de Energía y su participación en el

Foro Internacional de Energía permiten un mayor alineamiento y una menor tensión en asuntos relativos a la seguridad energética” (Yergin, 2011: 214).

Se puede concluir que no hay elementos que permitan afirmar de manera terminante que China persigue una estrategia mercantilista y militarizada para garantizar su seguridad energética, pero que tampoco existen signos incontrastables de que Beijing confía plenamente en el mercado petrolero internacional y sus principales instituciones. Sin embargo, queda claro que la prevalencia de patrones sea de conflicto o cooperación en la búsqueda de seguridad energética por parte de China está influenciada de manera determinante por la forma en la que Beijing percibe el ambiente estratégico en el cual opera el mercado petrolero internacional, del cual depende cada vez más. En este sentido, resulta crucial analizar el desenvolvimiento de las relaciones sino-estadounidenses en el ámbito de la seguridad, especialmente a lo largo del último lustro, con un particular enfoque en sus impactos en Asia.

La nueva asertividad de China y su proceso de modernización militar.

Como afirma Denny Roy, “la emergencia de China como gran potencia es el asunto preeminente de la seguridad global en el siglo XXI” (Roy, 2013: 1). Aunque no se discute que China es ya uno de los principales Estados del mundo en cuanto influencia política, fortaleza económica y capacidades militares, cuáles son y serán los impactos de estos desarrollos en las dinámicas regionales y globales de la seguridad interestatal constituyen objeto de disputa. En las Relaciones Internacionales existen dos posiciones básicas al respecto, las mismas que apuntan alternativamente a un despliegue conflictivo o a uno pacífico del ascenso de China (ver Friedberg, 2005).

El representante más prominente de la primera es el teórico neorrealista John J. Mearsheimer. Para este autor el continuo ascenso económico y militar de China representa el fin del momento unipolar estadounidense pos-Guerra Fría -marcado por las intervenciones humanitarias norteamericanas y por la guerra contra el terrorismo- y el pleno retorno de lo que denomina «la política de las grandes potencias». Mearsheimer enfatiza que en el momento actual, al ser aún las capacidades militares de China significativamente inferiores a las de los Estados Unidos, el equilibrio de poder vigente restringe la posibilidad de un conflicto abierto entre ambos países. Pero a medida que se materialicen en las próximas décadas las proyecciones sobre el aumento del poderío

económico y militar chino y se altere de esa forma el equilibrio de poder subsistente, lo más probable es que China intente dominar Asia de la misma forma en la que los Estados Unidos dominan el Hemisferio Occidental. China irá aumentando la brecha de poder militar entre sí y sus vecinos, utilizará su poder económico y político para dictar los límites del comportamiento aceptable a otros países de la región, buscará limitar y -eventualmente- expulsar a la presencia militar estadounidense de su vecindad y reafirmará sus intereses en otras regiones del mundo, principalmente el Medio Oriente, África y el Hemisferio Occidental. Por su parte, los Estados Unidos empezarán a utilizar todos los medios a su disposición -incluido el militar- para evitar que China alcance la hegemonía regional en Asia. La mayoría de los vecinos de China -entre éstos India, Japón, Singapur, Corea del Sur, Rusia y Vietnam- se unirán a los Estados Unidos para contener al creciente poder chino, resultando en una intensa dinámica competitiva regional con el considerable potencial para una guerra. Según Mearsheimer, existe hoy una creciente evidencia de que estos desarrollos están empezando a manifestarse (Mearsheimer, 2014).

La otra posición sobre los impactos del ascenso de China en la seguridad regional y global es la mejor representada por el teórico neoliberal G. John Ikenberry. Según este autor, el actual orden internacional liberal liderado por los Estados Unidos posee una capacidad extraordinaria para acomodar a potencias emergentes como China, al estar constituido por un conjunto intrincado de reglas, instituciones y redes que proveen a sus copartícipes de oportunidades para lograr estatus, autoridad y participación en su gobernanza. Este entramado institucional, el mismo que fue constituido tras la Segunda Guerra Mundial y que ha permitido niveles históricamente inéditos de cooperación internacional, es de alcance tanto global como regional y opera en los ámbitos de la política, la economía y la seguridad internacionales. China ya participa activamente en este orden y lo está utilizando precisamente para impulsar su ascenso económico y político. De manera fundamental, es miembro del Consejo de Seguridad de la ONU -situándose en el centro de la diplomacia entre las grandes potencias- y también es miembro de la OMC -integrándose de lleno en la economía mundial capitalista, obteniendo enormes beneficios económicos gracias a ello y accediendo a la protección ofrecida por sus reglas e instituciones. Es así que, según Ikenberry, un conflicto sino-estadounidense está lejos de ser inevitable: China tiene

poderosos incentivos para integrarse al vigente orden mundial liberal y mínimas posibilidades de subvertirlo, si algún día ese llegase a ser su propósito (Ikenberry, 2011: 342-348).

¿A cuál de estos dos prospectos apuntan los desarrollos más recientes en el ámbito de la seguridad en Asia? Como concluye el informe más reciente sobre la región del International Institute for Strategic Studies (IISS):

Aunque durante 2013 hubo evidencias de una continua cooperación entre las dos potencias más fuertes de la región, los Estados Unidos y China, la intensificación durante el año pasado de dinámicas de contrabalanceo -no sólo entre los Estados Unidos y China, sino en las políticas de Japón y varios países del Sudeste Asiático en respuesta al poder e influencia crecientes de China- apunta hacia que el orden de la seguridad regional está evolucionando en una dirección cada vez más competitiva (International Institute for Strategic Studies, 2014: 203).

Sin duda, el último lustro ha visto un preocupante viraje de las dinámicas regionales de la seguridad hacia patrones de conflicto. “Estas dinámicas de equilibrio de poder durante 2013 tienen poco que ver con el optimismo alrededor de los prospectos de un orden de seguridad basado en instituciones multilaterales que había prevalecido en la región tan sólo cinco años antes” (International Institute for Strategic Studies, 2014: 201). El deterioro de la situación estratégica regional en los últimos años es evidente en la percepción de un comportamiento más «asertivo» de China frente sus vecinos a partir de 2008, en la velocidad y dimensiones del proceso chino de modernización militar -especialmente en el ámbito naval-, en la intensificación de las disputas marítimas territoriales en el Mar de China Oriental y el Mar de China Meridional, en el «giro» estratégico de los Estados Unidos al Asia Pacífico, en las mencionadas políticas de contrabalanceo de varios Estados de la región -en particular de los más poderosos, Japón e India- y en las dinámicas acción-reacción que está adoptando el gasto militar regional.

Previo a analizar los elementos mencionados es preciso anotar algunos antecedentes. Como explica Derek McDougall, la actual fase de las relaciones internacionales en la región tiene su origen en 1972 con la acomodación a la que llegaron los Estados Unidos y China en el contexto de la Guerra Fría. Este acercamiento puso fin a la confrontación abierta que había caracterizado sus relaciones durante las dos décadas previas. Las mismas estuvieron marcadas por la estrategia norteamericana de contención en contra del bloque comunista sino-soviético, lo que en el ámbito militar

implicó -además de la Guerra de Corea (1950-1953) y las crisis del Estrecho de Taiwán (1955, 1958)- la extensiva presencia de las fuerzas navales estadounidenses en la región, el acantonamiento permanente de tropas en Japón, Corea del Sur y las Filipinas y la constitución de un sistema de alianzas radial (*hub-and-spokes system*) mediante la firma de pactos de defensa con el Sudeste Asiático (SEATO), Australia y Nueva Zelanda (ANZUS), Taiwán y Japón. De lo que se trataba, en efecto, era cercar a la China comunista. A finales de los años sesenta la situación empezó a cambiar. Las tensiones subsistentes entre China y la Unión Soviética habían alcanzado un punto crítico y los Estados Unidos buscaban estabilizar la situación internacional en medio de la clara imposibilidad de prevalecer en la Guerra de Vietnam. Se firma así el Comunicado de Shanghái en febrero de 1972, abriendo el proceso de normalización de las relaciones sino-estadounidenses, el mismo que culminará en diciembre de 1978 en medio de un renovado deterioro de las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Aquello indica que en las décadas de los setenta y ochenta, Beijing y Washington actuaron de facto como socios estratégicos en contra de Moscú. Con el fin de la Guerra Fría vinieron nuevos cambios, estableciéndose el marco amplio en el cual se han desarrollado las relaciones sino-estadounidenses hasta el momento. Con la caída de la Unión Soviética, los Estados Unidos se alzaron como la única superpotencia global, mientras China se perfilaba como la principal potencia del Este de Asia, resuelta a reafirmar su posición allí. Washington se opondría a cualquier comportamiento que insinuara alguna pretensión de Beijing de imponer una hegemonía regional. Al mismo tiempo, resultaba muchas veces útil para los Estados Unidos contar con la cooperación de China al tratar problemas económicos, políticos o de seguridad en Asia. Por su parte, China buscó el reconocimiento por parte de los Estados Unidos de su rol especial en la región. Se abrió así el espacio para la concurrencia de dinámicas de conflicto y de cooperación en las relaciones entre Washington y Beijing (McDougall, 2007: 115-123).

Existe la amplia percepción de que a partir de 2008 China ha adoptado una política exterior y de seguridad más «asertiva» en Asia, lo que significa que podríamos estar ante nuevos cambios en las relaciones sino-estadounidenses. Suisheng Zhao apunta a que Beijing parece haber abandonado la política exterior cauta prescrita por Deng Xiaoping a comienzos de los noventa, esto es, «esconde tus capacidades, enfócate en el fortalecimiento nacional, espera a que llegue tu oportunidad» y adoptado posturas

intransigentes en defensa de lo que ha definido como sus intereses centrales: la continuidad de su sistema político y la seguridad del Estado, la defensa de su soberanía nacional y su integridad territorial y la promoción del desarrollo estable de su economía y sociedad. La hora de cambiar la aproximación china a la política internacional parece haber llegado con el estallido de la crisis financiera global en los Estados Unidos y la percepción de un cambio fundamental en el equilibrio de poder mundial (Zhao, 2011: 1-2). “Viendo a unos Estados Unidos en problemas intentando contener la influencia y el poder globales de China, los líderes chinos se hicieron menos proclives a aceptar una política internacional liderada por los estadounidenses y estaban listos para definir y defender los intereses globales de China” (Zhao, 2011: 1).

Andrew Scobell y Scott Harold indican que hay dos olas identificables de esta nueva postura «asertiva» de China. La primera, entre 2008 y 2010, fue producto de la magnificación de las expectativas sobre un rápido ascenso de China y el declive hegemónico de los Estados Unidos. Esta ola alcanzó su punto máximo en 2009 con la percepción de que Washington se había vuelto más deferente con respecto a los intereses de Beijing, de que su compromiso hacia el Este de Asia había disminuido significativamente y de que los Estados Unidos se estaban retirando de la región. Esta no sería la única causa. Los autores también mencionan presiones domésticas provenientes del nacionalismo popular y pugnas burocráticas al interior de la dirigencia en Beijing. Tras el reconocimiento de un error de percepción sobre el debilitamiento de la presencia estadounidense en Asia, la segunda ola de comportamiento «asertivo» por parte de China surgió en 2010. La mayor fricción sino-estadounidense observada a partir de ese año fue una reacción a la inesperada reafirmación de la presencia diplomática y militar norteamericana en la región. Una vez más, la ola pareció haber declinado en fuerza a comienzos de 2011, pero debido a causas coyunturales: la preparación de una cumbre entre el entonces presidente Hu Jintao y Barack Obama en Washington en enero de ese año. Meses después la administración Obama anunció el «giro» o «re-balanceo» estratégico de los Estados Unidos al Asia Pacífico, alimentando los temores chinos de una re-edición de la estrategia de contención en contra de China (Scobell y Harold, 2013: 115-127). Aquello indica que podría surgir una nueva ola de asertividad en la política exterior y de seguridad china y desarrollos más recientes parecen confirmarlo. Nick Bisley escribía en 2012 que los eventos de los 18 a 24 meses

previos marcaron el inicio de un periodo que probablemente “estará caracterizado por fricciones y conflicto producto de la intersección de intereses, el crecimiento de capacidades militares y la tendencia regional a conducir la política estratégica de manera militarizada” (Bisley, 2012).

Un elemento central de estas emergentes dinámicas de conflicto en Asia es la modernización militar china en curso -particularmente en el ámbito naval- y la respuesta que aquello ha generado entre los vecinos de China y los Estados Unidos. Como explica Roy, en los años noventa la doctrina del Ejército Popular de Liberación (EPL) -lo que hace alusión a todas las ramas del brazo militar del Partido Comunista Chino incluyendo las fuerzas terrestres, aéreas, navales y de misiles estratégicos- abandonó el concepto maoísta de «guerra del pueblo» para enfocarse en pelear y ganar guerras antes de que el enemigo entre en territorio chino. Tras observar de cerca el desempeño estadounidense en la Guerra del Golfo Pérsico de 1991, las operaciones aéreas contra Serbia en 1999, las campañas pos-11/S en Irak y Afganistán y teniendo en cuenta la eventualidad de que Taiwán proclame oficialmente su independencia, los analistas militares chinos concluyeron que los futuros conflictos que el país enfrentaría serían breves guerras regionales en las cuales resultaría decisivo el uso de sistemas de armamento de tecnología avanzada. Con el rápido crecimiento económico que el país estaba experimentando, el largamente demorado incremento en el presupuesto enfocado en la modernización militar por fin se estaba dando (Roy, 2013: 60-61).

Como resultado, las fuerzas militares chinas empezaron a mostrar las características que preocupan a Washington y a otros gobiernos: grandes y continuados incrementos en los presupuestos, una completa modernización de armamentos y doctrina militar y una mayor orientación hacia la capacidad de proyectar poder militar más allá de las fronteras de China (Roy, 2013: 61).

Desde el punto de vista de Beijing, China requiere de manera prioritaria unas fuerzas militares capaces de disuadir a los Estados Unidos de obstruir militarmente la persecución de los intereses centrales chinos, de disuadir a Taiwán de declarar oficialmente su independencia de la China continental y, si aquello fallase, de ganar una guerra contra Taiwán y las fuerzas estadounidenses que vendrán en su apoyo. Adicionalmente, el propio ascenso de China y la expansión de sus intereses a escala global exigen unas fuerzas militares orientadas al exterior. El EPL es crecientemente activo en operaciones de ultramar como parte de misiones de mantenimiento de la paz

de la ONU, ejercicios militares con otros países y la protección de vías marítimas internacionales (Roy, 2013: 62-63).

El crecimiento económico chino ha permitido avanzar en estos objetivos, lo que se refleja en que China tiene ya el segundo gasto militar del mundo detrás de los Estados Unidos. Según el SIPRI, en 2013 el gasto militar chino alcanzó los USD 188 mil millones, representando el 11% del gasto militar mundial; algo modesto en comparación de los USD 640 mil millones de los Estados Unidos, que representan el 37%. China supera ampliamente a Rusia (USD 88 mil millones), siendo estos los tres países con los mayores gastos militares del mundo. Vale mencionar los gastos de Japón (USD 49 mil millones) que ocupa el octavo puesto, de India (USD 47 mil millones) que ocupa el noveno puesto, de Corea del Sur (USD 34 mil millones) que ocupa el décimo puesto y de Australia (24 mil millones) que ocupa el décimo tercer puesto. De manera notable, el gasto militar chino se incrementó un 170% entre 2004 y 2013, cifra sin parangón cuando se la compara con los otros países mencionados (Perlo-Freeman y Solmirano, 2014: 2).

Las áreas en las que China ha avanzado en su proceso de modernización militar son diversas pero, como sostiene Roy, la gran mayoría parece integrarse en torno a la estrategia que analistas militares llaman en inglés «*anti-access/area-denial*» o «A2/AD», enfocada en neutralizar la tradicional capacidad estadounidense de desplegar sus fuerzas navales, particularmente portaviones y sus grupos de batalla asociados, en zonas de crisis (Roy, 2013: 69). La edición de 2013 del *Military Balance* del IISS explica:

Desde el final de la Guerra Fría, los Estados Unidos han sido capaces de desplegar su considerable capacidad militar en los teatros de operación de manera incontestada [...] Desarrollos doctrinales y de equipamiento recientes demuestran el enfoque del Pentágono en contrarrestar lo que llama capacidades *anti-access/area denial* (A2/AD), las cuales amenazan con restringir los movimientos de los Estados Unidos y sus aliados hacia y dentro de teatros potenciales. Misiles anti-buque, submarinos, minas y ciber-capacidades son las mayores preocupaciones de las fuerzas armadas estadounidenses en cuanto a los inventarios de potenciales adversarios (International Institute for Strategic Studies, 2013: 29).

Estas son precisamente algunas de las capacidades que el EPL ha venido adquiriendo y mejorando en los últimos años, teniendo en cuenta principalmente el escenario de una crisis alrededor de Taiwán. De especial mención es un misil balístico lanzado desde

tierra con un rango de hasta 2,400 kilómetros especializado en destruir buques en movimiento. El mismo ha sido llamado por la prensa especializada «*carrier-killer*», es decir, que contaría con la capacidad de destruir los que son probablemente los mayores símbolos del poderío militar global de los Estados Unidos: sus súper-portaviones (Roy, 2013: 69-70).

Un área particularmente importante de la modernización militar de China es la naval, debido a que privilegiar la misma sobre el tradicional enfoque chino en las fuerzas terrestres sería un signo de la dirección político-estratégica que Beijing estaría adoptando frente al vigente orden internacional. La Armada del Ejército Popular de Liberación (AEPL) estaría buscando ampliar su radio de acción desde ser un híbrido de una armada de aguas marrones -defensa fluvial- y de una de aguas verdes -defensa costera- hasta convertirse en una armada de aguas azules -operaciones en mar abierto- de primera clase (Roy, 2013: 71-72). “La decisión del liderazgo chino de construir una armada poderosa representa una victoria de los proponentes de que China actúe unilateralmente para proteger sus intereses sobre los proponentes de que China adopte una postura cooperativa y de bajo perfil” (Roy, 2013: 72). Según Roy, este último grupo cree que la interdependencia económica internacional y la globalización han hecho que las naciones comerciales sean dependientes la una de la otra a tal grado que la seguridad marítima debería ser multilateral, con las armadas de las principales potencias compartiendo la responsabilidad de mantener las vías marítimas abiertas y seguras. La perspectiva opuesta es que el bienestar económico de China depende de la capacidad del país de controlar las vías marítimas y esto requiere de una armada poderosa: unas fuerzas navales débiles pondrían los destinos del país en las manos de otros. Una armada poderosa permitiría a China defender sus propios intereses sin tener que depender de extranjeros, en especial de la superpotencia naval, los Estados Unidos. Precisamente, una de las razones que se habría argüido para ir adelante con los planes de modernización naval es la protección de las líneas marítimas de comunicación por las que transitan importaciones vitales de petróleo y otros recursos. El signo más claro del compromiso chino con la creación de una armada de aguas azules sería la construcción de una flota de portaviones (Roy, 2013: 72-73). Para el IISS, los pasos dados por Beijing en este sentido son el elemento más notable del proceso chino de modernización militar en los últimos años. En septiembre de 2012 entró en servicio

-inicialmente como plataforma de entrenamiento- el primer portaviones de la AEPL, el *CNS Liaoning*, y en enero de 2014 se reportó que China estaba construyendo un segundo portaviones que entrará en servicio en 2020. Se proyecta un total de cuatro buques de este tipo para la AEPL (IISS, 2014: 182).

Las disputas marítimas territoriales y la deriva competitiva de las dinámicas regionales de la seguridad en Asia.

De esta forma, tal como sintetiza Michael Yahuda, el proceso de chino de modernización militar está guiado ya no sólo por el objetivo inicial de neutralizar la capacidad estadounidense de acudir en defensa de Taiwán sino por el objetivo de proyectar poder a medida que los intereses económicos de China se expanden a escala global (Yahuda, 2012: 30-31). Estos desarrollos están ejerciendo un impacto determinante sobre las dinámicas de la seguridad a nivel regional.

En tanto una enorme nación comercial, con una economía dependiente de la importación de energía y una amplia variedad de materias primas, China ha adquirido intereses vitales en garantizar la protección de sus rutas comerciales [...] En tiempos recientes, ha extendido su alcance al Pacífico occidental y al Océano Índico. China se ha convertido en el principal jugador estratégico en el Este de Asia. Aunque todavía superado por el poder militar norteamericano, el cálculo estratégico crítico para todos los Estados en el Este de Asia es como responder al creciente poder militar chino. Es el reciente incremento en el número y calidad de las naves chinas patrullando el Mar de China Oriental y el Mar de China Meridional lo que ha alarmado a sus vecinos marítimos (Yahuda, 2012: 31).

Son precisamente las disputas marítimas territoriales subsistentes entre China y varios de sus vecinos en las dos áreas nombradas del Océano Pacífico -con el involucramiento más o menos directo de los Estados Unidos- las que en los últimos años han concitado la preocupación mundial en torno a la posibilidad del estallido de un conflicto militar en Asia.

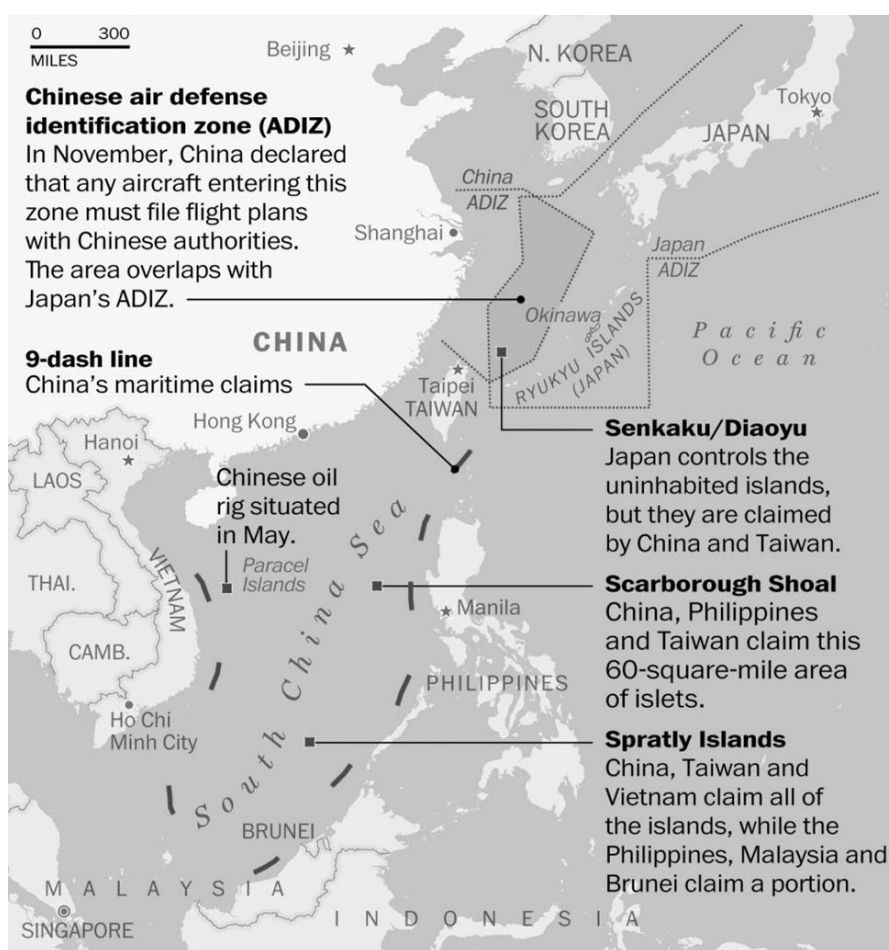
Como explica Roy, en el caso del Mar de China Oriental, los gobiernos de Beijing y Tokio se disputan la soberanía sobre las el grupo de islas deshabitadas y rocas que el primero denomina Diaoyu y el segundo Senkaku y la demarcación de las zonas económicas exclusivas de ambos países. Además de la defensa de lo que ambos gobiernos consideran como su territorio nacional, están en juego importantes recursos ictícolas, energéticos y minerales. Existe una larga historia de disputa entre los dos países por las Diaoyu/Senkaku. De acuerdo a Beijing, China habría descubierto las islas

siglos atrás pero éstas, junto con Taiwán, fueron arrebatadas por Japón tras la Guerra Sino-Japonesa de 1894-1895. Tras la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial, Taiwán fue devuelta a China e, implícitamente, también lo habrían sido las Diaoyu/Senkaku. Según Tokio, las islas no habrían pertenecido a ningún país hasta su anexión en 1895 y la misma no tendría relación alguna con la captura de Taiwán. Administradas temporalmente por los Estados Unidos, las Diaoyu/Senkaku regresaron a control soberano japonés en 1972. Tokio no considera que las islas sean un territorio en disputa y su control de facto sobre las mismas es ampliamente reconocido internacionalmente. China aireó sus reclamos sobre las islas originalmente en 1970 cuando se publicó un estudio sugiriendo una importante presencia de hidrocarburos en la zona y desde 1978 empezaron las fricciones por las mismas entre los gobiernos y ciudadanos particulares de ambos países. Sin embargo, no es sino hasta 2010 que esta disputa se convierte en la más importante fuente de conflictividad entre China y Japón. Un barco pesquero chino navegando cerca de las islas colisionó intencionalmente contra patrullas de la guardia costera japonesa. La tripulación china fue arrestada por Japón en una clara aserción de la soberanía japonesa sobre las islas, suscitando una vigorosa respuesta de China que consistió, entre otras acciones, en el cese de las conversaciones para la explotación conjunta de los hidrocarburos de la zona y la suspensión temporal de las exportaciones a Japón de las llamadas «tierras raras», las mismas que son indispensables para la producción de manufacturas electrónicas y cuya oferta mundial está copada por China en un 97%. A raíz del incidente se desataron las pasiones nacionalistas de ciudadanos de ambos países, lo que ha presionado a los gobiernos para que adopten posturas intransigentes alrededor de la disputa. Igualmente preocupante, los Estados Unidos reafirmaron públicamente que el pacto de defensa que mantienen con Japón, el mismo que los obliga a acudir en ayuda de este país en caso de agresión de un tercero, abarca todos los territorios administrados por este último, incluyendo las Diaoyu/Senkaku (Roy, 2013: 90-95).

En 2012, la disputa se agudizó cuando Tokio anunció que adquiriría las islas previamente concesionadas a propietarios privados, lo que generó protestas por parte de Beijing y el depósito en la ONU de las coordenadas de las islas como parte integral de su territorio, además de violentas manifestaciones anti-niponas en varias ciudades chinas. A partir de ese año se han multiplicado los roces -de mayor o menor gravedad-

entre las fuerzas militares y paramilitares de ambos países en cercanía a las islas. De manera notable, a finales de 2013, China declaró una zona de identificación aérea que abarca el espacio sobre las islas, generando los enérgicos reclamos de Japón y la declaración por parte de los Estados Unidos de que la ignorarían. Estos últimos desarrollos simbolizan la creciente resolución de China en su desafío a la soberanía nipona sobre las Diaoyu/Senkaku, a pesar de la reafirmación de los lazos diplomáticos y militares que aquello está generando entre Japón y los Estados Unidos (IISS, 2014: 63-66).

Mapa 6. Las disputas marítimas territoriales en Asia.



Fuente: http://www.washingtonpost.com/world/asia_pacific/chinas-rise-and-asian-tensions-send-us-relations-into-downward-spiral/2014/07/07/f371cfaa-d5cd-4dd2-925c-246c099f04ed_story.html

Las disputas en el Mar de China Meridional, por otro lado, no sólo han puesto de relieve las amplias diferencias en términos de poder económico y militar entre China y sus vecinos más débiles del Sudeste de Asia, sino también han provisto el contexto de algunos de los incidentes directos más graves entre este país y los Estados Unidos. La

soberanía sobre las aguas, el lecho marino y las islas -en realidad la mayoría son rocas y arrecifes- de la totalidad o de ciertas zonas del Mar de China Meridional está en disputa entre China, Taiwán, Vietnam, las Filipinas, Malasia y Brunei (Roy, 2013: 223). Como muestra un informe del International Crisis Group (ICG), además de la defensa de la integridad territorial, las disputas entre estos países están motivadas por el control sobre los abundantes recursos naturales y la localización estratégica de esta área marítima. El 10% de las capturas pesqueras anuales mundiales se dan en el Mar de China Meridional. La zona también es rica en petróleo y gas natural. De manera fundamental, ocupa una posición geoestratégica clave en cuanto al transporte marítimo mundial. La mayoría de los embarques de energía y materias primas que transitan por el Estrecho de Malaca continúan por el Mar de China Meridional hacia países como Japón, China y Corea del Sur. Los reclamos de Beijing sobre la práctica totalidad del área se intensificaron a partir de 2009. En mayo de ese año, Vietnam y Malasia solicitaron conjuntamente ante la Comisión de las Naciones Unidas sobre los Límites de la Plataforma Continental extender sus zonas económicas exclusivas en el Mar de China Meridional más allá de las 200 millas náuticas establecidas por la CONVEMAR. Frente a ello, China entregó una nota verbal a la ONU sosteniendo que tal solicitud infringía gravemente sus derechos históricos y adjuntó un mapa del Mar de China Meridional representándolos a través de una línea entrecortada de nueve secciones -«*nine-dash line*» o «*lengua de vaca*» en la literatura sobre el tema- abarcando más del 80% del área, incluyendo las islas Paracelso y Spratly (International Crisis Group, 2012: 1-3). Según Roy, subsisten ambigüedades en torno al reclamo de Beijing, tanto sobre si éste se refiere a las aguas, islas o al lecho marino, así como sobre la compatibilidad de éste con la CONVEMAR, la cual China ratificó en 1996 (Roy, 2013: 224). Este autor especula: “dejar que el reclamo de la República Popular China sea ambiguo es una deliberada estrategia china para reducir las posibilidades de confrontación a la vez que se maximiza lo que China podría eventualmente ganar” (Roy, 2013: 224). También a partir de 2009, como describe el informe del ICG se multiplicaron los incidentes marítimos entre China, Vietnam, las Filipinas y los Estados Unidos. En marzo de ese año el barco de vigilancia norteamericano, el *USNS Impeccable*, fue cercanamente seguido y luego rodeado por cinco naves chinas 120 km al sur de la isla Hainan perteneciente a China. Aunque en una misión presumiblemente de espionaje de la base de submarinos en esa isla (Roy,

2013: 232) y sin relación directa con las disputas, el incidente simbolizó la acrecentada resolución por parte de Beijing de ejercer un control más estricto sobre su periferia marítima en el Mar de China Meridional. A mediados de 2011 ocurrieron varios incidentes entre barcos patrulla paramilitares chinos y naves de Vietnam y las Filipinas dentro de lo que estos países consideran sus zonas económicas exclusivas, suscitando en los mismos protestas nacionalistas anti-chinas (International Crisis Group, 2012: 4-6).

En respuesta a la percibida nueva asertividad de Beijing en el Mar de China Meridional, los demás Estados envueltos en la disputa buscaron a partir de 2010 «multilateralizar» el asunto, particularmente a través de ASEAN y el involucramiento de países localizados fuera del ámbito del Sudeste Asiático como Japón, India y los Estados Unidos. Durante la reunión del Foro Regional de ASEAN de julio de 2010, la entonces Secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton, afirmó que la libertad de navegación en el Mar de China Meridional es un interés nacional de los Estados Unidos y que su país estaba dispuesto a facilitar una resolución colaborativa (International Crisis Group, 2012: 7). Como explica Roy, la declaración de Clinton buscaba desafiar varios puntos de la política de Beijing en el Mar de China Meridional: los Estados Unidos no aceptan los intentos por parte de China de restringir la capacidad de operación norteamericana en el Mar de China Meridional; Washington desaprueba negociaciones bilaterales que otorgan a China una ventaja injusta; la línea que demarca los derechos históricos de Beijing son considerados por Washington una reclamación inválida y; China no debe utilizar la fuerza o la amenaza del uso de ella en apoyo a sus reclamaciones (Roy, 2013: 233). En Beijing, por otro lado, tomó cuerpo la percepción de que los Estados Unidos estaban aprovechando la agudización de la disputa para fortalecer su presencia y sus alianzas en la región (International Crisis Group, 2012: 7). En un reflejo de la persistencia y gravedad de las tensiones entre China y los Estados Unidos en esa área, a finales de 2013 estuvieron cerca de colisionar el *USS Cowpens*, que monitoreaba el primer despliegue en el Mar de China Meridional del nuevo portaviones chino, y uno de los buques que escoltaba a este último (Alexander y Sweeney, 2013).

De manera notable, India también ha intensificado su involucramiento en estas disputas en años recientes, aunque de manera indirecta. India ha invertido cerca de USD 600 millones en la exploración de petróleo y gas natural en aguas reclamadas por

Vietnam, además de extenderle a este país una línea de crédito de USD 100 millones para la compra de equipamiento militar indio. También, India y las Filipinas anunciaron en 2013 el estrechamiento de sus relaciones. Por otro lado, Japón ha reforzado en su retórica la idea de que este país y las naciones del Sudeste Asiático enfrentan una amenaza común en la deliberada política de Beijing de modificar el statu quo a la fuerza y que, frente a ello, aumentará sus gastos militares y fortalecerá sus vínculos con los países de la subregión. En octubre de 2013, Japón confirmó que transferiría diez barcos patrulla a la Guardia Costera de las Filipinas. El IISS destaca que la persistencia de las tensiones alrededor del Mar de China Meridional convive con el continuo proceso de integración económica entre China y los países del Sudeste de Asia: China es ahora el primer socio comercial de ASEAN y ASEAN es el tercero de China (IISS, 2014: 79-81). “No obstante, con las aprehensiones sobre la seguridad de los recursos, gran estrategia y el nacionalismo popular como importantes fuerzas yaciendo bajo estas disputas, los Estados de la región no sólo se están volviendo menos proclives sino menos capacitados para llegar a un compromiso” (IISS, 2014: 81).

Es en el contexto de las incrementadas tensiones en la región que la administración Obama anunció entre finales de 2011 y comienzos de 2012 la intensificación de la presencia estadounidense en el Asia Pacífico, en la forma de lo que alternativamente ha denominado un «giro» o un «re-balanceo» de sus prioridades estratégicas, incluyendo aspectos militares, diplomáticos y económicos. Cuatro desarrollos parecen haber promovido la adopción de esta nueva política: (1) la creciente importancia económica de la región, tanto para la economía global como para los Estados Unidos; (2) el aumento de las capacidades militares chinas y de su percibida asertividad en las subsistentes disputas marítimas territoriales regionales, con implicaciones sobre la libertad de navegación y la capacidad estadounidense de proyectar poder militar en la región; (3) el cierre de las operaciones militares norteamericanas en Irak y Afganistán y (4) la percepción en la región de un desvanecimiento de la presencia de los Estados Unidos en medio de recortes en el presupuesto gubernamental, incluyendo los sectores de la defensa y la diplomacia. A lo largo de los primeros meses posteriores al anuncio de esta política, los Estados Unidos informaron de nuevos despliegues de tropas en Australia y de fuerzas navales en Singapur, una incrementada cooperación militar con las Filipinas, el reforzamiento

general de la presencia militar en Asia más allá de los recortes presupuestarios en curso, la publicación de un documento de planificación por parte del Pentágono confirmando los aspectos militares del «re-balanceo» -no obstante la permanencia del énfasis en el Medio Oriente-, la adhesión a la Cumbre del Este de Asia (EAS) -uno de los principales mecanismos de diálogo en la región- y la continuación de las negociaciones del acuerdo comercial multilateral llamado en inglés *Trans-Pacific Partnership* (TPP) -el cual excluye a China- (Manyin, 2012: 1-2).

A lo largo de 2013, la implementación del «re-balanceo» enfrentó múltiples desafíos: figuras clave detrás de la concepción de esta política como Hillary Clinton o Tom Donilon dejaron sus cargos, recortes en el presupuesto de defensa debido a la creciente polarización de la política doméstica estadounidense y el deterioro de las crisis y conflictos en curso en el Medio Oriente, demandando la continua atención y recursos de los Estados Unidos. Todo esto habría conspirado para exacerbar las preocupaciones en las capitales de la región alrededor de la credibilidad y capacidad de permanencia norteamericanas en el Asia Pacífico (IISS, 2014: 7). Quizá por ello, a nivel retórico, los Estados Unidos se han mostrado recientemente mucho más directos en sus señalamientos en contra de las acciones de China en el Mar de China Oriental y el Mar de China Meridional, calificándolas de “desestabilizadoras y unilaterales”. En la edición de 2014 del Diálogo de Shangri-La, el mismo que reúne anualmente a los ministros de defensa del Asia Pacífico, el Secretario de Defensa Chuck Hagel afirmó que el “re-balanceo no es una promesa o una visión, es una realidad” y advirtió que “todos los países de la región, incluyendo China, tienen una elección: unirse a y comprometerse con un orden regional estable o alejarse de ese compromiso y arriesgar la paz y seguridad que ha beneficiado a millones de personas”. Hagel delineó las que serían las cuatro prioridades de la política de seguridad de los Estados Unidos en la región como parte del «re-balanceo»: (1) fomentar la resolución pacífica de disputas, defender la libertad de navegación y oponerse a la coerción, intimidación y la agresión; (2) construir una arquitectura regional cooperativa basada en reglas y normas internacionales; (3) mejorar las capacidades de aliados y socios para proveer seguridad para ellos mismos y la región y; (4) fortalecer las capacidades militares de los Estados Unidos en la región (Hagel, 2014). Pero como explica el IISS, los Estados Unidos tienen que caminar una delgada línea entre reafirmar sus vínculos de seguridad con aliados y socios como Japón

y las Filipinas y evitar que sobre esta base los mismos adopten posturas intransigentes en contra de China, arrastrándolos a una confrontación indeseada. Por otro lado, los Estados Unidos también tienen que disuadir militar y diplomáticamente a China sin generar en este país la conclusión de que están implementando una política de contención, lo que podría iniciar una espiral desestabilizadora en la región (IISS, 2014: 19). La existencia de estos peligros refleja claramente la emergencia de patrones competitivos en la seguridad de Asia.

El IISS muestra que el ascenso de China y la respuesta estadounidense frente a este desarrollo están generando por parte de otras potencias en la región –especialmente Japón e India– elementos inéditos en sus respectivas políticas de seguridad, a medida que éstas tienen que gestionar nuevos equilibrios de poder y focos de tensión. Estas políticas de seguridad combinan elementos de contrabalanceo interno –fortalecimiento de las capacidades militares propias–, contrabalanceo externo –uniéndose a los Estados Unidos o conformando arreglos bilaterales–, diálogo bilateral con China y la conformación o fortalecimiento de arreglos multilaterales buscando incorporar a este país en las estructuras políticas y económicas regionales. Lo más notable de estos nuevos elementos es que el alcance geográfico de los mismos abarca no sólo las subregiones inmediatas de estos países, sino todo el ámbito desde el sur de Asia y el Océano Índico, pasando por Australasia, hasta el Noreste de Asia. En cuanto al contrabalanceo interno, es observable que otras potencias de la región están implementando programas de modernización militar enfocados, principalmente, en el ámbito naval (IISS, 2014: 37-38). Aunque no puede hablarse todavía de una carrera de armamentos regional, hay evidencias de emergentes dinámicas de acción-reacción en el gasto militar de las potencias de la región:

La mayoría de los Estados de Asia han expandido sus presupuestos militares e intentado mejorar las capacidades de sus fuerzas armadas. En gran medida, este es el resultado de la incrementada incertidumbre sobre la futura distribución de poder en la región y de las sospechas generalizadas y, en algunos casos, tensiones entre las fuerzas armadas de la región. Aunque estos esfuerzos están apuntados a disuadir a adversarios potenciales, existe una evidencia sustancial de que dinámicas de acción-reacción están arraigándose e influenciando los programas militares de los Estados de la región (IISS, 2013: 245).

La redistribución del gasto militar está orientándose hacia aeronaves de combate avanzadas, aeronaves no tripuladas, capacidades de ataque estratégico, capacidades anfibas, capacidades de proyección de poder –incluyendo porta-aeronaves y

submarinos- y capacidades de guerra cibernética. En cuanto al contrabalanceo externo, los nuevos arreglos observables son de carácter bilateral, lo que diversifica las opciones de países acostumbrados al sistema de alianzas radial norteamericano en la región. De especial mención es el caso de los vínculos entre Japón e India, los mismos que, aun estando lejos de una alianza formal, están claramente apuntados a contrabalancear el peso militar, diplomático y económico de China. Australia también ha intensificado sus relaciones con Japón en el mismo sentido. De manera interesante, estas políticas de contrabalanceo están siendo complementadas con la apertura de espacios de diálogo multilaterales y bilaterales con China. Adicionalmente, no obstante la «desconfianza estratégica» predominante en las dinámicas regionales de la seguridad, el comercio intra-asiático -incluso entre Japón y China- sigue creciendo y docenas de tratados comerciales bilaterales se siguen negociando (IISS, 2014: 38-39).

Conclusiones.

Como escriben Sarah Raine y Christian Le Mière:

Asia está en transición como ningún otro continente en la Tierra. Abarcando a China (percibida como el siguiente contendor frente a la hegemonía de los Estados Unidos) y a potencias emergentes desde India a Indonesia, acoge a algunas de las economías de más rápido crecimiento, así como a la mayor población joven, con casi dos de tres personas de entre 15 y 24 años de edad viviendo en Asia. Además, este continente tiene los mayores números de hombres en armas y una creciente proporción del gasto mundial en defensa. A medida que el balance de poder global transita hacia el Este, también lo hace el centro de gravedad de los desafíos a la seguridad y prosperidad mundiales. Y en el corazón de este nuevo centro en el Este está el mar (Raine y Le Mière, 2012: 11).

Los desarrollos descritos en este capítulo en cuanto al crecimiento económico y al consumo energético chino, así como los emergentes patrones de conflictividad en las dinámicas regionales de la seguridad en Asia, confirman esta observación. La tasa de crecimiento económico chino a partir de las reformas de Deng Xiaoping en 1978 ha sido espectacular, pero no concitó la atención mundial sino a partir de la década pasada, cuando empezó hablarse abiertamente del prospecto de que el tamaño de la economía china superará a la estadounidense en el futuro cercano. Este crecimiento tiene su expresión concreta en la explosión del consumo energético chino, teniendo el petróleo un lugar prominente debido a que la dependencia de las importaciones -en su mayoría provenientes del Medio Oriente y transportadas por mar- no hará sino aumentar en las

próximas décadas. Este hecho ha obligado a Beijing a adoptar una activa política energética internacional consistente en diversificar el origen de sus importaciones petroleras, construir infraestructura -especialmente oleoductos para disminuir el abastecimiento de petróleo por vía marítima- y adquirir activos petroleros alrededor del mundo por medio de sus corporaciones petroleras nacionales. Esto ha sucedido en el contexto de una escalada de los precios del petróleo a partir de 2004 y la acrecentada percepción de que el acceso y control a los recursos energéticos vitales para la economía de un país están convirtiéndose en un objeto central de la conflictividad internacional. Las campañas estadounidenses en Medio Oriente así como sus propias disputas marítimas territoriales, las mismas que incluyen un significativo elemento energético, han exacerbado la percepción de inseguridad energética de Beijing.

La misma es, precisamente, un elemento clave del proceso de modernización militar chino, que ha tenido lugar en paralelo a los desarrollos arriba descritos. A medida que crece la economía china y sus intereses económicos se expanden, incluyendo la dependencia de importaciones petroleras, los imperativos chinos en cuanto a la seguridad militar han dejado de estar exclusivamente enfocados en el escenario de un conflicto por Taiwán, para incluir un nuevo énfasis en la capacidad de proyectar poder en Asia y en la protección de sus líneas marítimas de comunicación. Los vecinos de China, no menos que los Estados Unidos, han reaccionado al crecimiento del poderío militar chino en medio del que perciben es una nueva postura asertiva por parte de Beijing en las disputas subsistentes en el Mar de China Oriental y el Mar de China Meridional. De esta manera, las dinámicas de seguridad en Asia han adoptado claramente patrones competitivos, convirtiendo a la región en uno de los focos de tensión geopolítica más preocupantes en los últimos años.

CAPÍTULO III

LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE EN LAS PERCEPCIONES DE (IN)SEGURIDAD ENERGÉTICA DE BEIJING.

Los Estados Unidos en la intersección entre la inseguridad petrolera y la modernización militar de China.

La búsqueda de seguridad en su abastecimiento de petróleo influencia indudablemente los cálculos estratégicos y diplomáticos de Beijing, lo que se refleja en el hecho de que la protección de las líneas marítimas de comunicación sea utilizada por el liderazgo chino como uno de los argumentos más contundentes para llevar adelante el proceso de modernización de sus fuerzas navales. Como se ha visto, tal proceso ha causado alarma entre los vecinos de China y constituye una de las fuentes de la profundización de la desconfianza estratégica entre este país y los Estados Unidos. En este sentido, puede afirmarse que la búsqueda de seguridad energética por parte de China constituye uno de los factores determinantes en la deriva competitiva que están adquiriendo las dinámicas de la seguridad interestatal en Asia a comienzos del siglo XXI.

Øystein Tunsjø apunta a la existencia de un intenso debate al interior de los círculos políticos y académicos chinos sobre el carácter que debería adoptar la estrategia de seguridad petrolera de Beijing. Por un lado, el grupo que este autor denomina «alarmista/mercantilista» cree que China debería ser capaz de controlar su abastecimiento de petróleo importado por medios militares en medio de la que se percibe como una competencia interestatal de suma cero por recursos energéticos. Por otro, el grupo que puede ser denominado «librecambista/pragmático» considera que la interdependencia mutua y la comunión de intereses entre los países consumidores deberían favorecer la cooperación interestatal en el ámbito energético y que un proceso fortalecimiento militar a gran escala no haría sino obstaculizar el ascenso político-económico chino en el escenario internacional. Tunsjø afirma que, en medio de este debate, el campo alarmista/mercantilista ha aprovechado las aprehensiones de Beijing sobre la seguridad de sus vías marítimas de comunicación, en particular el llamado «Dilema de Malaca», para promover su visión de fortalecimiento de las capacidades navales del país (Tunsjø, 2013: 119).

El «Dilema de Malaca», recalamos, hace referencia a la percibida inseguridad del transporte marítimo de petróleo proveniente del Medio Oriente y África hasta las costas de China, el mismo que suma entre 75% y 80% de las importaciones petroleras del gigante asiático. El Estrecho de Malaca -que conecta a los océanos Índico y Pacífico- constituye la ruta más corta hacia China; la segunda mejor opción es el Estrecho de Sunda, que adicionaría 2000 kilómetros al recorrido. Japón y Corea del Sur, las otras dos potencias regionales del noreste de Asia, comparten el mismo problema con China, pero a diferencia de esta última, esos países son aliados de los Estados Unidos, la potencia naval dominante en la región. El temor de Beijing es que los norteamericanos, junto con sus aliados, impongan un bloqueo de las importaciones petroleras chinas en el caso del estallido de un conflicto militar. Este no es un tema puramente bilateral entre los Estados Unidos y China. A pesar de las restricciones en su constitución, Japón tiene una importante presencia diplomática y militar regional. India posee capacidades navales superiores a las de China y se ve a sí misma como garante de la seguridad marítima en el Océano Índico y más allá, hacia el Sudeste de Asia (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 139-145).

Como anota Marc Lanteigne, el término «Dilema de Malaca» fue acuñado originalmente por el entonces presidente Hu Jintao al cierre de una conferencia del Partido Comunista Chino en noviembre de 2003, cuando comentó públicamente sobre el desafío que para la seguridad energética china significaba la creciente dependencia de petróleo importado, especialmente del Medio Oriente. Hu mencionó que “algunas potencias” se han adueñado del estrecho y buscan controlar la navegación a través del mismo. China debía permanecer vigilante frente a los intentos extranjeros de explotar esta vulnerabilidad en busca de ventajas estratégicas (Lanteigne, 2008: 143-144). Para ZhongXiang Zhang, “como punto de estrangulamiento, este estrecho afecta directamente las líneas marítimas de comunicación de China, pero China tiene poca influencia directa sobre éste. Por tanto, China tiene toda la razón de estar preocupada por el tránsito seguro y sin problemas de sus cargamentos” (Zhang, 2012: 335). Tan recientemente como en 2014, un informe del Centro de Investigaciones Sobre el Desarrollo del Consejo de Estado de China recomendó la reducción de la dependencia del Medio Oriente como fuente y del Estrecho de Malaca como ruta de abastecimiento (Xinhua, 2014).

En efecto, como explican Philip Andrews-Speed y Roland Dannreuther, las percepciones chinas de inseguridad energética tienen como elemento clave las aprehensiones que suscita el hecho de que la mayoría de su abastecimiento proviene de fuentes del Medio Oriente. Esta es la región productora de petróleo más importante del mundo, desde la cual provienen mayoría de las importaciones petroleras de China y sobre la cual la hegemonía estadounidense es ejercida de manera más penetrante e incontestada –por lo menos a lo que a otras potencias externas a la región se refiere. Precisamente, en el corazón del que estos autores llaman el «Dilema del Golfo Pérsico» se encuentra el temor de que el desarrollo de la economía china se hará cada vez más dependiente de la oferta petrolera de Medio Oriente, exponiéndolo a las turbulencias políticas y estratégicas de esa convulsa región del mundo y sujetándolo a las garantías de seguridad que los Estados Unidos puedan proveer a China. A mediados de los noventa, cuando China se convirtió en un importador neto de petróleo, sus importaciones provenían en igual medida del Asia Pacífico y el Medio Oriente. Para finales de la primera década del siglo XXI, las importaciones de esta primera región se redujeron a un mero 2% y las de la segunda se mantuvieron entre un 45% y un 55%. En este que fue, justamente, un periodo de extraordinario aumento de las importaciones petroleras chinas, fue gracias a importantes esfuerzos por parte de Beijing por diversificar sus fuentes a África y Asia Central, que fue posible que el porcentaje de importaciones de Medio Oriente pudiese mantenerse más o menos estable. Pero aquello será más difícil en el futuro debido a que el Medio Oriente contiene el 60% de las reservas probadas de petróleo convencional y países de otras regiones que hoy son exportadores no seguirán siéndolo en el mediano plazo (Andrew-Speed y Dannreuther, 2011: 134-135).

Como explican Jon Alterman y John Garver, desde el punto de vista chino, la política estadounidense en el Medio Oriente a lo largo de todo el periodo pos-Guerra Fría ha estado dictada por el objetivo de controlar el petróleo de esa región y utilizarlo para coaccionar a los países que dependen de ese petróleo, particularmente aquellos que son considerados por los Estados Unidos como competidores estratégicos potenciales. Objetivos oficiales norteamericanos como impedir la proliferación de armas de destrucción masiva, la guerra contra el terrorismo o la democratización son vistos como secundarios o como meros pretextos. Este punto de vista sería prácticamente universal

entre comentaristas en la prensa y entre los académicos chinos (Alterman y Garver, 2008: 12). Lei Wu, profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Yunnan, sostiene que dadas las proyecciones sobre el consumo energético de China, este país inescapablemente irá profundizando su involucramiento económico y político en el Medio Oriente, particularmente con los dos mayores productores de la región, Arabia Saudita e Irán. El mayor involucramiento chino está motivado fundamentalmente por el petróleo y China no tiene la intención ni la capacidad de desafiar la posición dominante de los Estados Unidos allí. A pesar de ello, la posibilidad de tensiones sino-estadounidenses en el Medio Oriente no hará sino aumentar. Por un lado, los intereses petroleros chinos en Irán inevitablemente dificultarán los esfuerzos de los Estados Unidos por aislar a ese país. Por otro, aunque subsiste una alianza tácita entre los Estados Unidos y Arabia Saudita, este último país irá buscando alternativas al mercado y a las garantías de seguridad norteamericanas y, en ese sentido, para éste constituirá un importante objetivo el estrechar sus lazos con una China que inevitablemente se convertirá en su mayor mercado de exportación (Lei, 2009: 34-37).

A las aprehensiones que suscitan en Beijing los «dilemas» de Malaca y del Golfo Pérsico, Andrews-Speed y Danreuther añaden el que denominan «Dilema de la Soberanía». El mismo hace referencia a la estrecha interrelación entre las disputas por la soberanía en áreas del Mar de China Oriental -China y Japón- y áreas del Mar de China Meridional -China, Vietnam, las Filipinas, Malasia y Brunei- y la presencia de hidrocarburos en estas zonas. Como ya se ha visto, este último aspecto forma parte sustancial de los argumentos chinos sobre la necesidad de afirmar su soberanía sobre estos espacios marítimos y, en tal sentido, de fortalecer sus capacidades navales frente a sus potenciales adversarios regionales y los Estados Unidos (Andrews-Speed y Danreuther, 145-147). Es de esta manera que Andrews-Speed y Danreuther apuntan a que Asia -desde el Golfo Pérsico, atravesando el Océano Índico hasta el Mar de China Meridional y, de allí a la China continental- es el ámbito geográfico en el que más claramente las aprehensiones de Beijing sobre su seguridad energética se intersecan con sus percepciones sobre el ejercicio del poder hegemónico estadounidense. El Medio Oriente -con mucho la más importante fuente de abastecimiento petrolero para China- es objeto constante de la aserción del poder hegemónico de los Estados Unidos. Además, los Estados Unidos y sus aliados regionales ejercen el control hegemónico

sobre las rutas de transporte en todo el trayecto desde el Estrecho de Ormuz hasta China (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 131-148). “Crucialmente, es en esta más amplia región geoestratégica asiática donde se despliega el equilibrio de poder entre los Estados Unidos y China, la potencia hegemónica existente y la potencia hegemónica aspirante” (Andrews-Speed y Dannreuther, 2011: 134).

En suma: a la luz del significativo proceso de modernización militar -particularmente naval- que Beijing ha emprendido, es posible afirmar que en el debate sobre la estrategia china de seguridad petrolera entre los campos alarmista/mercantilista y librecambista/pragmático, los primeros han tomado la ventaja. Ahora bien, Tunsjø afirma que los vínculos intrínsecos que este grupo argumenta existirían entre la seguridad petrolera y el poder naval, tienen como base el que califica como un «pseudo-interés nacional». Este experto explica:

El nacionalismo naval -la demanda del estatus de gran potencia y la legitimidad doméstica- más que la seguridad es lo que impulsa las ambiciones navales de China y lo que moldea su evaluación del proceso de elaboración de políticas alrededor de la necesidad de mejorar sus capacidades y la percepción de los intereses nacionales chinos. El entrelazamiento de la seguridad petrolera con el interés nacional por parte de los alarmistas sirve al nacionalismo naval al proveer la justificación para los presupuestos la AEPL, los planes de modernización y la prioridad en las adquisiciones. El creciente nacionalismo -y los nacionalistas argumentando que una expandida capacidad naval de proyección de poder es esencial para la protección de las importaciones de petróleo y de los derechos marítimos soberanos- ha presionado al liderazgo chino para que se construya una armada dirigida a la proyección de poder centrada en un portaviones (Tunsjø, 2013: 123).

Tunsjø explica que los argumentos de los nacionalistas navales chinos se caracterizan por expectativas grandiosas de que China será capaz de desarrollar el poder naval adecuado para proteger sus intereses, evaluaciones extremas de las amenazas a esos intereses y definiciones expansivas de los intereses globales de China (Tunsjø, 2013: 124). En otras palabras: los argumentos que los nacionalistas navales chinos han esgrimido exitosamente para impulsar el proceso de modernización de la AEPL tienen poco que ver con la realidad de los imperativos chinos de garantizar su seguridad petrolera. Las razones últimas de este éxito deben buscarse en otra parte.

El peso de la historia: el «Siglo de Humillación» en la conformación de la identidad e intereses nacionales chinos.

Para Yongjin Zhang resulta desconcertante la gran desproporción existente entre la atención dedicada en el ámbito académico a los potenciales efectos que tendría el ascenso de China sobre el vigente orden de seguridad regional y mundial y la poca dedicada a las preocupaciones de seguridad desde el punto de vista de la propia China (Zhang Y., 2001: 242). Frente a ello el investigador menciona que:

La auto-comprensión de China sobre su propia identidad y su comprensión del Otro es instrumental en su construcción de amenazas y, por tanto, en su comportamiento de seguridad. Lo mismo es cierto sobre la comprensión intersubjetiva de China como el Otro en la construcción colectiva de Occidente. Esto constituye la estructura social en la que deben incrustarse las discusiones y la evaluación de los problemas de seguridad de China (Zhang Y., 2001: 252-253).

En el esfuerzo por «comprender» las preocupaciones de seguridad de China resulta crucial tener en cuenta cómo su particular experiencia histórica -en especial su contacto con el sistema internacional euro-céntrico moderno- fue constituyendo a lo largo del tiempo sus percepciones básicas sobre la política mundial y, finalmente, su identidad e intereses. Alison Kaufman postula que el periodo clave a tener en cuenta es el llamado «Siglo de Humillación», el mismo que comenzó en 1839 con la Primera Guerra del Opio y finalizó en 1949 con la victoria del Partido Comunista Chino. Este periodo estuvo marcado por rebeliones, invasiones extranjeras y guerras civiles y trajo consigo el colapso del milenarismo sistema imperial chino y la percibida humillación a manos de las potencias coloniales europeas y Japón del que hasta ese entonces se había considerado a sí mismo no sólo como el centro de Asia sino del mundo. Según Kaufman, el «Siglo de Humillación» no sólo representa para las élites chinas una narrativa aleccionadora sobre las experiencias pasadas sino la fuente de sus creencias sobre cómo funciona el mundo (Kaufman, 2010: 1-4). “Tanto implícita como explícitamente, las élites chinas todavía usan el vocabulario y las preguntas desarrolladas durante ese periodo para interpretar las dinámicas de las relaciones internacionales de hoy” (Kaufman, 2010: 4). Las percepciones de las élites chinas contemporáneas sobre la naturaleza de la competencia interestatal, de los atributos que determinan el ascenso y caída de las potencias y, más ampliamente, del éxito y del

fracaso de un Estado en la política mundial están moldeadas por la experiencia histórica china durante ese periodo (Kaufman, 2010: 4).

Como relata el historiador Odd Arne Westad, China había alcanzado la cúspide de su poder durante la dinastía Qing, la misma que gobernó el país entre 1644 y 1911.

Para 1750, ésta había liquidado la independencia política y militar de todas las naciones más pequeñas de su frontera norte y había empezado a incorporarlas dentro de una China bastante más expandida. Había regulado sus relaciones con sus vecinos restantes, desde el Imperio Ruso al norte hasta los reinos del Sudeste de Asia y el Himalaya, de acuerdo a las precondiciones chinas y en base al sentido chino de superioridad. Para mediados del siglo XVIII, el imperio Qing había creado un mundo en el Este de Asia que era casi completamente suyo (Westad, 2012: 6).

Warren Cohen menciona que aunque los europeos habían penetrado en las aguas costeras de Asia desde hacía ya varios siglos, no fue sino hasta el siglo XIX que los avances occidentales en tecnología militar les permitió a éstos desafiar el poder de China. En 1839, bajo la presión de los comerciantes británicos que se habían visto perjudicados por la decisión china de prohibir la venta de opio de la India en su territorio, Londres atacó los puertos chinos e impuso al imperio Qing el Tratado de Nanjing de 1842, cerrando la llamada «Primera Guerra del Opio» a favor de Gran Bretaña. Por virtud de este tratado, China cedió Hong Kong a los británicos, autorizó la apertura de cinco puertos al comercio británico y aceptó que se iniciaran relaciones diplomáticas con esa potencia europea en un plano de igualdad –cosa impensable hasta ese momento para los emperadores chinos– (Cohen, 2007: 687-688). “La guerra demostró ser un punto de inflexión en la historia del Este de Asia, cerrando siglos de hegemonía china y resultando en la ascensión de Gran Bretaña como la potencia dominante en la región” (Cohen, 2007: 688). Según Westad, “durante tres generaciones tras la Guerra del Opio de 1839-1842, el imperialismo y las incursiones por parte de otros Estados definieron el marco de las relaciones de China con el resto del mundo” (Westad, 2012: 53).

Otro episodio que es necesario destacar como parte del «Siglo de Humillación» es la Guerra Sino-Japonesa de 1894-1895, en la que China sufrió una aplastante derrota a manos de Japón, históricamente percibido por los chinos así como por los propios japoneses como inferior y perteneciente a la esfera de influencia china. Como explica Westad, esta había significado la primera derrota de China ante otra potencia de su

misma región y resultó en la incorporación de Corea y Taiwán a Japón en la calidad de protectorados (Westad, 2012: 87-89). Aun más grave: “reconociendo la vulnerabilidad de China, los franceses, seguidos por los rusos, alemanes y británicos, crearon zonas de influencia controladas por extranjeros, llenas de funcionarios, mercaderes, inversores y tropas extranjeras. China estaba a puertas de ser desmembrada” (Cohen, 2007: 689).

En 1911, luego de intentos fallidos por parte de los Qing por reformarse y resistir las depredaciones de europeos y japoneses, finalmente se proclamó la República China, cerrando para siempre la historia imperial del país. En la década de los veinte, surgió un poderoso movimiento nacionalista -liderado primero por Sun Yat-sen y luego por Chiang Kai-shek- que intentó unificar China frente a los señores de la guerra regionales que se habían aprovechado de la debilidad del poder central. Pero Japón, viendo peligrar su propia esfera de influencia en el norte de China, decidió invadir el país en 1931, estableciendo el año siguiente el Estado títere de Manchukwo en Manchuria. En 1937, estalló finalmente una nueva guerra entre China y Japón -esta vez a escala total- resultando en la ocupación por parte de este último país de la práctica totalidad de las áreas costeras y en años de terribles sufrimientos para la población civil china a manos de los invasores nipones. De destacar entre las atrocidades cometidas por los japoneses es la «Violación de Nanjing» de 1937. Luego de la derrota y expulsión de los japoneses en 1945 a manos de los estadounidenses y soviéticos en el marco de la Segunda Guerra Mundial, se reanudó en 1946 la preexistente guerra civil entre el gobierno nacionalista y los comunistas liderados por Mao Zedong. Ambos bandos habían interrumpido sus hostilidades para resistir la invasión japonesa. Finalmente, los comunistas resultaron victoriosos y se proclamó la República Popular China en 1949 (Cohen, 2007: 689-692).

Como indica Denny Roy, el liderazgo chino extrae tres lecciones básicas e interrelacionadas de la experiencia del «Siglo de Humillación». Primero, China merece el reconocimiento como una de las grandes naciones del mundo; estatus que ha mantenido durante gran parte de la historia de la humanidad. La grandeza de China la hace, además, la líder natural de su región. Segundo, la división del país perjudica su grandeza. Por tanto el territorio perdido debe ser recuperado y la unidad del país preservada. Tercero, el relativamente breve y anómalo paréntesis de debilidad nacional expuso al país a una masiva vejación a manos de potencias extranjeras rapaces. Las

demás grandes potencias son implacables, inescrupulosas y explotadoras. La conclusión a la cual conducen estas tres lecciones es que China debe ser fuerte con respecto a las demás potencias, las mismas que son vistas simultáneamente como rivales y modelos a imitar (Roy, 2013: 15).

Las percepciones chinas sobre la hegemonía estadounidense.

Zhu Liqun explica que la conducción de la política exterior china ha involucrado tradicionalmente un análisis atento de la situación mundial general. Tal análisis comprende dos aspectos fundamentales: la identificación de la tendencia predominante de cambio mundial y la observación de la distribución internacional de poder. A finales de los años setenta, Deng Xiaoping reconoció que la situación mundial ya no estaba marcada, como lo había estado en los tiempos de Mao, por la guerra y la revolución. La guerra podía ahora ser evitada, dando paso al desarrollo y a la paz como las características predominantes de los tiempos. En relación a la distribución internacional de poder, tras la caída de la Unión Soviética, el enfoque entre los líderes y académicos chinos se ha concentrado especialmente en la hegemonía estadounidense y en la capacidad del actual orden internacional dominado por Occidente de dar espacio al creciente poder de China. La percepción es que los Estados Unidos, en tanto la única superpotencia global, son el Estado con las mayores posibilidades de facilitar o entorpecer el desarrollo chino. Zhu enfatiza que, mientras en la academia occidental el término «hegemonía» es una descripción más o menos neutra de una particular correlación de fuerzas en el ámbito internacional, en China tiene usualmente una fuerte connotación negativa: alude al uso no ético de una posición de poder ventajosa para imponer a la fuerza la propia voluntad a expensas de los más débiles. Tal forma de ejercicio del poder es llamada también «hegemonismo» y es asociada por los líderes chinos a la experiencia histórica del «Siglo de Humillación» (Zhu, 2010: 21-26).

En el mismo sentido, Rosemary Foot menciona que durante la Guerra Fría un elemento central de los análisis de los líderes Beijing sobre los asuntos internacionales siempre fueron las relaciones entre las grandes potencias, en tanto las mismas eran vistas como caracterizadas por su proclividad a utilizar sus recursos para alcanzar el predominio mundial y moldear a su favor las acciones de los demás (Foot, 2006: 78). “Este marco fomentó que los chinos viesan a sus propias aprehensiones sobre su

seguridad como resultado de la estrategia global del Estado hegemónico del momento -es decir, (desde la perspectiva de Beijing) los Estados Unidos en los cincuenta y los sesenta (y de nuevo ahora) y la Unión Soviética desde finales de los sesenta hasta mediados de los ochenta” (Foot, 2006: 78-79). Este énfasis en el comportamiento de las grandes potencias continúa entre el liderazgo chino: la política exterior norteamericana es observada intensamente por Beijing. Tras el fin de la Guerra Fría, los líderes chinos parecieron aceptar que vivían en un mundo dominado -y que lo seguiría estando por varias décadas más- por los Estados Unidos, a pesar de la consciencia del ascenso económico y militar de su propio país. Teniendo en común el reconocimiento de una distribución de poder unipolar, las perspectivas chinas sobre el presente y futuro de las relaciones sino-estadounidenses se dividieron en tres grupos: (1) la mayoría de la élite, aquellos esperanzados en una acomodación en el largo plazo con los Estados Unidos, pero dudando que ésta llegue a darse y no excluyendo la posibilidad de un conflicto abierto o una nueva guerra fría; (2) una influyente minoría, aquellos optimistas sobre los prospectos de una cooperación entre los Estados Unidos y China en el largo plazo, pero conscientes de un inevitable y complejo periodo de adaptación mutua y (3) una pequeña minoría con poca influencia sobre los funcionarios, aquellos prediciendo un inevitable conflicto con los Estados Unidos, debido a que éstos nunca aceptarán a China como una potencia mundial o siquiera como la segunda gran potencia en el Asia Pacífico (Foot, 2006: 79-84).

El estallido en 2008 de la crisis financiera global en los Estados Unidos, sin embargo, parece haber marcado un punto de inflexión en las percepciones chinas sobre la permanencia de la hegemonía estadounidense. Este acontecimiento, en efecto, otorgó en China gran prominencia al debate sobre el declive hegemónico norteamericano. “Cada vez que ocurre un incidente internacional significativo, como la invasión estadounidense a Irak o la prolongada guerra en Afganistán, el tema del declive norteamericano es debatido con renovada intensidad. Actualmente, el impacto de la crisis financiera es un tema de gran importancia entre los académicos chinos” (Zhu, 2010: 25). Wu Xinbo, director del Centro de Estudios Americanos de la Universidad Fudan de Shanghái, escribía en 2010:

Vista a través de un lente político-económico macro, la convulsión financiera global puso fin formalmente a la era unipolar pos-Guerra Fría, en la que la preponderancia de poder de los Estados Unidos, su modelo de desarrollo

político-económico supuestamente universal (comúnmente denominado Consenso de Washington) y su avasallante influencia internacional fueron sus características definitorias. La inminente nueva era está caracterizada por la emergencia de una estructura de poder multipolar, modelos político-económicos plurales y múltiples jugadores en la escena internacional (Wu, 2010: 155).

Según Wu, la primera década del siglo XXI presencié la erosión de los principales pilares de la hegemonía de los Estados Unidos: las guerras de Irak y Afganistán demostraron los límites su poder militar al tiempo que la crisis financiera reveló la debilidad de su economía. En contraste, China ganó mucho con la crisis. El modelo chino de desarrollo, basado en un fuerte rol del Estado, énfasis en la economía real más que la virtual, altas tasas de ahorro, liberalización mesurada del mercado financiero, entre otros elementos, permitió a China resistir los embates de la crisis de mejor forma. A pesar de desafíos como la creciente desigualdad, contaminación ambiental y corrupción, el modelo chino supo resistir no sólo el colapso financiero más reciente sino también la crisis asiática de 1998-1999, proveyendo una alternativa hasta el entonces incontestado Consenso de Washington y mejorando el estatus e influencia de Beijing, especialmente entre los países en desarrollo. Además, el prospecto de un yuan convirtiéndose en una de las principales monedas de reserva e intercambio a nivel mundial comenzó a aparecer más realista. China adoptó también un rol más importante en la gobernanza económica mundial, no sólo a través de la prominencia adquirida por el G20 en medio de la crisis, sino en instancias tradicionalmente dominadas por Occidente como el Fondo Monetario Internacional. La crisis, en suma, confirmó el papel de China como el motor económico no sólo de Asia sino del mundo (Wu, 2010: 155-161). Estos serían los signos de un cambio fundamental en el equilibrio del poder mundial a favor de China y en detrimento de los Estados Unidos.

Tal como muestra Wang Jisi, en este contexto de percepciones cambiantes sobre la distribución de poder en el sistema internacional, la desconfianza sobre las intenciones norteamericanas en el largo plazo no ha hecho sino profundizarse, tanto entre los círculos oficiales en Beijing como en el sentimiento popular chino (Lieberthal y Wang, 2012: 8-10).

En China se cree firmemente que la meta última de los Estados Unidos en los asuntos mundiales es mantener su hegemonía y predominio y, como resultado, Washington intentará prevenir que las potencias emergentes, en particular China, alcancen sus metas y mejoren su estatus. De acuerdo a la típica comprensión china de la historia mundial, los políticos norteamericanos son

verdaderos creyentes en la “ley de la selva” y su promoción de la democracia y los derechos humanos son en realidad herramientas de política para alcanzar metas en la política del poder [...] El ascenso de China, con su tamaño y su sistema político, sistema de valores, cultura y raza muy diferentes deben ser vistos en los Estados Unidos como un grave desafío a su estatus como superpotencia. Este es el contexto amplio en el cual es entendido cada vez más el comportamiento internacional norteamericano (Lieberthal y Wang, 2012: 10-11).

Esta desconfianza se expresa en múltiples ámbitos. En cuanto al sistema político, la agenda norteamericana de promoción de la democracia y los derechos es vista como deliberadamente apuntada a debilitar la legitimidad del Partido Comunista y a occidentalizar y dividir al país, tanto social como territorialmente. En el campo de la seguridad nacional, los Estados Unidos son vistos como la amenaza más grave: siguen proveyendo armas avanzadas a Taiwán a pesar del mejoramiento de las relaciones entre Beijing y Taipéi, han intensificado su actividades de vigilancia cerca de territorio chino y han fortalecido sus lazos con países que mantienen diferendos con China, más recientemente con India y Vietnam, y con otros como Australia y Myanmar con el objetivo de cercar al país, además de entrometerse en las disputas en el Mar de China Meridional. En los asuntos económicos, los Estados Unidos culpan injustificadamente a China por sus problemas y como pretexto para incurrir en medidas proteccionistas. Por otro lado, la irresponsabilidad fiscal de los Estados Unidos devalúa las vastas reservas chinas denominadas en dólares (Lieberthal y Wang, 2012: 11-19).

Lógicamente, con este telón de fondo, el re-balanceo estratégico de los Estados Unidos al Asia Pacífico no ha hecho sino profundizar la desconfianza de China hacia ese país. Como señala Wu, la intención de la administración Obama de intensificar la presencia norteamericana en Asia fue bienvenida inicialmente en China como un signo del reconocimiento de la creciente importancia económica y política del país, así como una oportunidad de estrechar las relaciones sino-estadounidenses en un contexto de trascendentales cambios en el sistema internacional. Pero a medida que se fue desplegando el «re-balanceo», tales expectativas fueron defraudadas debido al privilegio otorgado a los elementos militares de una estrategia estadounidense que difícilmente podía seguir ocultando como su objetivo principal a la contención del poder e influencia crecientes de China (Wu, 2012: 18). Según Lanxin Xiang, la re-edición de Washington de la estrategia contención anti-china incluye la nueva doctrina militar llamada en inglés *air-sea battle concept*, apuntada a suprimir preventivamente las defensas chinas; el

proyecto económico denominado *Trans-Pacific Partnership*, que excluye a China; la rotación de efectivos de la infantería marina estadounidense en el norte de Australia y el estacionamiento permanente de buques de combate litoral en Singapur. Además son creíbles las sospechas de que los Estados Unidos buscan restablecer su presencia en la Bahía de Subic en las Filipinas y la Bahía de Cam Ranh en Vietnam, donde se ubicaron bases navales norteamericanas durante la Guerra Fría (Lanxin, 2012: 113). En suma: China desconfía cada vez más de las intenciones detrás de la política y el discurso de unos Estados Unidos que estarían decididos a obstruir por todos los medios su retorno al lugar central que secularmente tuvo en los asuntos de Asia y el mundo.

Los «libros blancos» de China sobre la energía y la defensa nacional.

El último documento oficial sobre la política energética china fue publicado en 2012. Contiene una panorámica de los logros, desafíos, políticas y metas del gobierno chino abarcando todos los ámbitos del sector energético. A continuación se destacan aquellos elementos directamente relevantes al petróleo, los aspectos internacionales de la política energética china y los desafíos a la seguridad energética china que aparecen en el documento y que se han mencionado a lo largo de este trabajo. El documento empieza señalando que la energía constituye un asunto estratégico de la más alta importancia para China a medida que el país avanza en sus metas de modernización y prosperidad común para su pueblo. A partir de la introducción a finales de los años setenta del proceso de apertura y liberalización, la industria energética china ha sido testigo de un rápido crecimiento, logrando un desarrollo que abarca el carbón, la electricidad, el petróleo, el gas natural y los recursos energéticos renovables. China es el mayor productor mundial de energía y es autosuficiente en un 90%, contribuyendo de manera clave a la seguridad energética global. Pero subsisten importantes desafíos que no harán sino intensificarse, a medida que los procesos de industrialización y urbanización sigan acelerándose y la demanda de energía siga creciendo.

Entre los diversos desafíos mencionados en el documento, es preciso destacar los siguientes. Primero, la disponibilidad de recursos es limitada. Aunque el consumo energético per cápita es un tercio con respecto a los países desarrollados, la expectativa es que con el mejoramiento de los estándares de vida el consumo energético se disparará. Segundo, la eficiencia energética es baja. El consumo de energía por unidad

del PIB es mucho mayor que en los países desarrollados. Tercero, la presión ambiental aumenta. El desarrollo extensivo de fuentes de energía fósil ha tenido graves impactos en el medio ambiente, afectando negativamente la disponibilidad de tierras cultivables, las fuentes acuíferas y la calidad del aire. Por último, subsisten graves desafíos a la seguridad energética. La dependencia del país de fuentes de energía del extranjero ha aumentado en los últimos años; particularmente, el porcentaje de petróleo importado en el consumo total de ese recurso ha aumentado desde un 32% a principios de este siglo al 57% en 2012. El transporte marítimo de petróleo y el tránsito transnacional de petróleo vía oleoductos están expuestos a riesgos de seguridad cada vez más altos. Las fluctuaciones de los precios en el mercado energético internacional hacen más difícil garantizar la oferta energética doméstica. No será fácil para China mantener su seguridad energética debido a que sus reservas energéticas son pequeñas y la capacidad de respuesta frente a emergencias es todavía limitada. Estos desafíos son el resultado de la competencia internacional por recursos, los niveles chinos de productividad y desarrollo, la irracional estructura industrial del país y de la canasta energética, el extensivo desarrollo y utilización de recursos energéticos y la lenta reforma de sistemas y mecanismos.

Otra sección que es imprescindible destacar es la referente al fortalecimiento de la cooperación internacional en el ámbito energético. Según el documento, la realidad económica mundial básica es la interdependencia. La globalización no ha hecho sino estrechar los lazos energéticos de China con el resto del mundo. El país es un participante activo y responsable en los espacios bilaterales de diálogo y cooperación energética, destacándose los lazos con los Estados Unidos, la Unión Europea, Japón, Rusia, Kazajistán, Turkmenistán, Uzbekistán, Brasil, Argentina y Venezuela. China también participa de diversas organizaciones y mecanismos multilaterales como el Grupo de Trabajo sobre la Energía de APEC y el Foro Internacional de la Energía. También tiene el estatus de observador en la OPEP y en la Agencia Internacional de Energía. En cuanto a las actividades de ultramar de las corporaciones petroleras nacionales chinas, el documento menciona que del total de los recursos en los que estas corporaciones han invertido, el 90% se vende localmente -no son transportados a China- contribuyendo a la expansión y diversificación de la oferta petrolera mundial. En sus inversiones en el exterior, las corporaciones petroleras nacionales chinas se acogen a

las leyes y regulaciones nacionales y respetan las costumbres y creencias religiosas de la población local. Contribuyen, además, al desarrollo socioeconómico local.

De manera fundamental, China hace un llamado a la cooperación internacional en el ámbito de la seguridad energética -llamado dirigido velada pero inconfundiblemente a los Estados Unidos. La comunidad internacional debe trabajar colaborativamente en el mantenimiento de la estabilidad de los países productores y exportadores de petróleo -en especial aquellos del Medio Oriente-, en la garantía de la seguridad de las rutas de transporte de energía y en evitar conflictos geopolíticos que pudieran afectar la oferta mundial de energía. Los países involucrados deben resolver sus disputas energéticas a través del diálogo y la consulta. Los asuntos energéticos no deben politizarse y el uso de la fuerza debe ser evitada (Information Office of the State Council, 2012).

Por otro lado, el último «libro blanco» sobre las fuerzas armadas de China fue publicado en 2013 y provee una visión panorámica de la perspectiva china sobre su ambiente de seguridad, la organización y estructura de sus fuerzas armadas y de las misiones encomendadas a éstas. Aquí se expondrán brevemente los contenidos referentes a la lectura china de los desafíos recientes a su seguridad y las misiones de las fuerzas armadas chinas relativas a la defensa de su soberanía marítima y la protección de sus líneas marítimas de comunicación. En la introducción del documento se afirma que China se ajusta a la política de «Desarrollo Pacífico» en los asuntos mundiales y que la postura de su política de defensa es de carácter estrictamente defensivo. China se opone a cualquier forma de hegemonismo o política de poder y no interfiere en los asuntos internos de otros países. El país nunca buscará la hegemonía o se comportará de forma hegemónica ni jamás perseguirá la expansión por vía militar.

En la sección titulada “Nueva situación, nuevos desafíos, nuevas misiones”, se afirma que desde comienzos del nuevo siglo la situación internacional se ha vuelto más compleja, pero que la paz y el desarrollo siguen siendo las características predominantes de los tiempos actuales. No obstante, hay claros signos de hegemonismo, política de poder y neo-intervencionismo. Desafíos tradicionales y no-tradicionales a la seguridad se entrelazan e interactúan. La competencia militar internacional se intensifica y los problemas internacionales de seguridad se vuelven más abruptos, interrelacionados y amplios. El Asia Pacífico, a la vez que se ha convertido un escenario significativo para

el desarrollo económico mundial también lo está siendo para la interacción estratégica entre las grandes potencias. En este punto el documento menciona explícitamente al que llama «reajuste» en la política de seguridad de los Estados Unidos en el Asia Pacífico. Aunque China ha sabido aprovechar durante el nuevo siglo este que ha sido un periodo de oportunidad estratégica, el país todavía enfrenta múltiples y complicadas amenazas a su seguridad. Los Estados Unidos han fortalecido sus alianzas militares en el Asia Pacífico, expandido su presencia militar en la región y frecuentemente han hecho más tensa la situación en la misma. En asuntos relativos a la soberanía territorial, derechos e intereses marítimos chinos, algunos países vecinos están tomando acciones que complican o exacerban la situación. Japón, en particular, se está mostrando problemático en el asunto relativo a las Islas Diaoyu.

Una de las misiones fundamentales encomendadas a las fuerzas militares de China es la preservación de los derechos e intereses marítimos del país. Los mares y océanos proveen un espacio inmenso y abundantes recursos necesarios para el desarrollo sostenible de China y, por tanto, resultan vitales para su futuro. Por tanto, un elemento esencial de la estrategia nacional de desarrollo es explotar, utilizar y proteger los mares y océanos y, de manera fundamental, convertir a China en una potencia marítima. La Armada del Ejército Popular de Liberación (AEPL) está desarrollando capacidades de aguas azules para conducir operaciones móviles, llevar a cabo actividades de cooperación internacional y contrarrestar amenazas no-tradicionales a la seguridad. La AEPL también provee seguridad para las actividades pesqueras y la explotación de gas y petróleo. Con la integración de China a la economía mundial, los intereses de ultramar del país se han vuelto un componente esencial de los intereses nacionales chinos. Los problemas de seguridad concernientes a la energía y recursos de ultramar, líneas marítimas de comunicación estratégicas y la presencia de ciudadanos y empresas chinas en otras partes del mundo se han vuelto cada vez más prominentes. La protección de navíos, la evacuación de ciudadanos chinos y rescates de emergencia se han vuelto importantes espacios en los que la AEPL ha sabido salvaguardar los intereses chinos y cumplir con sus obligaciones internacionales. Además de la AEPL, las fuerzas de seguridad pública fronterizas han tenido un importante papel en mantener la seguridad marítima y la estabilidad en los límites internacionales en el Golfo de Beibu

-el Golfo de Tonkín, adyacente a Vietnam- y en las Islas Xisha -las Islas Paracelso- (Information Office of the State Council, 2013).

Conclusiones.

Las percepciones chinas sobre la hegemonía estadounidense están fuertemente influenciadas por la memoria del «Siglo de Humillación» a manos de las potencias coloniales y Japón. La propia connotación del concepto de hegemonía es negativa en China, al dar cuenta de un abuso no ético de una ventaja de poder para imponer la propia voluntad sobre los demás. En ese sentido, como potencia hegemónica, los Estados Unidos son vistos en China como el principal obstáculo al regreso del país al centro de los asuntos mundiales. No obstante, con el estallido de la crisis financiera global en ese país en 2008 lo que ha fluctuado son las expectativas sobre la durabilidad y fortaleza de esa hegemonía.

China ha adoptado a nivel discursivo y material una postura más firme en defensa de lo que considera sus intereses y derechos y se muestra menos proclive a aceptar las condiciones impuestas por Washington. El análisis de los documentos oficiales sobre la política energética y la política de defensa china, demuestra precisamente este hecho. Con estos antecedentes, es posible afirmar que la búsqueda china de seguridad energética se está volviendo cada vez más proactiva, convirtiéndose en un elemento adicional que anima las emergentes dinámicas de conflictividad entre una China en ascenso y unos Estados Unidos que buscan reafirmar su posición en medio de la percepción generalizada de su debilitamiento.

CONCLUSIONES

La aparición en la escena mundial de las potencias emergentes y el concurrente fin del momento unipolar estadounidense están dando lugar al retorno de las tradicionales disputas geopolíticas interestatales que han marcado a la era moderna. El regreso de esta realidad convive con el continuo proceso de globalización económica. En la conjunción de estas dos dinámicas aparentemente contradictorias se encuentra el acceso y control a recursos energéticos considerados como vitales para el desempeño económico nacional. La naturaleza misma de esta conjunción está en debate. Pese a la realidad de unos mercados energéticos internacionales integrados y eficientes subsisten las aprehensiones de los Estados sobre su seguridad energética. La contradicción que esto conlleva obliga a tener en cuenta la importancia de factores ideales en la política mundial.

En la prensa es común la mención de la energía como uno de los elementos involucrados en las disputas marítimas territoriales en curso en Asia. Ciertamente, China -al igual que sus vecinos- es cada vez más dependiente de importaciones petroleras a medida que su vertiginoso crecimiento económico exige más y más recursos energéticos. No obstante, tal exigencia y la concomitante preocupación por la seguridad energética del país, no tiene por qué llevar a conflictos. El mercado petrolero internacional ha demostrado su capacidad de satisfacer las necesidades energéticas de los países que así lo requieren. Entonces ¿por qué subsisten estas disputas y por qué se sigue aludiendo al petróleo como un elemento determinante en ellas? La evidencia apunta a que los factores verdaderamente importantes de la disputa son las tradicionales preocupaciones por la soberanía territorial y el equilibrio regional de poder. Sin embargo las aprehensiones sobre la energía persisten entre las élites estatales involucradas en la disputas.

En el caso de China, la prioridad tradicionalmente dada en sus análisis sobre la realidad internacional al hegemonismo de potencias determinadas a humillar al país y negarle su justo lugar de privilegio en el escena mundial, es un factor determinante en la prominencia otorgada a las aprehensiones sobre su abastecimiento de energía en su política de seguridad político-militar. China teme que su creciente dependencia de petróleo importado sea aprovechada por unos Estados Unidos determinados a impedir su ascenso como gran potencia. Este temor no se explica porque China sea

objetivamente vulnerable en este aspecto, sino por la memoria de su humillación a manos de las potencias coloniales europeas y Japón.

BIBLIOGRAFÍA.

- Alexander, David y Pete Sweeney (2013). "U.S., China warships narrowly avoid collision in South China Sea". *Reuters*, December 14, 2013, <http://www.reuters.com/article/2013/12/14/us-usa-china-ships-idUSBRE9BC0T520131214>, visitado el 12 de enero, 2014.
- Allison, Graham (2014). "2014: Good Year for a Great War?". *The National Interest* (January 1, 2014), <http://nationalinterest.org/commentary/2014-good-year-great-war-9652> visitado el 12 de enero, 2014.
- Alterman, Jon y John Garver (2008). *The Vital Triangle. China, the United States and the Middle East*. Washington D.C.: Center for Strategic and International Studies.
- Andrews-Speed, Philip y Roland Dannreuther (2011). *China, Oil and Global Politics*. Oxon: Routledge.
- Babones, Salvatore (2011). "The Middling Kingdom. The Hype and Reality of China's Rise". *Foreign Affairs*, Vol. 90, No. 5 (September/October 2011): 79-88.
- BBC News (2013a). "Q&A: South China Sea dispute". BBC News (15 de mayo, 2013). Internet. Disponible en: <http://www.bbc.co.uk/news/world-asia-pacific-13748349> visitado el 12 de enero, 2014.
- _____ (2013b). "View Points: China air zone tensions". BBC News (28 de noviembre, 2013). Internet. Disponible en: <http://www.bbc.co.uk/news/world-asia-25116119> visitado el 12 de enero, 2014.
- Balzacq, Thierry (2010). "Constructivism and Securitization Studies". En *The Routledge Handbook of Security Studies*, Myriam Dunn Cuvelty y Victor Mauer (Comps.): 56-72. Oxon: Routledge.
- Bisley, Nick (2012). "An assertive China rattles the region". *East Asia Forum* (24th February, 2012), <http://www.eastasiaforum.org/2012/02/24/an-assertive-china-rattles-the-region/> visitado el 12 de enero, 2014.
- Breslin, Shaun (2012). "Access: China's resource foreign policy". En *China's geoeconomic strategy LSE IDEAS Special Report SR012*, Nicolas Kitchen (Comp.): 19-24. London: London School of Economics and Political Science.
- Bridge, Gavin y Philippe Le Billon (2013). *Oil*. Cambridge: Polity Press.

- Brzezinski, Zbigniew (2012). *Strategic Vision. America and the Crisis of Global Power*. New York: Basic Books.
- Buzan, Barry (2012). "Asia: A Geopolitical Reconfiguration". *Politique Étrangère*, Vol. 77, No. 2 (Summer, 2012): 1-10.
- Buzan, Barry, Ole Waever y Jaap de Wilde (1998). *Security. A New Framework for Analysis*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Cesarin, Sergio (2006). *China se acerca: la re-evolución de una potencia emergente*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Chester, Lynne (2009). "Conceptualising energy security and making explicit its polysemic nature". *Energy Policy*, No. 38: 887-895.
- Clayton, Blake y Michael Levi (2012). "The Surprising Sources of Oil's Influence". *Survival: Global Politics and Strategy*, Vol. 54, No. 6 (December 2012-January 2013): 107-122.
- Cohen, Danielle y Jonathan Kirshner (2011). "Myth-Telling: The Cult of Energy Insecurity and China-US Relations". *Global Asia*, Vol. 6, No. 2 (Summer 2011): 38-41.
- Cohen, Warren (2007). "China's Rise in Historical Perspective". *The Journal of Strategic Studies*, Vol. 30, No. 4-5: 683-704.
- Dannreuther, Roland (2010a). "Energy Security". En *The Routledge Handbook of New Security Studies*, J. Peter Burgess (Comp.): 144-153. Oxon: Routledge.
- _____ (2010b). "International Relations Theories: Energy, Minerals and Conflict". Disponible en: http://www.polinares.eu/docs/d1-1/polinares_wp1_ir_theories.pdf visitado el 12 de enero, 2014.
- _____ (2013). *International Security. The Contemporary Agenda. 2nd Edition*. Cambridge: Polity Press.
- Deese, David (1979). "Energy: Economics, Politics, and Security". *International Security*, Vol. 4, No. 3 (Winter, 1979-1980): 140-153.
- Donilon, Tom (2012). "President Obama's Asia Policy & Upcoming Trip to Asia" (15 de noviembre de 2012). Disponible en: <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2012/11/15/remarks-national-security-advisor-tom-donilon-prepared-delivery> visitado el 12 de enero, 2014.

- _____ (2013). “Energy and American Power”. *Foreign Affairs*, <http://www.foreignaffairs.com/articles/139509/tom-donilon/energy-and-american-power>, visitado el 5 de abril, 2014.
- Drysdale, Peter (2012). “Asia’s economic and political interdependence”. *East Asia Forum* (28th May, 2012), <http://www.eastasiaforum.org/2012/05/28/asias-economic-and-political-interdependence/> visitado el 12 de enero, 2014.
- Emmers, Ralf (2007). “Securitization”. En *Contemporary Security Studies*, Alan Collins (Comp.): 110-125. Oxford: Oxford University Press.
- Emmerson, Charles (2013). “Eve of Disaster”. *Foreign Policy* (4 de enero, 2014), http://www.foreignpolicy.com/articles/2013/01/04/why_2013_looks_a_lot_like_1913 visitado el 12 de enero, 2014.
- Evans, Graham y Jeffrey Newnham (1998). “Geopolitics”. En *The Penguin Dictionary of International Relations: 197-199*. London: Penguin Books.
- Everard, John (2014). “Are China, Japan and South Korea fanning the flames of war?”. *The Daily Telegraph* (6 de enero, 2014), <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/asia/china/10553628/Are-China-Japan-and-South-Korea-fanning-the-flames-of-war.html> visitado el 12 de enero, 2014.
- Fischer, Joschka (2014). “The Great War’s Long Shadow”. *Project Syndicate*, <http://www.project-syndicate.org/commentary/joschka-fischer-examines-what-we-have-learned-from-the-policy-failures-of-governments--institutions--and-diplomacy-in-the-summer-of-1914> visitado el 29 de enero, 2014.
- Foot, Rosemary (2006). “Chinese strategies in a US-hegemonic global order: accommodating and hedging”. *International Affairs*, Vol. 82, No. 1: 77-94.
- Friedberg, Aaron (2005). “The Future of U.S.-China Relations. Is Conflict Inevitable?”. *International Security*, Vol. 30, No. 2 (Fall 2005): 7-45.
- Glipin, Robert (1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Goldthau, Andreas y Jan Martin Witte (2010). “From Energy Security to Global Energy Governance”. *Journal of Energy Security* (March 2010), <http://www.ensec.org/index.php?view=article&catid=103%3Aenergysecurityissuecontent&id=234%3Afrom-energy-security-to-global-energy->

- [governance&format=pdf&option=com_content&Itemid=358](#) visitado el 12 de enero, 2014.
- Hachigian, Nina (2014). *Debating China. The U.S.-China Relationship in Ten Conversations*. New York: Oxford University Press.
- Hagel, Chuck (2014). "IISS Shangri-La Dialogue" (31 de mayo, 2014). Disponible en: <http://www.defense.gov/Speeches/Speech.aspx?SpeechID=1857> visitado el 1 de junio, 2014.
- Harris, Martha (2003). "Energy and Security". En *Grave New World. Security Challenges in the 21st Century*, Michael Brown (Comp.): 157-177. Washington D.C.: Georgetown University Press.
- Hopf, Ted (1998). "The Promise of Constructivism in International Relations Theory". *International Security*, Vol. 23, No. 1 (Summer, 1998): 171-200.
- Hunt, Michael (2007). *The American Ascendancy. How the United States Gained and Wielded Global Dominance*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Hurd, Ian (2008). "Constructivism". En *The Oxford Handbook of International Relations*, Christian Reus-Smit y Duncan Snidal (Comps.): 298-316. Oxford: Oxford University Press.
- Ikenberry, G. John (2011). *Liberal Leviathan. The Origins, Crisis and Transformation of the American World Order*. Princeton: Princeton University Press.
- Information Office of the State Council (2012). "Full Text: China's Energy Policy 2012". Disponible en: http://news.xinhuanet.com/english/china/2012-10/24/c_131927649.htm visitado el 12 de enero, 2014.
- _____ (2013). "The Diversified Employment of China's Armed Forces". Disponible en: http://news.xinhuanet.com/english/china/2013-04/16/c_132312681.htm visitado el 12 de enero, 2014.
- International Crisis Group (2012). *Stirring Up the South China Sea (I). Asia Report No. 223 (23 April 2012)*. Disponible en: [http://www.crisisgroup.org/~media/files/asia/north-east-asia/223-stirring-up-the-south-china-sea-i.pdf](http://www.crisisgroup.org/~/media/files/asia/north-east-asia/223-stirring-up-the-south-china-sea-i.pdf) visitado el 12 de enero, 2014.
- International Energy Agency (2012). "World Energy Outlook 2012 Factsheet". Disponible en:

- <http://www.worldenergyoutlook.org/media/weowebiste/2012/factsheets.pdf>
visitado el 12 de enero, 2014.
- International Institute for Strategic Studies (2013). *The Military Balance 2013*. Oxon: Routledge-The International Institute for Strategic Studies.
- _____ (2014). *Regional Security Assessment 2014. Key developments and trends in Asia-Pacific security*. London: The International Institute for Strategic Studies.
- International Monetary Fund (2006). "Picture This: Asia's Role in the World Economy". *Finance and Development* (junio 2006, Vol. 43, No. 2), <http://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/2006/06/> visitado 12 de enero, 2014.
- Jacques, Martin (2009). *When China Rules the World. The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*. New York: The Penguin Press.
- Jervis, Robert (1976). *Perception and Misperception in International Politics*. New Jersey: Princeton University Press.
- Jones, Bruce, David Steven y Emily O'Brien (2014). *Fueling a New Order? The New Geopolitical and Security Consequences of Energy*. Washington D.C.: The Brookings Institution.
- Kaplan, Robert (2013). *La venganza de la geografía. Cómo los mapas condicionan los destinos de las naciones*. Barcelona: RBA Libros.
- Karns, Margaret y Karen Mingst (2010). *International Organizations. The Politics and Processes of Global Governance* (2nd Edition). Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Katzenstein, Peter (1996). "Introduction: Alternative Perspectives on National Security". En *The Culture of National Security. Norms and Identity in World Politics*, Peter J. Katzenstein (Comp.): 1-32. New York: Columbia University Press.
- Kaufman, Alison (2010). "The Century of Humiliation, Then and Now: Chinese Perceptions of the International Order". *Pacific Focus*, Vol. XXV, No. 1 (April, 2010): 1-33.
- Keohane, Robert y David Victor (2013). "The Transnational Politics of Energy". *Daedalus, the Journal of the American Academy of Arts & Sciences*, No. 142 (1) (Winter 2013): 97-109.

- Keohane, Robert y Joseph Nye (1986). *Poder e interdependencia. La política mundial en transición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Keohane, Robert y Lisa Martin (1995). "The Promise of Institutional Theory". *International Security*, Vol. 20, No. 1 (Summer 1995): 39-51.
- Kiyoshi Takenaka (2014). "Abe Sees World War One Echoes in Japan-China Tensions". *Reuters* (January 23, 2014), <http://www.reuters.com/article/2014/01/23/us-japan-china-idUSBREA0M08G20140123> visitado el 5 de abril, 2014.
- Klare, Michael (2001). *Resource Wars. The New Landscape of Global Conflict*. New York: Metropolitan Books.
- _____ (2008). *Rising Powers, Shrinking Planet. The New Geopolitics of Energy*. New York: Metropolitan Books-Henry Holt & Company.
- _____ (2011). "Playing With Fire: Obama's Risky Oil Threat to China". *The Nation*, <http://www.thenation.com/article/164995/playing-fire-obamas-risky-oil-threat-china> visitado el 5 de abril, 2014.
- _____ (2012). "Island Grabbing in Asia. Why the South China Seas Are So Tense". *Foreign Affairs*, <http://www.foreignaffairs.com/print/135326> visitado el 5 de abril, 2014.
- Krasner, Stephen (2006). "Structural Causes and Regime Consequences: Regimes as Intervening Variables". En *International Law and International Relations*, Beth Simmons y Richard Steinberg (Comps.): 3-17. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lanteigne, Marc (2008). "China's Maritime Security and the Malacca Dilemma". *Asian Security*, Vol.4, No. 2: 143-161.
- Lanxin Xiang (2012). "China and the 'Pivot'". *Survival: Global Politics and Strategy*, Vol. 54, No. 5 (October-November 2012): 113-128.
- Larus, Elizabeth Freund (2012). *Politics and Society in Contemporary China*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Le Mière, Christian (2012). "Why Asia is arguing over its islands". Disponible en <http://globalpublicsquare.blogs.cnn.com/2012/09/03/why-asia-is-arguing-over-its-islands/> visitado el 12 de enero, 2014.

- Lei Wu (2009). "The Middle East Oil and Sino-US Relations". *Journal of Middle Eastern and Islamic Studies (in Asia)*, Vol. 3, No. 4: 29-40.
- Leung, Guy C.K. (2011). "China's energy security: Perception and Reality". *Energy Policy*, No. 39: 1330-1337.
- Lieberthal, Kenneth y Wang Jisi (2012). *Addressing U.S.-China Strategic Distrust*. Washington D.C.: The Brookings Institution.
- MacMillan, Margaret (2013). "The Rhyme of History: Lessons of the Great War". Brookings Essays (14 de diciembre, 2013), <http://www.brookings.edu/research/essays/2013/rhyme-of-history-print> visitado 12 de enero, 2014.
- Mahbubani, Kishore (2008). *The New Asian Hemisphere. The Irresistible Shift of Global Power to the East*. Nueva York, Public Affairs.
- Manyin, Mark (2012). *Pivot to the Pacific? The Obama Administration's "Rebalancing" Toward Asia, CRS Report R42448*. Washington D.C.: Congressional Research Service.
- McDougall, Derek (2007). *Asia Pacific in World Politics*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Mead, Walter Russell (2014). "The Return of Geopolitics. The Revenge of Revisionist Powers". *Foreign Affairs* (May/June 2014), <http://www.foreignaffairs.com/articles/141211/walter-russell-mead/the-return-of-geopolitics> visitado el 13 de Julio, 2014.
- Mearsheimer, John (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: W.W. Norton & Company.
- _____ (2014). "Can China Rise Peacefully?". *The National Interest* (April 8, 2014), <http://nationalinterest.org/commentary/can-china-rise-peacefully-10204> visitado el 8 de abril de 2014.
- Medcalf, Rory (2013). "The Indo-Pacific: What's in a Name?". *The American Interest* (October 10, 2013), <http://www.the-american-interest.com/2013/10/10/the-indo-pacific-whats-in-a-name/> visitado el 14 de junio de 2014.
- Melvin, Neil y Ruben de Koning (2011). "Resources and armed conflict". En *SIPRI Yearbook 2011. Armaments, Disarmament and International Security*, Stockholm International Peace Research Institute: 39-60. Solna: SIPRI.

- Morgenthau, Hans (1986). *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Morrison, Wayne (2014). *China's Economic Rise: History, Trends, Challenges and Implications for the United States, CRS Report RL 33534*. Washington D.C.: Congressional Research Service.
- Myers Jaffe, Amy y Kenneth Medlock (2013). "China, India, and Asian Energy". En *Energy & Security. Strategies For A World in Transition* (2nd Edition), Jan Kalicki y David Goldwyn (Comps.): 283-302. Washington D.C.: Woodrow Wilson Center Press.
- National Intelligence Council (2012). *Global Trends 2030: Alternative Worlds*. Washington D.C.: Office of the Director of National Intelligence.
- Nöel, Pierre (2014). "Asia's Energy Supply and Maritime Security". *Survival: Global Politics and Strategy*, Vol. 56, No. 3 (June-July 2014): 201-216.
- Nyman, Jonna (2014). "Red Storm Ahead: Securitization of Energy in US-China Relations". *Millennium-Journal of International Studies* (May 23, 2014): 1-23, <http://mil.sagepub.com/content/early/2014/05/23/0305829814525495> visitado el 13 de julio, 2014.
- Perlo-Freeman, Sam y Carina Solmirano (2014). *Trends in World Military Expenditure, 2013. SIPRI Factsheet, April 2014*. Solna: SIPRI.
- Phillips, Andrew (2013). "A dangerous synergy: energy securitization, great power rivalry and strategic stability in the Asian century". *The Pacific Review* (26:1): 17-38.
- Pinker, Steven (2012). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Barcelona: Paidós.
- Prantl, Jochen (2011). *Crafting Energy Security Cooperation in East Asia, Policy Brief No. 9*. Singapore: RSIS Centre for Non-Traditional Security (NTS) Studies.
- Raine, Sarah y Christian Le Mière (2012). *Regional Disorder. The South China Sea Disputes*. Oxon: Routledge-International Institute for Strategic Studies.
- Ramsay, William (2013). "Energy Sector Governance in the 21st Century". En *Energy & Security. Strategies For A World in Transition* (2nd Edition), Jan Kalicki y David Goldwyn (Comps.): 140-156. Washington D.C.: Woodrow Wilson Center Press.

- Ravenhill, John (2013). "Economics and Security in the Asia-Pacific Region". *The Pacific Review*, (26:1): 1-15.
- Reuters (2013). "China, India sign deal aimed at soothing Himalayan tension". *Reuters* (23 de octubre, 2013), <http://www.reuters.com/article/2013/10/23/us-china-india-idUSBRE99M04J20131023> visitado el 12 de enero, 2014.
- Roy, Denny (2013). *Return of the Dragon. Rising China and Regional Security*. New York: Columbia University Press.
- Scobell, Andrew y Scott Harold (2013). "An "Assertive" China? Insights from Interviews". *Asian Security*, Vol. 9, No. 2: 111-131.
- Sheehan, Michael (2005). *International Security. An Analytical Survey*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- Spegele, Brian (2014). "Competing Stakes Hamper Development of South China Sea". *The Wall Street Journal*, 13 de mayo 2014, <http://online.wsj.com/news/articles/SB10001424052702303627504579559814234776616> visitado el 20 de junio, 2014.
- Spegele, Brian y Matt Bradley (2013). "Middle East Oil Fuels Fresh China-U.S. Tensions". *The Wall Street Journal*, 10 de octubre 2013, <http://online.wsj.com/news/articles/SB10001424127887324755104579073283948517714> visitado el 20 de junio, 2014.
- Stokes, Doug (2007). "Blood for Oil? Global capital, counter-insurgency and the dual logic of American energy security". *Review of International Studies*, 33: 245-264.
- Subramanian, Arvind (2011). "The Inevitable Superpower. Why China's Dominance is a Sure Thing". *Foreign Affairs*, Vol. 90, No. 5 (September/October 2011): 66-78.
- Thayer, Carl (2013). "USS Cowpens Incident Reveals Strategic Mistrust Between U.S. and China". *The Diplomat* (17 de diciembre de 2013), <http://thediplomat.com/2013/12/uss-cowpens-incident-reveals-strategic-mistrust-between-u-s-and-china/> visitado el 12 de enero, 2014.
- The Economist (2013). "Look back with angst". *The Economist* (21 de diciembre, 2013), <http://www.economist.com/news/leaders/21591853-century-there-are-uncomfortable-parallels-era-led-outbreak> visitado el 12 de enero, 2014.

- Tunsjø, Øystein (2013). *Security and Profit in China's Energy Policy. Hedging Against Risk*. New York: Columbia University Press.
- U.S. Energy Information Administration (2013). "South China Sea", last updated February 7, 2013. Disponible en: http://www.eia.gov/countries/analysisbriefs/South_China_Sea/south_china_sea.pdf visitado el 12 de enero, 2014.
- _____ (2014). "China", last updated February 4, 2014. Disponible en: <http://www.eia.gov/countries/analysisbriefs/China/china.pdf> visitado el 20 de junio, 2014.
- _____ (2014b). "East China Sea", last updated September 17, 2014. Disponible en: http://www.eia.gov/countries/analysisbriefs/east_china_sea/east_china_sea.pdf visitado el 21 de septiembre, 2014.
- Viotti, Paul y Mark Kauppi (2012). *International Relations Theory* (Fifth Edition). Boston: Pearson.
- Waltz, Kenneth (1988). *Teoría de la política internacional*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Wendt, Alexander (1992). "Anarchy is what states make of it: the social construction of power politics". *International Organization*, Vol. 46, No.2 (Spring, 1992): 391-425.
- _____ (1995). "Constructing International Politics". *International Security*, Vol. 20, No. 1 (Summer, 1995): 71-81.
- Wesley, Michael (2007). "The geopolitics of energy security in Asia". En *Energy Security in Asia*, Michael Wesley (Comp.): 1-12. Oxon: Routledge.
- Westad, Odd Arne (2012). *Restless Empire. China and the world since 1750*. New York: Basic Books.
- Wohlford, William (2008). "Realism". En *The Oxford Handbook of International Relations*, Christian Reus-Smit y Duncan Snidal (Comps.): 131-149. Oxford: Oxford University Press.
- Wu Xinbo (2010). "Understanding the Geopolitical Implications of the Global Financial Crisis". *The Washington Quarterly*, Vol. 33, No. 4 (October, 2010): 155-163.
- _____ (2012). "Not Backing Down: China Responds to the US Rebalance to Asia". *Global Asia*, Vol. 7, No. 4 (Winter 2012): 18-21.

- Xinhua (2014). "China urged to tap new energy in strategic relook". *Xinhua*, 17 de febrero de 2014, http://www.china.org.cn/business/2014-02/17/content_31496886.htm visitado el 2 de marzo, 2014.
- Yahuda, Michael (2012). "China's Recent Relations with Maritime Neighbors". *The International Spectator: Italian Journal of International Affairs*, Vol. 47, No. 2 (June 2012): 30-44.
- Yergin, Daniel (2011). *The Quest. Energy, Security and the Remaking of the Modern World*. Nueva York: Penguin Press.
- _____ (2014). "The Global Impact of US Shale". *Project Syndicate*, <http://www.project-syndicate.org/commentary/daniel-yergin-traces-the-effects-of-america-s-shale-energy-revolution-on-the-balance-of-global-economic-and-political-power> visitado el 12 de enero, 2014.
- Zakaria, Fareed (2008). *The Post-American World*. New York: W. W. Norton & Company.
- Zhang, Yongjin (2001). "Problematizing China's Security: Sociological Insights". *Pacifica Review: Peace, Security & Global Change*, No. 13, Vol. 13: 241-253.
- Zhang, ZhongXiang (2012). "Why Are the Stakes So High? Misconceptions and misunderstandings in China's global quest for energy security". En *Rebalancing and Sustaining Growth in China*, Huw McKay y Ligang Song (Comps.): 329-356. Canberra: ANU E Press.
- Zhao, Suisheng (2011). *China's New Foreign Policy "Assertiveness". Motivations and Implications. ISPI Analysis No.54 May 2011*. Milano: Instituto Per Gli Studi Di Politica Internazionale.
- Zha Daojiong y Hu Weixing (2007). "Promoting Energy Partnership in Beijing and Washington". *The Washington Quarterly*, Otoño 2007: 105-106.
- ZhongXiang Zhang (2011). "China's energy security, the Malacca dilemma and responses". *Energy Policy*, No. 39: 7612-7615.
- Zhu Liqun (2010). *China's Foreign Policy Debates, Chaillot Papers 121*. Paris: European Union Institute for Security Studies.